

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

"Francisco García Salinas"

Unidad Académica de Docencia Superior

Maestría en Investigaciones

Humanísticas y Educativas

**INCIDENCIA DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES EN EL QUEHACER
DE LOS PROFESIONALES EN LA INTERVENCIÓN COMUNITARIA**

TESIS

Que para obtener el grado de:

Maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas

Presenta:

Deyanira Viramontes Meléndrez

Director de Tesis:

Dr. Javier Zavala Rayas

Codirectora de Tesis:

Dra. Georgina Lozano Razo

Zacatecas, Zacatecas, noviembre de 2025

M. en C. Oscar Eduardo Guerrero Sandoval
Responsable del programa de Maestría en
Investigaciones Humanísticas y Educativas
Unidad Académica de Docencia Superior, UAZ
P R E S E N T E

El que suscribe, certifica la realización del trabajo de investigación que dio como resultado la presente tesis, que lleva por título: “_____ **Incidencia de las Representaciones Sociales en el Quehacer de los Profesionales en la Intervención Comunitaria**_____”, del C. _____ **Deyanira Viramontes Meléndrez**_____, alumno(a) de la Orientación en Desarrollo Humano y Cultura de la **Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas** de la Unidad Académica de Docencia Superior.

El documento es una investigación original, resultado del trabajo intelectual y académico del alumno, que ha sido revisado por pares para verificar autenticidad y plagio, por lo que se considera que la tesis puede ser presentada y defendida para obtener el grado.

Por lo anterior, procedo a emitir mi dictamen en carácter de Director de Tesis, que de acuerdo a lo establecido en el Reglamento Escolar General de la Universidad Autónoma de Zacatecas “Francisco García Salinas”: **La tesis es apta para ser defendida públicamente ante un tribunal de examen.**

Se extiende la presente para los usos legales inherentes al proceso de obtención del grado del interesado.

A T E N T A M E N T E
Zacatecas, Zac., a 02 de noviembre de 2025



Dr. Javier Zavala Rayas
Director(a) de tesis



**UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ZACATECAS**
FRANCISCO GARCÍA SALINAS



**UNIDAD ACADÉMICA
DE DOCENCIA
SUPERIOR**

El que suscribe, **M. en C. Oscar Eduardo Guerrero Sandoval**, Responsable del Programa de Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas de la Unidad Académica de Docencia Superior, de la Universidad Autónoma de Zacatecas

CERTIFICA

Que el trabajo de tesis titulado **“Incidencia de las Representaciones Sociales en el Quehacer de los Profesionales en la Intervención Comunitaria”**, que presenta **Deyanira Viramontes Meléndrez**, alumno(a) de la Orientación en Desarrollo Humano de la Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas, no constituye un plagio y es una investigación original, resultado de su trabajo intelectual y académico, revisado por pares.

Se extiende la presente para los usos legales inherentes al proceso de obtención del grado del interesado, a los dos días del mes de noviembre de dos mil veinticinco, en la ciudad de Zacatecas, Zacatecas, México.

UNIDAD ACADÉMICA DE
DOCENCIA SUPERIOR

MAestría EN INVESTIGACIONES
HUMANÍSTICAS Y EDUCATIVAS



M. en C. Oscar Eduardo Guerrero Sandoval
Responsable del programa de Maestría en
Investigaciones Humanísticas y Educativas
Unidad Académica de Docencia Superior, UAZ
P R E S E N T E

Por medio de la presente, hago de su conocimiento que el trabajo de tesis titulado “**_Incidencia de las Representaciones Sociales en el Quehacer de los Profesionales en la Intervención Comunitaria_**”, que presento para obtener el grado de Maestro(a) en Investigaciones Humanísticas y Educativas, es una investigación original debido a que su contenido es producto de mi trabajo intelectual y académico.

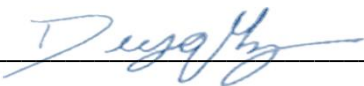
Los datos presentados y las menciones a publicaciones de otros autores, están debidamente identificadas con el respectivo crédito, de igual forma los trabajos utilizados se encuentran incluidos en las referencias bibliográficas. En virtud de lo anterior, me hago responsable de cualquier problema de plagio y reclamo de derechos de autor y propiedad intelectual.

Los derechos del trabajo de tesis me pertenecen, cedo a la Universidad Autónoma de Zacatecas, únicamente el derecho a difusión y publicación del trabajo realizado.

Para constancia de lo ya expuesto, se confirma esta declaración de originalidad, a los dos días del mes de noviembre de dos mil veinticinco, en la ciudad de Zacatecas, Zacatecas, México.

A T E N T A M E N T E

Zacatecas, Zac., a 02 de noviembre de 2025



Deyanira Viramontes Meléndrez

Alumna de la Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas



**UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ZACATECAS**
FRANCISCO GARCÍA SALINAS



**UNIDAD ACADÉMICA
DE DOCENCIA
SUPERIOR**

DICTAMEN DE LIBERACIÓN DE TESIS

MAESTRÍA EN INVESTIGACIONES HUMANÍSTICAS Y EDUCATIVAS

DATOS DEL ALUMNO	
Nombre:	Deyanira Viramontes Meléndrez
Orientación:	Desarrollo Humano y Cultura
Director de tesis:	Dr. Javier Zavala Rayas
Título de tesis:	Incidencia de las Representaciones Sociales en el Quehacer de los Profesionales en Intervención Comunitaria
DICTAMEN	
Cumple con créditos académicos	Si (X) No ()
Congruencia con las LGAC	
Desarrollo Humano y Cultura	(X)
Comunicación y Praxis	()
Literatura Hispanoamericana	()
Filosofía e Historia de las Ideas	()
Políticas Educativas	()
Congruencia con los Cuerpos Académicos	Si (X) No ()
Nombre del CA:	CA94 Niños, jóvenes y cognición social
Cumple con los requisitos del proceso de titulación del programa	Si (x) No ()

Zacatecas, Zac. a 02 de noviembre de 2025

Dr. Javier Zavala Rayas
Director(a) de Tesis

M. en C. Oscar Eduardo Guerrero
Sandoval
Responsable del Programa

MAESTRÍA EN INVESTIGACIONES
HUMANÍSTICAS Y EDUCATIVAS



Agradecimientos

Este trabajo no es solo resultado de un esfuerzo personal, sino del acompañamiento y apoyo de muchas personas y espacios que hicieron posible recorrer este camino.

Primeramente, agradezco a la **Universidad Autónoma de Zacatecas**, a la **Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas** y todo el personal que las compone, por el respaldo académico e institucional que hicieron posible este proceso formativo. Agradezco especialmente al **Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT)**, ahora SECIHTI, por la beca otorgada para la realización de mis estudios de maestría.

A las y los **Profesionales en Intervención Comunitaria** que participaron en esta investigación y con quienes me topé en el camino, por compartir su experiencia, su tiempo y su palabra. Sus aportes no solo dieron vida a este trabajo, sino que enriquecieron mi manera de comprender y hacer labor comunitaria.

Agradezco especialmente a mi familia, por recordarme constantemente el motivo de mi esfuerzo. A mi mamá, *Maricela*, por enseñarme con su ejemplo, el valor de la dedicación y la constancia. A *Alejandro*, mi compañero de vida, por su amor paciente y su apoyo en cada etapa. A *Helena*, mi hermana y a *Héctor* y *Luna*, mis sobrinos, por su valentía, cariño y alegría. Todo valdrá siempre la pena caminando junto a ustedes.

A mis profesores, especialmente a mis asesores *Javier Zavala* y *Georgina Lozano*, por su guía, confianza y valiosas enseñanzas a lo largo de este proyecto y de mi formación. A *Lili*, amiga y compañera, por las pláticas, las dudas compartidas y la complicidad de recorrer juntas este trayecto. A mis compañeras y compañeros de la maestría, de quienes me llevo significativos aprendizajes y amistades valiosas.

Finalmente, gracias a todas las personas, colegas y comunidades con las que he colaborado que, de una u otra forma, me recuerdan que el conocimiento se construye a través del dialogo, la confianza y los encuentros.

Índice

Resumen	2
Abstract	3
Introducción	4
Antecedentes.....	11
Capítulo I. Introducción a la Teoría de las Representaciones Sociales	16
Origen e influencias teóricas	16
Enfoques Teóricos	21
Formación y Componentes.....	27
Funciones.....	33
Capítulo II. Una Aproximación a la Intervención Comunitaria	35
Intervención: concepto, enfoques y evolución	35
La Intervención Comunitaria.....	42
Actores Implicados en la Intervención Comunitaria	44
Profesionales en Intervención Comunitaria: roles y perspectivas	47
Capítulo III. Método	52
Objetivos	52
Enfoque y tipo de estudio	53
Participantes	54
Técnica de Recolección de Datos	55
Técnica de Análisis de Datos.....	57
Categorías de análisis	57
Resultados.....	62
Presentación de los participantes	62
Dimensión Simbólica: Percepciones y Simbolismos en la Intervención.....	70
Dimensión Actitudinal: Cargas afectivas y motivaciones, Auto percepción y Relaciones Interpersonales	80
Dimensión Cognitiva: Experiencias y conocimientos, Estrategias y herramientas utilizadas	93
Incidencia de las Representaciones Sociales en el quehacer comunitario de los Profesionales en Intervención Comunitaria	98
Discusión y Conclusiones.....	101
Referencias.....	110

Resumen

La presente investigación tuvo como propósito explorar cómo las Representaciones Sociales (RS) de la Intervención Comunitaria (IC) inciden en el quehacer de los Profesionales en Intervención Comunitaria (PIC). Desde un enfoque cualitativo (Ito & Vargas, 2005) y una perspectiva fenomenológico-hermenéutica (Oré et al., 2023), el estudio buscó identificar los significados que orientan la acción profesional, así como describir las experiencias, creencias y estrategias que configuran su práctica cotidiana. La Teoría de las Representaciones Sociales (TRS), particularmente desde el enfoque procesual de Jodelet (1986), constituyó el marco central para comprender la producción de sentido en torno a la IC. Se realizaron entrevistas semiestructuradas a cuatro PIC con entre 10 y 20 años de experiencia en ámbitos comunitarios. El análisis de contenido, siguiendo a Krippendorff (1990), permitió organizar la información en cuatro dimensiones: simbólica, actitudinal, cognitiva y la incidencia de las RS en el quehacer comunitario de los PIC. Los resultados muestran que la Dimensión Simbólica está atravesada por representaciones de la comunidad vinculadas al asistencialismo y la desconfianza, ancladas en la historia de políticas clientelares en México. En la Dimensión Actitudinal, el compromiso, la vocación y la pasión funcionan como anclajes afectivos que sostienen la práctica frente al desgaste institucional. La Dimensión Cognitiva revela una articulación situada del conocimiento, donde la formación formal se integra con saberes prácticos adquiridos en campo. Finalmente, la Incidencia de las RS, se expresa en la elección de metodologías horizontales, la centralidad del diagnóstico participativo y la búsqueda de la autogestión comunitaria. El estudio concluye que las RS pueden actuar como marcos de significado que orientan ética, técnica y afectivamente el quehacer de los PIC, permitiendo comprender cómo traducen los ideales de la IC en prácticas concretas en contextos marcados por tensiones estructurales e históricas.

Palabras clave: *Representaciones Sociales, Intervención Comunitaria, Profesionales en Intervención Comunitaria, Quehacer comunitario*

Abstract

The present research aimed to explore how the Social Representations (SR) of Community Intervention (CI) affect the community practices of Community Intervention Professionals (CIP). Drawing on a qualitative approach (Ito & Vargas, 2005) and a phenomenological–hermeneutic perspective (Oré et al., 2023), the research sought to describe the meanings that guide professional action, as well as to identify the experiences, beliefs, and strategies that structure practitioners' everyday work. Social Representations Theory (SRT), particularly the processual approach developed by Jodelet (1986), served as the main framework for understanding how meaning is produced around CI. Semi-structured interviews were conducted with four CIPs with 10 to 20 years of experience in community-based settings. Content analysis, following Krippendorff (1990), enabled the organization of the data into four dimensions: symbolic, attitudinal, cognitive, and the practical incidence of SR in the community work of CIPs. Findings indicate that the Symbolic Dimension is marked by representations of the community associated with assistentialism and distrust, anchored in the historical legacy of clientelist social policies in Mexico. In the Attitudinal Dimension, commitment, vocation, and passion function as affective anchors that sustain practice amid institutional strain. The Cognitive Dimension reveals a situated articulation of knowledge, having formal training merging with practical, field-acquired expertise. Finally, the Incidence of SR is reflected in the adoption of horizontal methodologies, the centrality of participatory diagnosis, and the pursuit of community self-management. The study concludes that SR operate as meaning frameworks that ethically, technically, and affectively orient the work of PICs, showing how they translate the ideals of CI into concrete practices within contexts shaped by structural and historical tensions.

Key Words: *Social Representations, Community Intervention, Community Intervention Professionals, Community practices*

Introducción

El presente estudio se enmarca en el contexto mexicano, donde persisten diversas problemáticas sociales que afectan de manera directa la vida cotidiana de las personas y las comunidades en el país; destacando entre ellas altos niveles de desigualdad, falta de acceso a servicios básicos, precariedad laboral y dificultades para garantizar derechos como la salud, la educación y la vivienda (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social [CONEVAL], 2023). En contextos como este, donde la desigualdad se combina con el incumplimiento de derechos sociales y económicos, las adversidades se vuelven un elemento central para comprender las experiencias y los desafíos reales que enfrentan las personas (Hernández et al., 2018).

Ante la necesidad de atender estas problemáticas, distintos actores como el Estado, organizaciones civiles y religiosas, así como instituciones académicas y equipos profesionales, han implementado diversas formas de acción orientadas al cambio social, ya sea mediante políticas públicas, programas sociales, acciones comunitarias, o proyectos de intervención-investigación (Carballeda, 2023; Galindo, 2022; Montero, 2012; Sáenz, 2007). Dentro de este gran conjunto de prácticas, la Intervención Social (IS) aparece como una alternativa para abordar estas problemáticas.

El término intervención, como señala Montero (2012), tiene múltiples connotaciones; puede implicar participar, mediar, tomar parte, hacerse cargo de algo, o incluso, tener matices de entrometerse o ejercer autoridad, lo que refleja la diversidad de acciones que abarca. La misma autora comenta que esta diversidad puede deberse al hecho de que la palabra intervención es de uso común, frecuentemente asumiendo su significado y, por ello, pocas veces es definida con precisión, lo que ha generado un amplio abanico de significados tanto explícitos como implícitos.

La variedad de acepciones refleja la dualidad positivo-negativa que caracteriza al concepto dentro de las ciencias sociales y que, al mismo tiempo, ha

generado tensiones en el campo, pues se ha utilizado de manera indiferenciada tanto para prácticas asistenciales, donde la acción es impuesta desde afuera, como para prácticas participativas, en las que la acción y la transformación se construyen de manera compartida junto a las comunidades (Montero, 2012).

Reconociendo esta diversidad de concepciones, distintas autoras y autores han señalado que no existe una única forma de intervenir, sino múltiples modelos que responden a la manera en que se concibe la problemática social, a qué tipo de acciones se consideran pertinentes y a las relaciones que se establece entre quienes participan en el proceso (Corvalán, 1996; Sánchez-Vidal, 2020; Montenegro, 2001; Montero, 2012). Entre estos modelos, suelen distinguirse dos posturas principales: la Intervención Dirigida o Institucionalizada y la Intervención Comunitaria (en adelante IC) (Sánchez-Vidal, 2020; Montero, 2012).

La primera, representa un modelo tradicional que establece una acción vertical, en donde las instituciones estatales u organizaciones formales diseñan y ejecutan estrategias desde una lógica centralizada. En esta perspectiva, las personas destinatarias suelen ser consideradas como beneficiarias pasivas de acciones planificadas, con el propósito principal de mantener el orden social establecido (Sánchez-Vidal, 2020; Montero, 2012; M. Moreno & Molina, 2018).

En América Latina, diversas disciplinas como la psicología social, el trabajo social y la sociología crítica impulsaron alternativas a estos modelos tradicionales de intervención, promoviendo métodos críticos que reconocieran la complejidad y las particularidades socioculturales de los contextos, especialmente los latinoamericanos (A. L. Sánchez et al., 2023). En este contexto, surge la IC, que aunque constituye un campo interdisciplinario en sí mismo, se ha visto ampliamente influida por los aportes de la psicología comunitaria, la educación popular y la sociología crítica, que introdujeron formas de acción orientadas a la participación, la praxis transformadora y el reconocimiento de la comunidad como sujeto activo (Fals-Borda, 1999; Freire, 1970; Montero, 1984, 2004).

Este enfoque se caracteriza por priorizar la participación activa de las personas involucradas, reconociendo a las comunidades no sólo como receptoras, sino como protagonistas en la construcción y producción de soluciones colectivas (Sánchez-Vidal, 2020; Montero, 2012). Desde esta postura, las acciones adquieren un carácter ético-político, pues su orientación a la transformación social implica una práctica con sentido social y político, guiada por criterios éticos, articulando dimensiones que desde otras prácticas suelen analizarse por separado (Grondona-Opazo & Rodríguez-Mancilla, 2020).

Esta perspectiva se fundamenta en el reconocimiento del *Otro* como sujeto capaz de comprender su realidad y tomar decisiones, así como en el compromiso de fortalecer procesos que contribuyan a la construcción de ciudadanía y a la transformación de las estructuras sociales desde prácticas reflexivas y situadas (Montero, 2004, 2010, 2012). Bajo esta mirada, la comunidad se concibe como un sujeto histórico y colectivo, apto de interpretar su realidad, aportar saberes propios y participar en la toma de decisiones que orientan la acción transformadora, constituyendo tanto sus experiencias y prácticas, como sus formas de organización, el eje central y el punto de partida para la intervención (Montero, 2004). Esta posición da paso a la participación de numerosos actores que colaboran en los procesos desde lugares y roles distintos, pero complementarios, a través de relaciones horizontales, dialógicas y críticas (Montero, 2004, 2012).

Por otra parte, varios autores coinciden en que la IC no puede abordarse únicamente desde sus aspectos técnicos o metodológicos, ni limitarse a las problemáticas sociales que se busca atender y transformar. Subrayan la importancia de considerar su carácter intersubjetivo, es decir, contemplarla como un espacio de relaciones, vínculos y experiencias que se configuran entre quienes participan. En ese entendido, la IC es un terreno donde se construyen significados y se generan transformaciones tanto individuales como colectivas (González & Jaraíz, 2013; González, 2012; Montenegro, 2001; Montero, 2004; Ruiz et al., 2012).

Esta dimensión intersubjetiva no solo da cuenta de la interacción entre actores, sino también de los efectos que ésta genera. Tal como lo expresa Montero (2004): *“ambos sujetos de la relación serán transformados; ambos campos de la relación, comunidad y disciplina . . . adquirirán conocimientos, produciéndose una relación dialéctica de transformaciones mutuas”* (p. 84). Así mismo, diversos autores han señalado la importancia de contemplar las dinámicas que existen entre los sujetos implicados en el proceso de intervención, pues es en el campo de acción donde los vínculos y acciones se reinterpretan, negocian y moldean, al tiempo que se configuran identidades, significados y modos de participación, impactando directamente en el desarrollo de los procesos comunitarios (Sánchez-Vidal, 2007; J. Castillo & Winkler, 2010; Carballada, 2011; Martinic, 2024; Montero, 1984, 2004, 2006a, 2012; Ussher, 2016; Vivares-Porras, et al., 2020; Wiesenfeld, 2016).

En este marco, para comprender cómo se dan estas relaciones y transformaciones, resulta necesario reconocer quiénes son los que participan en los procesos comunitarios y desde qué lugar lo hacen. En el ámbito de la intervención, se suelen distinguir a los actores implicados de acuerdo con su rol de actuación y su posición frente al territorio. Montero (2004), desde la perspectiva de la psicología comunitaria, establece dos figuras principales en la IC: los Agentes Internos, miembros de la propia comunidad, y los Agentes Externos, generalmente conformados por profesionales o voluntarios que facilitan y acompañan los procesos. Sin embargo, esta distinción no implica jerarquía, sino una relación horizontal, cimentada en el intercambio de saberes y en el diálogo, donde el conocimiento técnico, científico y profesional de los agentes externos se integra con el saber popular, histórico y situado de quienes forman parte de la comunidad (Montero, 2004; 2006a; 2012; Montenegro, 2001).

A partir de esta distinción, también se vuelve evidente que entre quienes llegan desde fuera a acompañar los procesos comunitarios, existe una notable diversidad de perfiles y denominaciones. Se le ha llamado asistente, operador, gestor, monitor, facilitador, interventor social, agente comunitario, agentes de

intervención, entre otros (Daher et al., 2018). Esta diversidad no solo es cuestión de términos, sino también disciplinar, dada la complejidad y multidimensionalidad de los problemas sociales que requieren la participación de profesionales de distintos campos, como psicología, trabajo social, educación social, sociología, pedagogía, animación sociocultural y trabajadores de la salud, lo que señala la confluencia de múltiples perfiles en los proyectos comunitarios y la dificultad de delimitar específicamente quiénes son los profesionales implicados en los procesos de intervención (Montero, 2004; F. Ortega, 2016).

En ese sentido, en la presente investigación, se utilizará el término Profesionales en Intervención Comunitaria (en adelante PIC) para referirse a estos actores, aludiendo no solo a profesionales formados en áreas tradicionalmente vinculadas al campo social y comunitario, sino a otras disciplinas, así como a técnicos, gestores, voluntarios que participan activamente en el campo de la IC. Este término permite resaltar su rol en la facilitación de la transformación social y en la co-construcción del conocimiento junto a la comunidad, al tiempo que reconoce su especificidad y experiencia como actores con conocimientos distintos a los miembros de la comunidad (Sánchez-Vidal, 2020; Montero, 2012, 2004).

Diversos estudios han puesto particular atención en las dinámicas que desempeñan los profesionales dentro de los procesos de intervención, dada la posición estratégica que ocupan entre las estructuras institucionales, las decisiones políticas y las comunidades, cumpliendo un rol que los sitúa como mediadores de recursos, orientando las prácticas y en cierta medida, el camino de la intervención (González & Jaraíz, 2013; Martinic, 2024; Ruiz et al., 2012; Zapata, 2019). En estas perspectivas se coincide en la idea de lo necesario que es tomar en cuenta los procesos de configuración que viven los profesionales dentro de la propia intervención, pues permite comprender mejor su actuación y, con ello, el desarrollo del proceso en general.

En ese contexto, colocar la mirada en las experiencias, significados y sentidos que los PIC atribuyen a su quehacer, se vuelve fundamental para comprender mejor el modo en que se articulan los procesos de la IC. Para ello, es

necesario apoyarse en una perspectiva teórica y metodológica que permita identificar y explorar esos significados. Así, la Teoría de las Representaciones Sociales (TRS), desarrollada por Moscovici (1979), resulta pertinente para este propósito. Esta teoría ofrece herramientas conceptuales y prácticas para aproximarse a las construcciones simbólicas que los sujetos elaboran en su vida social, expresadas tanto en sus formas de interpretar el mundo, como en sus narrativas y prácticas (Araya, 2002; Castorina & Kaplan, 2003; Jodelet, 1986; Piña & Cuevas, 2004).

Las Representaciones Sociales (en adelante RS) se definen como: *“un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios”* (Moscovici, 1979, p. 18). Las RS no son entidades estáticas, sino una producción social en constante movimiento, conformadas por múltiples significados que se disputan, negocian y circulan entre grupos con motivaciones diversas (Urbina, 2022). Además de organizar la vida cotidiana, sostienen aprendizajes sociales, sensibilidades y formas de relación que moldean la manera en que las personas actúan y participan en distintos ámbitos (Di Iorio, 2023). Desde esta mirada, las RS integran dimensiones cognitivas, afectivas y sociales que se expresan en las narrativas, prácticas y formas de interpretar el mundo de los sujetos (Abric, 2001; Araya, 2002; Jodelet, 2020a; Navarro & Restrepo, 2013).

Distintos autores que trabajan esta teoría, han destacado la importancia de considerar las RS como parte de los procesos de intervención (Di Iorio, 2023; Di Iorio, et al., 2018; Jodelet, 2007; Krause, 1999; Urbina, 2022). Jodelet (2007) por ejemplo, subraya que toda intervención orientada a la transformación social, implica reconocer saberes populares, promover procesos de desideologización y favorecer la formulación de nuevas necesidades e identidades. De manera similar, Krause (1999), Di Iorio et al., (2018) y Urbina (2022) señalan que la articulación entre la TRS y la intervención permite comprender cómo se configuran y modifican las formas de pensar y actuar en los procesos sociales, ya sea analizando el papel

que juegan las prácticas en la formación de las RS o identificando aquellas que facilitan u obstaculizan los cambios deseados. Si bien estas reflexiones se han centrado principalmente en el reconocimiento de los saberes comunitarios, plantean la relevancia de atender los significados que orientan la acción de todos los actores implicados.

Esta perspectiva permite explorar los significados que los PIC atribuyen a su quehacer comunitario y cómo estos marcos simbólicos acompañan y orientan su práctica en la IC, pues, como se ha señalado, son procesos marcados por dinámicas relacionales, éticas y políticas que impactan directamente en el desarrollo de los procesos (Sánchez-Vidal, 2007; J. Castillo & Winkler, 2010; Carballada, 2023; Montero, 1984, 2004, 2006a, 2012; Ussher, 2016; Vivares-Porras, et al., 2020; Wiesenfeld, 2016).

El presente estudio adopta principalmente el enfoque procesual de las RS cercano a la propuesta original de Moscovici y desarrollado ampliamente por Jodelet (1986, 2003; Banch, 2000), el cual destaca la relación entre procesos cognitivos individuales y las dinámicas sociales contextuales que moldean las representaciones, así como la relevancia de los discursos, prácticas y comportamientos como vehículos que permiten acceder al universo simbólico y significativo de los sujetos (Banch, 2000; Jodelet, 1986, 2000; Perera, 2003; Rateu & Lo Monaco, 2013).

Este enfoque se ha situado con gran relevancia, orientando buena parte de las investigaciones latinoamericanas (Jodelet, 2000; Liloff & Torres, 2023; Urbina & Ovalles, 2018). En consonancia, con esta perspectiva, el estudio se enmarca bajo una perspectiva fenomenológico-hermenéutica, la cual reconoce la experiencia subjetiva como fuente de conocimiento y comprende al sujeto con agencia, que interpreta y construye significados a partir de su vida cotidiana y de los marcos simbólicos que comparte con otros (Berger & Luckmann, 2003; Mendoza de Carmona, 2019; Timoshchuk, 2020).

A partir de estos planteamientos, se considera que abordar los procesos de la IC desde la mirada de las RS, permite acercarse a los significados que los actores involucrados, particularmente los PIC, construyen sobre su quehacer y al modo en que éstos se articulan con las múltiples dinámicas que configuran este campo. Esta perspectiva hace posible explorar los sentidos que emergen de sus experiencias en la práctica comunitaria y acercarse a comprender cómo estos marcos simbólicos se expresan en sus narrativas y se reflejan en determinados aspectos de su quehacer profesional, sin pretender establecer relaciones causales, sino describir las formas en que dichos significados orientan y acompañan su acción. Por lo tanto, el presente estudio tiene como objetivo explorar cómo las Representaciones Sociales de las prácticas en Intervención Comunitaria inciden en el quehacer de los Profesionales en Intervención Comunitaria.

Es importante señalar que el estudio no pretende restar importancia a la comunidad, ni desvincularla de los procesos de intervención. Por el contrario, esta investigación se considera como el primer paso con la intención de ampliar el alcance del estudio en futuras etapas y abordar el fenómeno de manera integral, tanto desde las perspectivas y experiencias de los PIC, como las de la comunidad y demás actores involucrados.

Antecedentes

Para contextualizar la presente investigación en relación con lo que ocurre en el trabajo comunitario (cómo los profesionales dan sentido a lo que hacen, y cómo estos marcos simbólicos influyen en su práctica), resulta necesario revisar lo que otros estudios han explorado. Las investigaciones que se presentan a continuación, desarrolladas en diversos países de América Latina y Europa, ofrecen una visión amplia del tema, mostrando distintas formas de explorar las concepciones que los profesionales elaboran sobre las personas con quienes trabajan, sobre sus mismas prácticas, las tensiones que se hacen presentes en los contextos institucionales y los vínculos que orientan sus decisiones dentro del

campo. En conjunto, muestran cómo las RS, la subjetividad profesional y las condiciones institucionales se articulan profundamente con la acción comunitaria. A través de la revisión de estos trabajos, es posible reconocer aportes importantes en el área, al mismo tiempo que se identifican vacíos que justifican la pertinencia del enfoque que encamina esta investigación.

Diversos estudios han mostrado que los marcos interpretativos que los profesionales construyen sobre su quehacer tienen efectos directos en su práctica laboral. Costa et al. (2022), en un estudio cualitativo sobre las RS de agentes comunitarios de Salud en Brasil, identificaron que las prácticas de atención se estructuran en torno a dimensiones técnicas, relacionales y de orientación, todas profundamente influidas por las RS sobre violencia intrafamiliar. Mediante entrevistas en profundidad y análisis léxico, el estudio concluyó que las prácticas de atención se basan en dimensiones técnicas (como visitas domiciliarias), relacionales (ancladas en la escucha y confianza) y de orientación (gestión e intercambio de información). En su perspectiva, las RS sobre violencia intrafamiliar actúan directamente sobre estas dimensiones, incidiendo en el desarrollo de las acciones y en las dificultades que enfrentan los profesionales, como las debilidades en el trabajo de la red de atención.

En una línea similar F. Ortega (2016), se propuso conocer diversos aspectos de la representación subjetiva de diversos profesionales de la intervención social (sociólogos, psicólogos, trabajadores sociales, educadores sociales, animadores socioculturales e integradores sociales). Este estudio cualitativo, desarrollado en España, concluyó que el discurso de los profesionales constituye al sujeto de su acción y que sus funciones determinan la visión de la realidad del profesional. Esto se evidencia en la existencia de dilemas en el discurso profesional, como la dicotomía entre adaptar-normalizar o dar protagonismo a los destinatarios, y ayudar-controlar. Además, las causas de las dificultades sociales se representan como más relevantes en el sistema individual, relegando los sistemas intermedios a un plano de menor importancia.

Las RS también han sido abordadas como un componente decisivo en las dinámicas relacionales y en la colaboración entre actores comunitarios. Vecina-Merchante (2016), a partir de una investigación participativa orientada a procesos de planificación comunitaria, analizó cómo las RS operan como un factor decisivo que puede dificultar la acción colectiva, pues tanto comunidad como profesionales tienden a agruparse entre ellos mismos, con quienes comparten afinidades y elaboran sus propios discursos sobre su lugar dentro de las comunidades y el rol de los otros. Esta condición que el autor denomina como una dicotomía “nosotros-ellos”, se convierte en una dificultad para la colaboración y la cohesión, especialmente cuando existen fallas de comunicación o intercambios de información sesgados. La autora sostiene que comprender el contenido de estas representaciones y los principios teóricos que las sostienen, permite identificar qué elementos facilitan u obstaculizan la coordinación entre distintos agentes, así como los desafíos que enfrentan al planificar y ejecutar acciones comunitarias conjuntas.

Por su parte, Guzmán et al. (2025), mediante entrevistas y talleres participativos interculturales con usuarios e implementadores de un proyecto social en Perú, mostraron que las RS del desarrollo orientan expectativas, decisiones y formas de participación. Ambos grupos comparten elementos centrales en sus representaciones, especialmente en el tema de educación, pero difieren profundamente en la manera en que entienden la sostenibilidad, la política y la relación con el Estado. Aunque el estudio comprendió no solo a profesionales, los resultados evidencian que las representaciones orientan expectativas, decisiones y formas de participación en los proyectos sociales.

En otro giro, algunas investigaciones han puesto interés en la dinámica subjetiva de la intervención en contextos institucionales atravesados por políticas neoliberales. En Chile, una línea de investigación desarrollada por Campillay-Araya y otros colaboradores, ha aportado evidencia consistente sobre el papel que desempeña la subjetividad profesional en los contextos de intervención, marcados por políticas sociales neoliberales. En una revisión sistemática de estudios

cualitativos, Campillay-Araya, Di Maso y Muñoz-Arce (2023) identifican dimensiones subjetivas (marco contraproducente, obstáculos internos, usuarios en falta, tensiones amenazantes y respuestas de afrontamiento) que influyen directamente en la implementación de las acciones, mostrando que aspectos como la priorización de la eficiencia administrativa, la estandarización y el control de indicadores, deteriora la calidad de la intervención y genera una racionalidad profesional caracterizada por precarización e indicadores cualitativos, al mismo tiempo son políticamente ambivalentes, pues pueden tanto reproducir como tensionar las dinámicas neoliberales, revelando que la intervención está profundamente influida por las subjetividades y condiciones estructurales que la enmarcan.

En otro estudio, Campillay-Araya y Di Maso (2023), examinan cómo los interventores otorgan sentido a su labor mediante diversas posiciones de sujeto (maquínica, abnegada, derrotista, empática, tecnocrática y agéntica), las cuales se activan y coexisten en escenarios de alta complejidad institucional. Estas posiciones expresan modos de comprender la intervención y revelan que los profesionales transitan entre posturas que pueden incluso entrar en conflicto, evidenciando una dimensión dinámica y situada de la subjetividad profesional.

En un tercer estudio, Campillay-Araya, Clavijo y Di Masso (2023), analizan la introducción de Prácticas Narrativas en la intervención, mostrando que este enfoque, orientado por una ética colaborativa y una perspectiva de justicia social, representa una vía para discutir la racionalidad neoliberal. De acuerdo con los autores, la resistencia profesional se manifiesta como una práctica de “hacer sentido”, es decir, una forma de implementar la intervención desde significados más profundos y éticos que buscan reorganizar la relación entre profesional, usuario y contexto. En conjunto estos trabajos evidencian que la subjetividad profesional, las condiciones institucionales y la racionalidad que gobierna la política social interactúan de manera decisiva en la configuración de intervención, ya sea potenciando prácticas transformadoras o reforzando dinámicas de control y estandarización.

Otras investigaciones han explorado de manera directa cómo se configuran los sentidos del quehacer comunitario. T. Castillo et al. (2023) realizaron un estudio comparativo sobre el quehacer de la psicología comunitaria en Argentina, México y Uruguay, con el fin de caracterizar las prácticas de profesionales que trabajan en contextos comunitarios. A partir de grupos de discusión y entrevistas, analizaron los campos de problema, los dispositivos de intervención, las identidades profesionales, la relación de los procesos con las políticas sociales y las concepciones de transformación social. Los hallazgos muestran el uso de metodologías flexibles y creativas. Además, identifican tensiones entre los enfoques participativos y las políticas públicas asistenciales, lo que genera frustración en los equipos de trabajo. La identidad profesional se percibe diversa y compleja, pero en general orientada a la transformación social; mientras en Argentina y Uruguay predomina una motivación política e ideológica, en México la intervención se centra más en procesos locales y de alcance micro. A pesar de la falta de reconocimiento institucional, las y los profesionales encuentran en su labor comunitaria un impulso ético y político que sostiene su compromiso transformador.

La experiencia de una sistematización de una IC por parte de un grupo interdisciplinario en Colombia (Echeverri & Sánchez, 2023), también destacó que el quehacer está determinado por los significados que los actores construyen sobre este mismo. El estudio señala que las RS del problema y de la propia intervención, junto con las relaciones de poder, se entrelaza en el trabajo en red y pueden tanto obstaculizar como favorecer su funcionamiento. Las autoras plantean además, la importancia de comprender a la comunidad a partir de los imaginarios y las representaciones que se configuran en la vida cotidiana. En el mismo escenario colombiano, Montaña-Cárdenas (2021), a través de entrevistas semiestructuradas, cuestionarios y revisión documental en un proyecto comunitario con primera infancia, mostró que los profesionales se perciben como mediadores entre la comunidad y las instituciones, enfrentando dificultades estructurales relacionadas con la escasez de apoyo estatal y la inestabilidad de los recursos para sostener la intervención.

En otras experiencias, el quehacer profesional muestra una asociación a modelos limitantes. El estudio de Villegas-Alarcón et al. (2025), sobre la acción profesional de un Centro de Intervención y Atención Social, en el que se utilizaron revisión documental, entrevistas semiestructuradas, grupos focales y ecomapas, encontró que, si bien el Centro trabaja expresamente en los niveles individual-familiar, grupal y comunitario, se observa una tendencia asistencialista y la participación de los sujetos atendidos se encontraba en un nivel principalmente simbólico, persistiendo desafíos relacionados con la discontinuidad de los procesos. Una conclusión del estudio es la limitada integración entre teoría y práctica. Además, los autores señalan la necesidad de consolidar una praxis más crítica, situada y sostenida en el tiempo.

En conjunto, estos estudios muestran que las RS, la subjetividad profesional y las condiciones institucionales interactúan de manera compleja en la configuración del quehacer comunitario. Revelan que las y los profesionales también construyen significados sobre su propio rol, sobre las personas con quienes trabajan y sobre lo que significa intervenir. Sin embargo, aunque la revisión de la literatura muestra variadas aproximaciones, aún se observa poca exploración desde la mirada específica de los PIC y la comprensión de cómo las RS inciden en su práctica comunitaria en contextos de intervención. Lo anterior, da paso a la necesidad de revisar los fundamentos teóricos que orientan esta investigación, permitiendo comprender estos procesos con mayor profundidad.

Capítulo I. Introducción a la Teoría de las Representaciones

Sociales

Origen e influencias teóricas

La Teoría de las Representaciones Sociales (TRS) es desarrollada por Moscovici (1979) en 1961, como parte de su estudio sobre la difusión del psicoanálisis en la sociedad francesa, abordó la manera en que las ideas científicas se transforman y adaptan en el sentido común colectivo. Las

Representaciones Sociales (RS) son definidas por él como: *“un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios”* (Moscovici, 1979, p. 18). En su estudio, planteó a las RS como un puente entre el conocimiento científico y el conocimiento cotidiano, explorando cómo este último se construye, comunica y reconfigura en función de las interacciones sociales y culturales (Moscovici, 1979).

Los antecedentes teóricos en los que se apoya la TRS remiten a un amplio conjunto de perspectivas, principalmente del campo de la psicología y sociología, que han destacado el papel de las ideas y creencias compartidas en la construcción de la realidad. Jodelet (2018) identifica que desde los orígenes de las ciencias sociales, autores como Marx, Durkheim y Lévy-Bruhl aportaron ideas a la noción de representación, siendo Durkheim, quien marcó una de las referencias más importantes con su concepto de “representaciones colectivas”, planteando el papel central de los procesos mentales sociales en la vida colectiva. Por su parte, Álvarez (2004) destaca que aunque la TRS se apoya inicialmente en los postulados de Durkheim, Moscovici, en el transcurso del desarrollo de su teoría, mostraría mayor afinidad con la perspectiva de Weber sobre las racionalidades de la acción, así como con la construcción social de la realidad planteada por Berger y Luckmann, reforzando con ello el carácter intersubjetivo y contextual de las RS.

A estas influencias se suman lo que Manrique (2022) denomina los recursos intelectuales que acompañaron los postulados de Moscovici entre ellos, la psicología de masas de Freud y el constructivismo de Piaget, además de la influencia durkhemiana. Estos aportes fueron complementados por corrientes como el interaccionismo simbólico de Mead, la teoría sociocultural de Vigotsky y la psicología del sentido común de Heider, según sintetiza Torrez (2023). Asimismo, Knapp et al. (2003), Carpio y Mendoza (2018) y Mijangos et al. (2021), señalan que junto a las ideas de Durkheim, la psicología de los pueblos de Wundt, Durkheim constituye un pilar fundamental para comprender los orígenes de la TRS.

Estas perspectivas muestran el amplio marco de perspectivas e ideas que permitieron el surgimiento de la TRS. No obstante, como coinciden los autores y el propio Moscovici (1979), la influencia decisiva para su formulación proviene del concepto de Durkheim sobre Representaciones Colectivas.

Para Durkheim (2000), estas representaciones son producciones mentales basadas en conceptos sociales que se imponen a los individuos, permitiéndoles interpretar y actuar en su entorno. Durkheim sostenía que la conciencia humana es una actividad espiritual capaz de generar representaciones ideacionales, es decir, imágenes o conceptos abstractos que no solo reflejan ideas, sino también sentimientos colectivos. De esta manera, los estados afectivos de una comunidad se convierten en símbolos o representaciones colectivas, las cuales no solo expresan emociones compartidas en un momento determinado, sino que también perduran en el tiempo, perpetuando esos sentimientos intersubjetivos para las generaciones futuras (Álvarez, 2004).

Estos símbolos no solo reflejan creencias y valores sociales, sino que legitiman lo establecido al influir en las decisiones individuales, diferenciando el pensamiento social del individual. Así, mientras las representaciones individuales son procesos personales, es la sociedad quien proporciona las bases para construir conceptos y visiones sobre objetos sociales (Álvarez, 2004; Ibáñez, 2003; Jodelet, 2018; Moscovici, 1979).

Sin embargo, para Moscovici (1979) el sujeto no es un ente pasivo, sino un agente activo que construye y reconstruye el conocimiento del sentido común a partir del repertorio cognoscitivo, simbólico y cultural que la sociedad pone a su disposición. Así, el contenido científico, al llegar al pensamiento cotidiano, da paso a un nuevo sentido común influido por la ciencia y la tecnología. Esto convierte a las RS en un producto característico de la sociedad industrial contemporánea, siendo más diversas según los grupos e instituciones, y sufriendo modificaciones constantemente a través de la interacción social y la comunicación, a diferencia de las representaciones colectivas que planteaba Durkheim, las cuales eran estáticas

y concebidas como entidad homogéneas y universales que ejercían una fuerza coercitiva sobre los individuos (Castorina & Kaplan, 2003; Piña & Cuevas, 2004).

Su postura señala que, si bien las nociones de Durkheim proporcionan una base importante para la comprensión de la realidad, resulta limitada para explicar la diversidad de formas de organización del pensamiento social. Las representaciones de Durkheim se orientan principalmente a explicar las determinaciones y comportamientos sociales, mientras que las representaciones de Moscovici se enfocan en la articulación de las relaciones entre el individuo y la sociedad. En palabras del propio Moscovici (1979), la perspectiva de Durkheim queda limitada:

En la medida que no aborda de frente ni explica la pluralidad de formas de organización del pensamiento, aunque todas sean sociales, la noción de representación pierde nitidez. Quizás haya que buscar ahí otra de las razones de su abandono: . . . Con el fin de darle un significado determinado, es indispensable hacerlo abandonar su papel de categoría general, que concierne al conjunto de producciones, a la vez intelectuales y sociales. Estimamos que por ese camino se la puede singularizar, separándola de la cadena de términos similares. (p. 28)

A partir de estas bases, Moscovici refuerza la idea de que las RS no son solo construcciones individuales, sino procesos sociales que se desarrollan a partir de las interacciones y los significados compartidos. Desde su perspectiva, el conocimiento social es dinámico, evolutivo y profundamente ligado al contexto social y cultural en el que está inserto el sujeto. Estas representaciones muestran una realidad construida socialmente, percibida como objetiva y estable, sustentada en experiencias personales, conocimientos y tradiciones transmitidos a través de procesos como la educación y la comunicación (Moscovici, 1979).

Igualmente, Moscovici (1979) resalta el carácter dinámico de las RS, las cuales se adaptan, se transforman y se diversifican en función de los contextos sociales, los grupos que las producen y las interacciones que las sostienen. Desde esta perspectiva, las RS son al mismo tiempo productos y procesos, resultado de una negociación constante entre las fuerzas sociales, intereses colectivos e interpretaciones individuales. Por su parte, Jodelet (1986) subraya que estas representaciones no solo se transforman, sino que también se encuentran ancladas en factores como el contexto, la comunicación, la cultura, los valores y las ideologías, todos ellos ligados a posiciones sociales específicas que condicionan su contenido y significado. Estos valores, que son transmitidos a través del discurso y la interacción social, juegan un papel significativo en la construcción de las representaciones, ya que los individuos comprenden y actúan en su entorno mediante los marcos de referencia proporcionados por sus grupos sociales (Seidmann, 2020).

A partir de esta comprensión dinámica y social del conocimiento, Moscovici (1979) establece tres componentes clave en la estructura de las RS:

- a) El campo representacional: entendido como el espacio donde se organizan y relacionan los elementos simbólicos que componen una representación, permitiendo su coherencia y significado;
- b) La información: que se refiere al contenido que se comparte sobre un objeto o fenómeno, que varía según el contexto y el conocimiento disponible en la sociedad y, finalmente,
- c) La actitud: refleja la posición o valoración emocional que las personas adoptan frente a la representación, lo cual influye en su comportamiento hacia el objeto representado.

Así, las RS, elaboradas en torno a estas tres dimensiones, no solo actúan como herramientas para comprender la realidad, sino también como mecanismos que estructuran las interacciones sociales y los comportamientos dentro de una sociedad (Moscovici, 1979). Al ser construidas dentro del grupo de pertenencia, configuran una visión común de la realidad que facilita la comprensión del entorno

y los objetos, contribuyendo a la construcción de una identidad social (Álvarez, 2004). De esta manera, su construcción no está situada únicamente en el plano mental, sino que se elabora a partir de los saberes compartidos socialmente, es decir, desde el sentido común y las vivencias cotidianas. Las RS se manifiestan en palabras, gestos, pensamientos o acciones, y tienen repercusiones en la práctica, donde se produce y reproduce el mundo de la vida (Weisz, 2017).

Enfoques Teóricos

A lo largo de los años, la TRS ha evolucionado, dando lugar a múltiples enfoques que buscan comprender su naturaleza, estructura y dinámica en distintos contextos. Estas perspectivas, desarrolladas por diversas tradiciones académicas, pueden agruparse en grandes corrientes que reflejan diferentes maneras de abordar los fenómenos, que aunque distintas, ofrecen visiones complementarias: el enfoque procesual, el estructural y el socio-dinámico (Araya, 2002; Banch, 2000; Cruz, 2006; Lynch, 2020; Navarro & Restrepo, 2013; Rateau & Lo Monaco, 2013).

Enfoque Procesual

Gracias a la expansión de los trabajos de investigación europeos que exploraban la perspectiva procesual, en Latinoamérica y particularmente en México, esta vertiente ha tenido un notable impacto en la región, impulsada tanto por la riqueza cultural de sus contextos, como por su diversidad de realidades y simbolismos sociales (Jodelet, 2000; Liloff & Torres, 2023; Urbina & Ovalles, 2018). En México, ha sido utilizada tanto para comprender la identidad y los sistemas de valores nacionales, como para abordar las necesidades sociales emergentes en contextos de cambio social y económico; así como una herramienta práctica para el avance en la intervención (M. Ortega, 2023).

El enfoque procesual, desarrollado ampliamente por Jodelet (1986), también conocido como sociogenético, es una perspectiva cercana a la propuesta original de Moscovici, la cual pone énfasis principalmente en la complejidad de las representaciones y su vínculo con la acción y con el contexto social; así mismo

enfátiza la interacción entre los procesos cognitivos individuales y los procesos sociales contextuales que moldean las representaciones (Araya, 2002; Banch, 2000; Rateau & Lo Monaco, 2013). A nivel metodológico, privilegia técnicas cualitativas como entrevistas y análisis de contenido, lo que permite capturar las dinámicas de construcción y transformación de los significados sociales (Araya, 2002; Banch, 2000; Navarro & Restrepo, 2013).

Jodelet (2000) en un escrito sobre las RS y su contribución al saber sociocultural, resume desde su perspectiva las características que las conforman:

Las representaciones sociales conciernen al conocimiento del sentido común, que se pone a disposición en la experiencia cotidiana; son programas de percepción, construcciones con estatus de teoría ingenua, que sirven de guía para la acción e instrumento de lectura de la realidad; sistemas de significaciones que permiten interpretar el curso de los acontecimientos y las relaciones sociales; que expresan la relación que los individuos y los grupos mantienen con el mundo y los otros; que son forjadas en la interacción y el contacto con los discursos que circulan en el espacio público; que están inscritas en el lenguaje y las prácticas; y que funcionan como un lenguaje en razón de su función simbólica y de los marcos que proporcionan para codificar y categorizar lo que compone el universo de la vida. (p. 10)

Jodelet (1986), ofrece una definición de las RS complementaria a la postulada por Moscovici, donde señala que: *“el concepto de Representaciones Sociales designa una forma de conocimiento específico, el saber del sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados . . . Designa una forma de pensamiento social”* (p. 474). La perspectiva de esta autora está encaminada a trabajar los

factores que transportan las representaciones, como los discursos de los individuos y grupos, sus comportamientos y prácticas sociales (Jodelet, 1986, 2000). Este enfoque resulta efectivo para el estudio de la génesis histórica y procesual de la representación, ya que enfatiza los discursos como un medio que permite “*acceder al universo simbólico y significativo de los sujetos, constituido y constituyente de la realidad social*” (Perera, 2003, p. 13).

Enfatiza además que las RS son formas de conocimiento del sentido común, y que se caracterizan por ser procesos generativos y funcionales socialmente determinados, que reflejan el pensamiento social asentados en el lenguaje y las prácticas cotidianas (Jodelet, 1986). El papel que juega el lenguaje y la comunicación en la construcción de las RS es fundamental, pues tanto las conversaciones cotidianas, las discusiones formales que se tienen en diversos contextos, así como la información que se comparte a través de los medios de comunicación impactan significativamente en la formación y transformación de las RS, reflejando esencialmente la vida cotidiana de los individuos dentro de los grupos sociales (Farr, 1986).

Para Jodelet (1986), la representación puede llegar a ser una sustitución cognitiva del objeto, sea real o imaginario, o puede también hacerse presente en la mente, es decir, reproducir mentalmente el objeto. De cualquier modo, en ambas situaciones, el representar como acto cognitivo, como lo ejemplifica Villarroel (2007), es comparable a la representación de un personaje que hace un actor o actriz en el escenario.

Enfoque Estructural

En contraste con el enfoque procesual, que prioriza las dinámicas de construcción y actualización de las representaciones en contextos socioculturales específicos, el enfoque estructural, desarrollado principalmente por Abric y Flament, se basa en el concepto de objetivación de Moscovici, y, sostiene que lo que distingue a una RS, es la forma en que se organiza su contenido (Lynch, 2020). Por lo tanto, este enfoque se centra en estudiar los procesos cognitivos de

y la estructura de las representaciones. Metodológicamente, se recurre al uso de técnicas experimentales y análisis estadísticos para identificar y controlar la estructura del núcleo, aunque también se suelen incorporar herramientas cualitativas (Araya, 2002; Banch, 2000).

Bajo esta perspectiva se desarrolla la Teoría del Núcleo Central (Abric, 2001). En ella, se postula que la organización interna que integra una RS está compuesta por una estructura específica, por un lado, contiene un núcleo central, que actúa como eje estructurador estable, anclado en la memoria colectiva del grupo, sus normas e ideologías, y por otro, se encuentran los elementos periféricos, los cuales permiten adaptaciones contextuales pues son más flexibles y sensibles al contexto inmediato. A través de esta estructura, se busca comprender cómo los elementos nucleares y periféricos configuran los contenidos y funciones de las RS (Banch, 2000; Moscovici, 2007).

El núcleo central está encargado de determinar la significación y su organización; tiene, por un parte, una función generadora, mediante la cual *“se crea, se transforma la significación de los otros elementos constitutivos de la representación”* (Abric, 2001, p.10), tomando así un valor y un sentido; y, por otro lado, tiene una función organizadora, que *“determina la naturaleza de los lazos que unen, entre ellos, los elementos de la representación”* (Abric, 2001, p. 10). El núcleo central resulta pues, ser el elemento unificador y estabilizador de la representación.

Por su parte, los elementos periféricos se organizan alrededor del núcleo central y conforman lo fundamental del contenido de la representación; son el lado más accesible, pues llegan a informaciones retenidas, seleccionadas e interpretadas, son juicios formulados sobre el objeto y su entorno, estereotipos y creencias. Los elementos pueden estar más o menos cercanos al núcleo central, por lo que se organizan jerárquicamente según el papel que desempeñan, mientras más cerca estén, se utilizarán para la creación de significados de la representación. Mientras más separados, aclaran y justifican dicha significación. Sus funciones son tres principales, la de creación, la de regulación y la de

defensa. Pero además, son indicadores del comportamiento, pues permiten una modulación personalizada, y tienen una función protectora (Abric, 2001).

Las relaciones entre estos elementos permiten comprender la estructura interna de la representación como un sistema dinámico y organizado. Uno de los principios fundamentales de la TRS, según Abric (2001), es distinguir entre objeto y sujeto. De acuerdo con el autor, el objeto de representación solamente existirá, para un individuo o un grupo, en relación con ellos; la relación sujeto-objeto determina al objeto mismo. Es decir, el objeto estará presente en un contexto activo y será formado por el individuo o el grupo como una extensión de su comportamiento, de sus actitudes y de las normas a las que se refiere el contexto. Si un individuo expresa la opinión que tiene acerca de un objeto o una situación, tal opinión determinará al objeto. El objeto reconstruido compone el sistema de evaluación por el individuo. O dicho de otro modo, una representación será siempre la representación de algo para alguien.

En esta línea, Flament y Rouquette (2003, citados en Wolter, 2018) amplían esta perspectiva al señalar que una RS puede caracterizarse como un conjunto de elementos cognitivos vinculados por relaciones específicas dentro de ciertos grupos. Esto implica que no solo los elementos de las representaciones varían entre grupos, sino también las relaciones que los conectan, destacando la importancia del contexto social en la configuración de las RS. Por lo tanto, dentro de este enfoque, estudiar una representación implica no solo analizar los contenidos de pensamiento, sino también las conexiones y dinámicas internas que estructuran esos contenidos. Este énfasis en las relaciones y jerarquías subyacentes se refleja en un conjunto de técnicas analíticas que exploran el poder asociativo de los elementos, permitiendo una comprensión más detallada del sistema representacional (Abric, 2001; Wolter, 2018).

Enfoque Socio-dinámico

El enfoque socio-dinámico, por su parte, se enfoca en los procesos de producción, circulación y transformación de las RS dentro de las estructuras

sociales. Desarrollado por autores como Doise, este enfoque analiza cómo las posiciones sociales y los roles de los individuos dentro de las estructuras sociales influyen en la constitución de las representaciones (Ibáñez, 2003; Navarro & Restrepo, 2013; Perera, 2003). Este enfoque resalta el carácter dinámico de las RS, considerando los discursos y prácticas sociales como factores clave en su formación y cambio (Araya, 2002; Lo Monaco et al., 2016).

En este trabajo, se adopta principalmente el enfoque procesual, ya que permite analizar cómo las representaciones emergen, se transforman y operan en los contextos socio históricos que configuran las prácticas de IC. De acuerdo con Jodelet (2015), las RS poseen autonomía y eficacia propias, y deben entenderse en su génesis, funcionamiento y función dentro de los procesos sociales que afectan la organización y las relaciones grupales. Aunque los múltiples enfoques tienen diferencias en la comprensión del objeto de estudio y en sus metodologías, no deben considerarse como excluyentes, sino como perspectivas complementarias. Mientras el enfoque procesual explora la dinámica social y psíquica en la construcción de significados, el estructural profundiza en la organización y funciones de las representaciones, y el socio-dinámico pone énfasis en los contextos y roles sociales que las configuran (Banch, 2000; Cruz, 2006).

El enfoque procesual permite captar la naturaleza dinámica y situada de las representaciones, destacando su papel en la configuración de significados compartidos y su impacto en la acción social (Lo Monaco et al., 2016). En este sentido, adoptar una perspectiva procesual permite reconocer a las RS como construcciones dinámicas que se expresan y organizan a través del discurso, lo que facilita la identificación de regularidades semánticas, narrativas y simbólicas compartidas por los integrantes de un grupo (Sal, 2016). Al mismo tiempo, facilita la comprensión de dichas representaciones y cómo participan en la construcción colectiva de sentidos y en la configuración de identidades grupales, en tanto se producen y circulan en contextos sociales específicos (Castorina, 2016).

Este abordaje permite explorar cómo los PIC, a través de su participación activa en los procesos de IC, construyen significados compartidos sobre su quehacer profesional, enmarcados en los valores éticos y políticos que sustentan este enfoque crítico y transformador (Montero, 2012). Además, posibilita abordar las RS como procesos dinámicos y relacionales que se constituyen en la interacción entre sujetos sociales, un aspecto crucial en la IC, donde la praxis y la horizontalidad son pilares fundamentales (Montero, 2012; Sánchez-Vidal, 2020). Siguiendo a Jodelet (1986) las RS no solo expresan creencias y actitudes, sino que también actúan como guías prácticas para la acción. En este contexto permiten a los profesionales interpretar y transformar las realidades sociales desde un enfoque participativo y contextualizado.

Formación y Componentes

La formación de las RS es un proceso dinámico y complejo que surge de la interacción entre el individuo y su entorno social. Este proceso se nutre de diversos componentes y mecanismos que permiten la construcción, transmisión y consolidación de las RS en la vida cotidiana (Moscovici, 1979). Entre los elementos clave que intervienen en su formación se encuentran principalmente el fondo cultural, la comunicación y el lenguaje, así como los procesos de objetivación y anclaje (Araya, 2002; Jodelet, 1986; Moscovici, 1979)

Fondo Cultural

El fondo cultural constituye la base sobre la cual se construyen las RS. Este se compone del conjunto de creencias, valores, referencias históricas y culturales que conforman la memoria colectiva y la identidad de una sociedad. De acuerdo con Ibáñez (2003), el fondo cultural se materializa en las instituciones sociales, como la lengua y los objetos materiales, influenciado por las condiciones económicas, sociales e históricas de una sociedad determinada. Ibáñez (citado en Araya, 2002) señala que las RS se originan en el sistema de creencias y valores que circulan en el seno de una sociedad, lo que permite la generación de un núcleo semántico o *themata*. Este núcleo, compuesto por ideas primarias y arquetipos ligados a la cultura y la historia, da lugar a historias, acciones y

acontecimientos que se mantienen a lo largo del tiempo por las referencias histórico-culturales que dan lugar a la memoria colectiva y la propia identidad de esa sociedad (Seidmann, 2020). Así, el fondo cultural actúa como un reservorio de significados que orienta la interpretación de la realidad y la construcción de las RS.

Comunicación y Lenguaje

La comunicación, tanto interpersonal como mediática, desempeña un papel fundamental en la formación de las RS (Farr, 1986; Jodelet, 1986). Según Cruz (2006), las RS emergen como un pensamiento natural no institucionalizado, arraigado en el sentido común y es a través de las conversaciones cotidianas y la divulgación en los medios de comunicación, que nuevos elementos de conocimiento se integran en el discurso colectivo, transformándose en verdades aceptadas socialmente (Billig, 1993, citado en Cruz, 2006). Araya (2002) destaca que los medios de comunicación de masas, como la televisión o las revistas de divulgación científica, transmiten valores, conocimientos y modelos de conducta que influyen en la visión de la realidad de las personas. Además, la comunicación interpersonal, mediante las múltiples conversaciones que ocurren en la vida diaria, contribuye a la difusión y consolidación de las RS. En este sentido, el lenguaje no solo es un vehículo de transmisión, sino también un espacio de construcción y negociación de significados.

Moscovici (1994) enfatizó que la comunicación, desde el punto de vista pragmático, se basa en el uso del lenguaje en contextos específicos, donde los interlocutores adaptan sus mensajes a las necesidades y expectativas del grupo. Este proceso no solo facilita la transmisión de conocimientos, sino que también permite la creación de consensos y la consolidación de normas sociales. A través de la conversación, los individuos negocian significados, reinterpretan información y construyen una visión compartida de la realidad. En este sentido, las RS no son estáticas, sino que se modifican y adaptan en función de las dinámicas comunicativas. Señala además que, mediante el lenguaje, las RS adquieren una forma concreta y accesible, facilitando su comprensión y difusión.

Objetivación y Anclaje

El proceso de objetivación permite que lo invisible se vuelva perceptible, facilitando la comprensión y comunicación de ideas complejas (Álvaro & Garrido, 2003, citado en Manrique, 2022). Moscovici (2007) describe la objetivación como un mecanismo que hace relevante para la conciencia aquello que era impreciso o abstracto, convirtiéndolo en un objeto perceptible y manejable. Es central en la formación de las RS, ya que permite transformar conceptos abstractos y desconocidos en representaciones concretas y familiares.

De acuerdo con Jodelet (1986), el proceso de objetivación pasará por tres fases:

1. **Construcción selectiva:** Se retienen y organizan elementos del discurso en función de criterios culturales y normativos, descontextualizándolos de su origen. Aquí, las informaciones son desprendidas del espacio, así, el grupo social tiene oportunidad de tomarlas y transformarlas en hechos para dominarlas en su propio mundo, alude pues a la selección y descontextualización de la información
2. **Esquema figurativo:** Las ideas abstractas se condensan en imágenes concretas y sencillas, formando un núcleo figurativo que captura la esencia del concepto. Es decir, una imagen reproducirá de manera visible una estructura conceptual, constituyendo al núcleo figurativo de la representación.
3. **Naturalización:** Las imágenes creadas pierden su carácter simbólico y se perciben como realidades autónomas, sustituyendo al objeto original.

El proceso de anclaje, al igual que el proceso de objetivación, permite transformar lo que es extraño en familiar. A través de este proceso, las personas clasifican e integran ideas nuevas dentro de marcos de referencia preexistentes y categorías ya conocidas por la sociedad (Moscovici, 1979, 2007). Esta integración no es neutral, sino que depende de una memoria colectiva, la cual actúa como el mapa cognitivo fundamental para clasificar y nombrar la información nueva a partir de saberes previos; sin este bagaje, lo nuevo se percibe como una amenaza que

genera resistencia y de los intereses específicos de cada grupo social (Moscovici, 1979, 2007; Wachelke & Camargo, 2007).

Este mecanismo se completa bajo el marco de la cultura, la cual proporciona el sistema de referencias necesario para que las nuevas construcciones simbólicas se enraícen en la vida cotidiana, asegurando que cualquier representación social deje de ser un concepto aislado y se convierta en un reflejo coherente de la identidad y el contexto de un grupo determinado (Jodelet, 1986; Seidmann, 2020). Villarroel (2007), subraya que *“el anclaje permite incorporar el objeto social en las redes de significaciones y categorías preexistentes en una sociedad, al tiempo que sostiene la inserción del objeto representado en las prácticas comunicativas de los grupos sociales”* (p. 445). Al otorgar un nombre y un lugar a lo extraño, el anclaje reduce la incertidumbre y convierte la información innovadora en una herramienta útil para la comunicación. En última instancia, este proceso revela cómo el conocimiento se arraiga en la cultura para guiar la interpretación y el comportamiento de los individuos (Araya, 2002; Jodelet, 1986, 2000).

Además dentro de las RS concurren sistemas cognitivos en los que se muestra la presencia de estereotipos, opiniones, creencias, valores y normas que por lo regular tienen una orientación actitudinal positiva o negativa. Además, se presentan sistemas de códigos que definirán la conciencia colectiva, ésta preside con una fuerza normativa en tanto que establece los límites y las posibilidades de la forma en que las personas actúan en el mundo, estos códigos van desde los valores, hasta los principios interpretativos y orientadores de las prácticas (Araya, 2002).

Subjetividad y afectividad

Jodelet (2023), recalca la importancia de la particularidad del sujeto situado entre distintas esferas, haciendo referencia a una subjetividad social, y al igual que González-Rey y Mitjans (2017), plantean que el sujeto genera interpretaciones del mundo de acuerdo a las relaciones y acciones que se llevan a cabo en los

espacios sociales en los que se desenvuelve, éstas tendrán un carácter emocional y simbólico, relacionándose de manera paralela con los objetos y símbolos que adquiere de la cultura, que a su vez irá desarrollándose de acuerdo al contexto socio-histórico.

A este proceso se le denominó sentidos subjetivos, los que se caracterizan por ser:

La expresión del carácter social, cultural e histórico de la subjetividad; ellos son producciones de los individuos, grupos y otras instancias sociales, que están estrechamente relacionados con la forma en que diversas experiencias fueron subjetivamente vividas; las formas simbólicas de la cultura se tornan subjetivas por la forma diferenciada en que aparecen los individuos, grupos a partir de emociones específicas y singulares.

(González-Rey & Mitjans, 2017, p. 10)

Los sentidos subjetivos ofrecen entonces, un acercamiento no solo a la comprensión de la acción individual en su carácter sistémico sino, además, a entender la sociedad en su sistema de consecuencias sobre el sujeto y por las relaciones diferenciadas que ocurren en los diferentes espacios de la vida social (Mori & González-Rey, 2010; González-Rey, 2008).

Esta categoría social de la subjetividad parte de la idea de que los procesos psíquicos no pueden ser reducidos solamente a procesos individuales, pues el carácter social está en constante relación con el sujeto que lo compone y es construido a través de sus acciones. Esta mirada *“permite una visión compleja del funcionamiento de las diferentes instancias sociales, en el intento de superar la forma fragmentada sobre la cual se estudian los distintos espacios en sus procesos de subjetivación”* (Mori & González-Rey, 2010, p. 224).

Gutiérrez (2020), presenta una recopilación de diversos planteamientos en los que se presenta el papel social que juegan los aspectos afectivos en la construcción de las RS. A través de estas aportaciones, sustenta que, las emociones y afectos que ocurren en los grupos ejercen un rol fundamental en la selección y orientación de la información, establecen además, los núcleos de significado de las creencias y relaciones, ligándose así con el proceso de construcción de las RS.

Por su parte, González-Rey y Mitjans (2017), plantean que el sujeto genera interpretaciones del mundo de acuerdo a las relaciones y acciones que se llevan a cabo en los espacios sociales en los que se desenvuelve, éstas tendrán un carácter emocional y simbólico, relacionándose de manera paralela con los objetos y símbolos que adquiere de la cultura, que a su vez irá desarrollándose de acuerdo al contexto socio histórico.

Hace hincapié en que la subjetividad es inherente a la singularidad del sujeto en acción y al mismo tiempo a los otros presentes en el espacio, junto a los efectos de sus acciones e interrelaciones, configurándose así una subjetividad social, la cual cobrará sentido a partir de las producciones simbólico-emocionales, rescatando la integración de lo histórico y cultural de las experiencias vividas (González-Rey, 2013).

A través de la percepción, tanto de sujetos como de objetos, se recodifican y seleccionan todos los datos que se otorgan del exterior, con la intención de reducir la complejidad y facilitar su almacenamiento para un cómodo acceso en la memoria, es además una fuente para predecir acontecimientos futuros tratando de reducir la sorpresa. Cuando se percibe un objeto o personas, se va creando un orden lógico en el mundo mental; a partir del repertorio de experiencias que se encuentra almacenadas, se van formando categorías con connotaciones positivas o negativas que clasifican las características de dicho objeto, pero también se van interpretando y dotando de significados gracias a los procesos de memoria e interacción con el entorno social. Particularmente en las percepciones de personas suele presentarse un carácter dinámico, es decir, de uno hacia el otro. Cuando

una persona elabora una percepción de otra, ésta a su vez realiza una hacia ella, lo que resulta en una influencia mutua en las conductas emitidas (Ramos, 2013).

El componente social de la percepción radica en la localización del objeto como perteneciente a una categoría construida colectivamente; al percibir un objeto se le otorga una denominación y una inserción en un sistema organizado de representaciones, que orientan lo más cercano a un estándar, están vinculadas a un conjunto de experiencias y nociones que se construyen a partir de los procesos sociales en los que se está inmerso (Blondel, 1928, citado en Ramos, 2013).

Funciones

Desde los planteamientos tradicionales de Moscovici (1979) y Jodelet (1986), las RS se conciben como sistemas organizados de valores, nociones e imágenes que vuelven inteligible la realidad física y social, proporcionando a las personas marcos para entender, dominar y actuar en su entorno y orientarse dentro de las relaciones que establecen con otros. Como ha señalado Jodelet (1986), las RS emergen de las interacciones y se actualizan en las prácticas, dotando a los sujetos y grupos de marcos interpretativos que guían su comprensión del mundo y su inserción en él. De esta manera se establece una doble función principal de las RS, según Moscovici (1979): la de orientación y la de comunicación. A partir de estas bases, distintos autores han reconocido un conjunto de funciones que explican cómo las representaciones operan en la cognición, la identidad, la acción y la regulación de las relaciones sociales.

En primer lugar, las RS cumplen una función de conocimiento, mediante la cual las representaciones permiten interpretar, clasificar y explicar la realidad. A través de procesos como la categorización, la denominación y la comparación, los sujetos organizan información y construyen marcos compartidos de referencia que facilitan la comunicación social (Abric, 2001; Knapp et al., 2003). Este carácter explicativo y clasificatorio ha sido señalado también por Ibáñez (2003), quien sostiene que las RS posibilitan el dominio mental de experiencias medianamente desconocidas, gestionando cognitivamente los elementos que conforman los

conceptos sociales. Lejos de limitarse a reflejar la realidad, las RS contribuyen activamente a su construcción simbólica y práctica (Knapp et al., 2003).

Por otro lado, las RS también funcionan proporcionando marcos identitarios al participar en la definición de identidades individuales y colectivas. Cuando se comparte un repertorio común de significados, los grupos refuerzan sus características específicas generando sentidos de pertenencia compatibles con normas y valores socialmente instituidos. Esta función sitúa a los sujetos en un contexto social e histórico determinado y legitima posiciones y roles dentro del orden social, facilitando la integración simbólica y relacional de los individuos en la vida grupal (Abric, 2001; Ibáñez, 2003; Knapp et al., 2003; Perera, 2003).

Otra de las funciones atribuidas a las RS es su función de orientación, referente a su capacidad para guiar comportamientos, prácticas y expectativas. Al estar cargadas de elementos valorativos, las representaciones predisponen a tomar posición frente a los objetos sociales y permiten anticipar la finalidad de una situación, definiendo qué acciones son pertinentes o aceptables dentro de un determinado marco normativo (Abric, 2001; Perera, 2003). Como indican Knapp et al. (2003), las RS filtran la información y organizan la interpretación de los hechos, lo que incide directamente en la conducta social e intergrupala.

De igual forma, las RS cuentan con una función justificadora, que permite explicar y legitimar sus conductas y decisiones una vez ejecutadas (Abric, 2001). Esta función otorga, por un lado, coherencia narrativa a las acciones ya realizadas, además de permitir darle sentido retrospectivo a las posiciones asumidas, facilitando su legitimación entre los demás (Wachelke, 2011).

Esta variedad de funciones permite comprender que las RS operan como dispositivos simbólicos que articulan los procesos cognitivos, identitarios y prácticos de la vida social. Tal como plantea Moscovici (1979), su papel no se limita a describir la realidad, sino que intervienen en su construcción al ofrecer orden, códigos compartidos y marcos para orientar la acción y la comunicación. En procesos que se encuentran atravesados por dinámicas relacionales, éticas y

políticas, como en la IC (Sánchez-Vidal, 2007; Montero, 1984, 2012; Wiesenfeld, 2016), estas funciones resultan fundamentales, pues los significados que orientan la acción de los actores implicados, influyen directamente en la manera en que se interpretan las problemáticas, se configuran las relaciones y se desarrollan los procesos de transformación social (Di Iorio, 2023, Di Iorio et al., 2018; Jodelet, 2007; Krause, 1999; Urbina, 2022).

A partir de estos planteamientos, comprender las RS desde una perspectiva procesual permite reconocer que los significados se construyen y transforman en la interacción, influyendo en cómo las personas interpretan y viven su experiencia social. Esta mirada permite aproximarse al quehacer de los PIC, ya que sus prácticas se configuran en diálogo con los sentidos que elaboran en los procesos en los que participan (Sánchez-Vidal, 2007; Di Iorio, 2018; Montero, 1984, 2012; Wiesenfeld, 2016). En este sentido, el siguiente capítulo aborda la IC para situar el marco desde el que se analizarán estas experiencias y los procesos que las atraviesan.

Capítulo II. Una Aproximación a la Intervención Comunitaria

Intervención: concepto, enfoques y evolución

El término *Intervención* posee una variedad de connotaciones según el contexto y las acciones en las que se aplica. Es ampliamente utilizado en disciplinas que buscan poner en práctica el conocimiento para emprender proyectos de transformación. Aunque su uso multifacético ha permitido un campo de aplicaciones más extenso, también ha generado poca claridad y precisión en su definición (Sánchez-Vidal, 2020; Martínez-Guzmán, 2014; Montero, 2012,).

Montero (2012) destaca que, al ser una palabra proveniente del sentido común, a menudo se asume su concepción sin esclarecerla, lo que puede llevar a malinterpretaciones. Por lo general, la intervención se entiende como un conjunto de acciones dirigidas a modificar, mejorar o transformar una situación específica, sin embargo, es necesario delimitar su alcance conceptual ya que está marcada

por una dualidad positiva y negativa. Por un lado, puede implicar una participación activa y constructiva en procesos de cambio, mientras que, por otro, puede referirse a una imposición o interferencia autoritaria que carezca de consenso o reciprocidad.

Para A. Moreno (2008), por ejemplo, intervenir en principio significa: *“actuar, ejercer una acción sobre algo. Un sujeto activo que, viniendo de fuera, entra con su acción en una realidad externa a él y la transforma”* (p.85), esto supone la presencia de un sujeto externo ejecutor de acciones dirigidas a un objeto receptor. Carballada (2023) por su parte, subraya que la intervención ha estado históricamente vinculada a la necesidad de mantener cohesión y orden social, se formula *“en la detección de lo ‘anormal’ y su clasificación, en la aplicación de formas de disciplinamiento y, por último, en la articulación de ambos para . . . construir en forma permanente a ese ‘otro’ sobre el cual se intervendrá”* (p. 31). Desde esta mirada, intervenir no solo implica responder a problemas sociales, sino también forma parte de regulación y control social. Por su parte, para Montero (2012), la intervención conlleva un trabajo colaborativo, con la detección y fortalecimiento de las capacidades de las personas y comunidades para hacer frente a las problemáticas y transformar su realidad, no solo proporcionar soluciones temporales.

Bajo este contexto, la intervención y el parámetro “social”, estará definido a partir de las características de sus componentes. Tanto el destinatario, sus objetivos, su contenido técnico, el estilo interventivo, como su base científica, deben incluir dimensiones y fines sociales. La Intervención se considera social cuando el destinatario es un colectivo específico, como un grupo en situación de vulnerabilidad; los objetivos suelen orientarse hacia la mejora de la cohesión social, por ejemplo, a través de la creación de redes de apoyo. En cuanto a los contenidos técnicos, estos podrían incluir programas de capacitación en habilidades que favorezcan el asociacionismo o el diseño de iniciativas de integración, abordando problemáticas específicas de manera estructurada y contextualizada (Sánchez-Vidal, 2020).

La intervención social (IS) se distingue entonces por el objetivo que persigue, el incidir en las problemáticas sociales, orientada hacia el cambio de estructuras y relaciones dentro de los espacios donde se identifican necesidades. Carballada (2023, 2025) explica que la IS debe ser entendida no solo como un conjunto de acciones orientadas a resolver situaciones inmediatas, sino como procesos estructurales que busca incidir en las dinámicas sociales subyacentes, promoviendo un cambio que involucra a los actores sociales en su totalidad. Este cambio no se limita a los sujetos individuales, sino que abarca también las dinámicas colectivas, las relaciones de poder, y las estructuras sociales que configuran las realidades de las comunidades.

Otros autores proponen diferentes maneras de cómo puede entenderse la intervención, Saavedra (2015), por ejemplo, plantea cuatro principales argumentos para abordarla:

La primera como práctica o acción, que establece a la intervención como una manera en que los profesionales del campo social actúan activamente en pro de la resolución de los problemas sociales, utilizando saberes tanto teóricos como técnicos para intentar responder a necesidades sociales y lograr la integración, autonomía, bienestar y participación de los grupos o comunidades. La intervención como interpretación de lo social se apoya principalmente del campo de la hermenéutica, comenzando desde el momento en que se interpreta el contexto donde sitúan los procesos, lo cual ayuda tanto a problematizar los fenómenos sociales, como a actuar sobre ellos. La intervención también puede entenderse como una distinción de sistemas funcionales, respaldada en teorías sistémicas que la interpretan como promoción de reflexividad y autorregulación en sistemas sociales y psíquicos. Finalmente, la intervención como un dispositivo discursivo, donde, a partir de ciertos mecanismos de poder, se busca mantener el orden y cohesión social.

Enfoques de la Intervención Social

La intervención ha sido abordada desde diversas áreas del conocimiento, predominando en el campo de las ciencias sociales, pero también teniendo cabida en las humanidades y ciencias de la salud (M. Moreno & Molina, 2018). Aunque, como se ha mencionado, su conceptualización puede variar de acuerdo al contexto en que se desarrolle, dentro de estas áreas suele entenderse generalmente como un conjunto de acciones con carácter organizadas y sistemáticas, llevadas a cabo por un grupo de individuos con el fin de resolver las problemáticas sociales en un contexto específico (Corvalán, 1996; González & Jaraíz, 2013; M. Sánchez, 2020; Blanco & Valera, 2007).

Sáenz (2007) subraya que, además del Estado y las ONG, la Iglesia y las organizaciones filantrópicas, a lo largo de la historia han jugado un rol crucial en la intervención, actuando como entes privados que buscan influir en la esfera pública. Por su parte, la Iglesia tradicionalmente ha enfocado sus esfuerzos en prácticas de caridad, dirigidas a aliviar la pobreza y la indigencia, estas prácticas están orientadas principalmente a la prevención, con el objetivo de promover la inclusión social mediante métodos pedagógicos. Mientras que las organizaciones filantrópicas, generalmente dirigidas por sectores adinerados de la sociedad, han buscado no solo el apoyo individual, sino también la creación de instituciones con acciones caracterizadas por una mezcla de compasión y control social.

Por su parte, Corvalán (1996) distingue entre dos tipos principales de intervención social según sus objetos y motivos de acción: la Intervención de carácter socio-político, de la cual normalmente está a cargo del Estado u Organizaciones No Gubernamentales (ONG), donde su actuar está relacionado a las políticas gubernamentales y al modelo de desarrollo, sean o no aprobadas por éstos mismos; y la intervención caritativa o asistencial, vinculada con actividades de beneficencia que está más ligada a procesos personales e ideológicos, sin necesariamente basarse en una organización teóricamente estructurada.

De igual manera, Montero (2012) desde la psicología comunitaria, plantea una distinción clave entre dos concepciones principales de la Intervención, los

cuales reflejan enfoques contrapuestos respecto al rol de las instituciones, los interventores y las comunidades involucradas:

Intervención Institucionalizada: Este modelo tradicional, influido predominantemente por la perspectiva europea y estadounidense, enfatiza el papel central de las instituciones estatales y organizaciones formales. Aunque se presenta como una estrategia socialmente integradora, privilegia la experticia de los agentes externos, quienes diseñan e implementan las intervenciones desde una lógica vertical y autoritaria. Sánchez-Vidal (2020), la define como: *“una acción intencionada desde la autoridad para cambiar una situación que según algún criterio se considera intolerable o marcadamente alejada de unas pautas ideales de funcionamiento humano o social”* p. 130.

Su objetivo principal es promover una sociedad organizada, sujeta a un orden establecido y aceptado por un organismo superior que es el principal ejecutor y responsable del orden social, mientras que los destinatarios de las acciones, entendidos como beneficiarios pasivos, reciben las soluciones diseñadas sin participar activamente en su construcción

Intervención Comunitaria (IC): Este enfoque, surgido en América Latina a mediados del siglo XX, representa una respuesta crítica al modelo institucionalizado. Inspirado por la educación popular de Freire, la sociología crítica de Fals-Borda y las nociones de praxis de Marx, prioriza una base ética y política que busca transformar las realidades sociales a través de la participación activa y horizontal de los sujetos involucrados (Montero, 2012; Vera & Ávila, 2009).

Desde esta perspectiva, se pretende alcanzar la transformación mediante la unión de saberes, experiencias y prácticas de la comunidad, así como de los agentes externos a ella, sin que estos últimos impongan modos o formas de pensar respecto a las situaciones presentadas en el contexto, estableciendo así una relación horizontal, donde se intercambian ideas y acciones, promoviendo que la comunidad tome un rol activo en los cambios y no sólo receptivo (Sánchez-Vidal, 2007; Montero, 2012).

Recorrido histórico de la intervención

Históricamente, la intervención había sido liderada principalmente por el Estado y organizaciones religiosas o laicas. Evolucionado desde procesos de caridad y beneficencia en el siglo XIX, hacia formas más institucionalizadas de acción y asistencia social en el siglo XX, a medida que el Estado comenzó a normalizar y estructurar estas formas de ayuda. El Estado no solo intervenía para resolver problemas sociales, sino que también actuaba como un motor económico y un constructor de identidades, contribuyendo a la cohesión social. Sin embargo, con la irrupción del neoliberalismo, la capacidad del Estado para cumplir con funciones se vio severamente limitada, lo que resultó en una crisis de legitimidad de sus instituciones y una reorientación de la IS hacia la lógica del costo-beneficio y el mercado. Así, pasó de ser un mecanismo de control y regulación social, a un mercado de Intervenciones Sociales en lugar de los programas de asistencia estatal tradicionales (Carballeda, 2023; M. Moreno & Molina, 2018).

La evolución de la IC en América Latina comenzó como un proceso interdisciplinario, silencioso y transformador a finales de la década de los cincuenta, manifestándose inicialmente bajo las nociones de desarrollo comunal, participación y autogestión (Montero, 1984). Este movimiento surgió como una respuesta directa a las condiciones extremas de pobreza, desigualdad y exclusión de las mayorías, factores que actuaron como detonantes para buscar formas de acción que superaran el asistencialismo tradicional y el modelo médico-clínico (Montero, 2004; Vera & Ávila, 2009). Durante las décadas de los sesenta y setenta, este proceso se consolidó como una praxis ética y política influenciada por la educación popular y la sociología crítica, orientándose hacia la concientización y la desideologización de los sectores oprimidos para que estos pudieran descubrir las estructuras de poder que los afectaban (Ávila & Vera, 2009; Montero, 2004, 2012). De este modo, la intervención evolucionó hacia un ejercicio de democracia participativa donde el centro de control se desplazó del experto externo hacia la comunidad, reconociendo a los pobladores como actores sociales y sujetos históricos capaces de producir su propio saber y liderar su

transformación para alcanzar la liberación y el bienestar global (Montero, 2006; Vera & Ávila, 2009).

En el siglo XXI, las prácticas de intervención en América Latina enfrentan los desafíos del régimen neoliberal, que tiende a la individualización de los padecimientos y a la fragmentación de los lazos sociales. El neoliberalismo ha fragmentado la identidad comunitaria actual al imponer una lógica de mercado como el principal ordenador de la vida social, transformando profundamente la subjetividad y los vínculos colectivos, además promueve la individualización del sujeto que debilita los lazos comunitarios y la cooperación (Carballeda, 2023, 2025; Saavedra, 2023).

Estas nuevas formas de participación exigen un compromiso mucho más débil y están centradas en el individuo, lo que debilita el sentido de comunidad entendido como una estructura estable de apoyo mutuo y responsabilidad compartida (Maya, 2004). Los programas sociales bajo esta lógica tienden a tratar los problemas como situaciones individuales o privadas, lo que causa que las personas se aislen y no busquen redes de apoyo colectivas (Tamayo-Torres et al, 2024). Esta fragmentación rompe el sentido de un "nosotros-colectivo" y sustituye la solidaridad por la competencia entre individuos para acceder a los recursos del sistema (Carballeda, 2023; Montero, 2006a; Zuccaro, 2023).

Para el caso de México, como lo señala Barajas (2002), los programas sociales transitaron por al menos tres etapas cruciales durante finales del Siglo XX y principios del XXI, caracterizadas por una orientación hacia el control político y legitimación gubernamental, más que al combate de las condiciones de desigualdad.

La primera etapa, comprendida entre 1970 y 1982, fue marcada por programas como el Programa de Inversiones para el Desarrollo Rural (PIDER), la Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (COPLAMAR) que aunque abonaron capital a la agricultura tradicional y se crearon fideicomisos para las zonas rurales, finalmente no buscaban combatir

la pobreza, sino que se utilizaron como un medio para dirigir y canalizar de manera institucional las demandas de la población; la segunda etapa, de 1982 a 1994, con la transición hacia el modelo neoliberal, el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), aunque presentado para combatir la pobreza, sirvió principalmente como una fórmula de gobernabilidad y de redención del pacto social. El Estado se retira de la responsabilidad con el bienestar social general y aunque no representó cambios profundos en el combate a la pobreza, su relevancia se presentó sobre todo en términos ideológicos. En la tercera etapa, comenzando en 1995 hasta 2018, se consolidó la política social neoliberal con el programa PROGRESA/OPORTUNIDADES y PROSPERA, y con ello, se elimina la idea de los proyectos productivos para dar paso a modelos basados en la eficiencia técnica y una lógica de mercado, la población objetivo ya no es atendida en función de sus demandas, sino a través de un registro focalizado (Barajas, 2002; Lemus, 2021).

Bajo la lógica neoliberal, proliferó un modelo asistencial, que se caracterizó por una focalización extrema que sustituye la garantía de derechos universales por programas paliativos dirigidos únicamente a sectores identificados técnicamente como pobres o vulnerables. Esta perspectiva ha individualizado los problemas sociales, responsabilizando a los sujetos de su propia situación y tratándolos como beneficiarios pasivos que deben desarrollar su propio capital humano para intentar insertarse de forma competitiva en el mercado (Mussot, 2018). La intervención desde esta perspectiva es diseñada y ejecutada de arriba hacia abajo por expertos, basándose en un enfoque asistencial-cientificista que busca gestionar el riesgo social y mantener la cohesión del sistema vigente, sin proponer transformaciones estructurales en la realidad de los sujetos (Berroeta et al., 2019; Carballeda, 2023; Montero, 2012; Saavedra, 2023).

La Intervención Comunitaria

La IC puede entenderse como un conjunto de acciones organizadas y metodológicas que buscan la toma de conciencia y la comprensión de la realidad para promover el desarrollo global e integral de las personas en todas las áreas de

su vida (Arango, 2009). A diferencia de los enfoques asistencialistas o clínicos tradicionales, que suelen centrarse en los problemas individuales, esta perspectiva amplía la mirada hacia lo colectivo y lo público (Castro, 2012).

Este modelo prioriza la participación activa de los colectivos sociales, quienes toman un papel protagonista en los procesos de transformación de su realidad. Desde esta perspectiva, la intervención deja de ser un acto impuesto para convertirse en un proceso colectivo y horizontal, donde los actores externos no dirigen, sino que actúan como un catalizador o facilitador del proceso. La comunidad no es entendida simplemente como un espacio geográfico o un objeto de estudio, sino como un escenario dinámico de relaciones e identidades compartidas que actúa como el sujeto protagonista y motor de su propio cambio. (Bermúdez, 2011; Carballada, 2023; Montenegro, 2001; Montero, 2004; Sánchez-Vidal, 2020).

En América Latina, esta manera de trabajar y entender los procesos comunitarios han estado fuertemente influidas por la Investigación-Acción Participativa (IAP) que desarrolló Fals Borda y la Educación Popular de Paulo Freire (Montero, 2012; Vera & Ávila, 2009). Estas corrientes proponen la superación de la dicotomía sujeto-objeto para instaurar una relación dialógica y horizontal de sujeto-sujeto, defienden la unión indisoluble entre la teoría y la práctica a través de una praxis orientada a la transformación social (Vera & Ávila, 2009). Ambas perspectivas buscan generar procesos de concientización y desideologización que permitan a los sectores oprimidos comprender críticamente su realidad y asumirse como actores sociales y protagonistas de su propia historia. De este modo, el rol del profesional se redefine como el de un agente facilitador o catalizador que trabaja junto a la comunidad para rescatar el saber popular y construir poder popular, con el fin de modificar las estructuras de opresión y desigualdad (Fals-Borda, 1999; Freire, 1970).

Desde esta perspectiva, la comunidad se concibe como un sujeto histórico y colectivo apto para interpretar la realidad, con la capacidad de aportar su propio conocimiento y participar en los procesos de toma de decisiones que conducen a

la acción transformadora para moldear tanto sus experiencias como sus prácticas y formas de organización (Montero, 2004, 2010, 2012). De este modo, el rol del profesional se redefine como el de un agente facilitador o catalizador que trabaja junto a la comunidad para rescatar el saber popular y construir poder popular, con el fin de modificar las estructuras de opresión y desigualdad (Fals-Borda-1999; Montero, 2004).

Así, como señala Montero (2006a) la IC se constituye como una praxis ética y política orientada a la justicia social, el bienestar y la liberación de los grupos oprimidos o desfavorecidos. Se centra en la identificación del *Otro* como sujeto capaz de comprender su realidad y tomar decisiones, así como de promover procesos que contribuyen a la construcción de ciudadanía y a la transformación de las estructuras sociales mediante acciones reflexivas y situadas. Esta postura permite la participación de múltiples actores que colaboran en los procesos desde posiciones y roles diferentes, pero complementarios, mediante relaciones horizontales, dialógicas y críticas (Montero, 2004, 2012).

Actores Implicados en la Intervención Comunitaria

Como ya se mencionó anteriormente, la intervención puede tomar diversas formas, dependiendo de las teorías y enfoques que guíen las prácticas de los profesionales involucrados. Por un lado, en el contexto de la IS con una perspectiva más bien dirigida, Corvalán (1996) distingue dos actores fundamentales: los Agentes Interventores que son los actores sociales externos, como técnicos, profesionales, trabajadores, voluntarios o integrantes de colectivos o asociaciones, quienes llevan a cabo acciones sistemáticas dirigidas a modificar situaciones problemáticas en un grupo o colectivo. Por otro lado, los Sujetos Receptores o Intervenidos, son aquellos individuos y/o comunidades que enfrentan una problemática específica y son destinatarios de las acciones de intervención.

Como se ha expuesto, desde las perspectivas participativas de la IC, los elementos involucrados en el proceso se conceptualizan desde otro sentido. Para

Fals-Borda (1999) los agentes externos son catalizadores sociales, quienes facilitan del proceso de transformación en colaboración con la comunidad, alejándose de un enfoque de control social y criticando los efectos de dominación que pueden surgir de intervenciones más dirigidas. El enfoque de Freire también influyó significativamente en la visión de los actores implicados en la IC (Montero, 2012, Vera & Ávila, 2009). Su modelo promueve la participación activa y el empoderamiento de las comunidades, proponiendo que los profesionales o técnicos no solo transmitan conocimientos, sino que faciliten procesos de reflexión crítica en las cuales las comunidades se conviertan en protagonistas activos de su propia transformación (Freire, 1970, 2004). Igualmente, Martín-Baró (1998), quien es reconocido por su trabajo de la psicología de la liberación, aportó ideas que trascienden el ámbito de esta disciplina. Desde su postura, se subraya la importancia de descentrar la atención del estatus científico de las disciplinas para enfocarse en los problemas de las comunidades oprimidas. Su propuesta de una praxis transformadora que respete las experiencias y conocimientos de las comunidades es esencial en la IC, alineándose con las perspectivas que promueven el empoderamiento social y la colaboración activa de los agentes involucrados en la transformación (Martín-Baró, 1998; Montero, 2006b; 2012).

En esta línea, Montero (2006a; 2012) así como Montenegro (2001) diferencian a los actores implicados en Agentes Internos y Agentes Externos, siendo los primeros quienes pertenecen a la comunidad que protagonizan el problema, y los segundo aquellos profesionales o voluntarios que plantean y asisten la intervención. En este sentido, los Agentes Externos son esenciales, ya que aportan sus conocimientos y habilidades técnicas y científicas para facilitar la transformación social en colaboración con los miembros de la comunidad y su propio saber popular.

En este mismo sentido, Daher et al. (2018) señalan que existen diversas denominaciones para quienes implementan los proyectos sociales, tales como asistente, gestor, monitor, facilitador, interventor social o agente comunitario. Sin embargo, opta por referirse a estos actores como Agentes de Intervención,

destacando que son los responsables de realizar el trabajo en el terreno y establecen un contacto directo y cotidiano con los participantes de los programas a quienes se les denomina como usuarios.

Por su parte, Arango (2009) subraya que la IC es realizada por la propia comunidad. Esto implica que el profesional o técnico no actúa como un agente externo, sino que forma parte de la dinámica relacional de la comunidad. Cuando el interventor se posiciona por fuera de ella, se limita su comprensión de los significados y formas en que la comunidad vive e interpreta su realidad. Asimismo, no es posible hablar de IC cuando desde fuera se atribuye de manera instrumental el carácter de comunidad a un grupo de personas y se interpreta su realidad sin formar parte del escenario donde esta existe. La comunidad supone relaciones de interioridad y reconocimiento mutuo, construidas desde un nosotros compartido; por ello, toda intervención que se sitúe externamente a esa dinámica resulta incompatible con su sentido comunitario.

Ruiz (2010, citado en González, 2012), señala la importancia de tomar en cuenta las relaciones que se configuran con las personas en los espacios en que se interviene, pues es en éstos donde confluyen las relaciones y se intercambian significaciones de la realidad, moldeando y contrayéndose mutuamente. Está claro que tanto los receptores como los agentes de intervención son indispensables para llevar a cabo los procesos de transformación, por ello es importante tomar en cuenta a ambos para analizar las funciones, relaciones y acciones que desempeñan en el quehacer social.

Montenegro (2001) propone una reflexión acerca de cómo los sujetos se constituyen en diferentes formas de relación, acciones y concepciones obedeciendo a las posiciones que se acomodan a través de las estructuras enmarcadas en los contextos sociales, destaca así el concepto de posición de sujeto. Al construirse estas posiciones, se define lo que es motivo de transformación, es decir, los procesos de significación guardan relación con las propias posiciones y con las situaciones a tratar.

Profesionales en Intervención Comunitaria: roles y perspectivas

Íñiguez-Rueda (2022) sostiene que la acción colectiva orientada al cambio social no puede atribuirse a una disciplina específica, ya que en ella convergen diversas ciencias sociales y humanas, entre ellas la psicología social, la sociología, la economía, la geografía y la antropología, sin que ninguna se pueda establecer como protagonista única. Desde esta perspectiva, los procesos de transformación social se comprenden como esfuerzos interdisciplinarios guiados por un compromiso ético y político con la construcción de sociedades más igualitarias. En consonancia con ello, F. Ortega (2016) señala que en este ámbito los profesionales con mayor presencia provienen del trabajo social, la educación social, la psicología, la psicología social, la sociología, la animación sociocultural, la promoción social y, en algunos casos, actores vinculados al sector salud y a programas comunitarios. Esta diversidad disciplinaria no solo amplía el campo de acción, sino que también complejiza los roles y perspectivas desde los cuales se ejerce la práctica comunitaria.

Desde una perspectiva participativa, el rol del profesional se redefine como el de un agente facilitador, catalizador o colaborador que se distancia del modelo de experto tradicional para establecer una relación horizontal sujeto-sujeto con la comunidad. Para Montero (2004, 2006a), este posicionamiento promueve un diálogo de saberes en el que el conocimiento científico y el saber popular adquieren igual relevancia en la construcción de la realidad social. En esta línea, Fals-Borda (1999) introduce el concepto de catálisis social, entendiendo al profesional como un promotor que contribuye a transformar necesidades ocultas en demandas sentidas, sin asumir el control del proceso, el cual debe permanecer en el grupo organizado. De manera complementaria, Serrano-García y Irizarry (1979, citados en Jiménez-Domínguez, 2004) conciben al profesional como un mediador activo orientado al fortalecimiento de las capacidades comunitarias, mientras que Íñiguez-Rueda (2022) subraya la importancia de asumir un rol colaborativo no invasivo, haciendo hincapié en el papel de mediadores que asumen los profesionales en las comunidades intervenidas; señala que: “*son*

mediadores [que] transforman, traducen, distorsionan y modifican los significados o los elementos que transportan. Un investigador en la comunidad y en el territorio es un mediador que contribuye a la construcción de nuevos saberes, nuevos significados, nuevas prácticas, nuevas ontologías”.

Entre las acciones atribuidas al rol del interventor se encuentra, por ejemplo, la orientación. De acuerdo con Morales-Carrero (2020), en un sentido socioeducativo, esta actividad busca desarrollar competencias para resolver conflictos mediante estrategias basadas en la cultura de paz, comunicación y diálogo. No obstante, las responsabilidades del orientador van más allá de empoderar y motivar, definiendo su papel como dinamizador en la educación. Además, implica facilitar que las personas tomen decisiones autónomas. El ámbito de actuación del orientador se extiende no solo al ámbito educativo, sino también a la intervención y asesoramiento para el desarrollo comunitario. El perfil que caracteriza a los profesionales de esta labor es de un interventor dotado de sensibilidad, benevolente, acompañante, asesor y guía.

De acuerdo con Ruiz et al. (2012), los profesionales implicados en la intervención no se identifican como partícipes ni responsables de los factores que tienen que ver con las relaciones de poder y cultura organizacional de la que forman parte; además, a pesar de identificar los mismo problemas que las personas intervenidas, los categorizan y perciben de una manera completamente distinta pues su análisis lo cumplen más bien desde los requisitos de los programas de intervención; los procesos comunicativos se ven afectados sobre todo por la posición de poder que se les suele atribuir a los interventores, y dado que desde los espacios participativos éstas posiciones intentan quebrarse, genera una disyuntiva entre lo que el profesional quiere hacer frente al usuario y cómo éste, acostumbrado a otras dinámicas, crea una limitación en los procesos de comunicación.

González (2012), por su parte propone una delimitación a los marcos de referencia que se consideren significativos en el proceso de intervención, con la intención de caracterizar y definir perfiles de los sujetos que operan en ella, dentro

del contexto en donde se lleva a cabo, contemplando discurso, cultura organizacional y las instituciones enmarcadas en dicho proceso.

Los marcos de referencia que resaltan son: 1.- Percepciones, Lenguaje y Continuidad; 2.- Tiempo y Espacios; 3.- Contextos Institucionales y 4.- Posiciones y Sensaciones. En cuanto a los perfiles de sujetos como tipo ideales de interventores e intervenidos, emergen 4 tipos, los dos primeros referidos a los Interventores y los otros a los Intervenidos: tipo A.- establece una relación vertical, utiliza tecnicismos e impone su criterio; tipo B.- establece una relación más horizontal, utiliza palabras simples e incita a la participación; tipo C.- exige atención, no asume su responsabilidad y demuestra una actitud pasiva; tipo D.- pide ayuda, crítico, asume un papel responsable y activo (González, 2012).

En este sentido, Campillay-Araya, Di Maso y Muñoz-Arce (2023) han subrayado la importancia de los aspectos subjetivos en los procesos de intervención y cómo las perspectivas y expectativas que los profesionales tienen sobre la IC inciden significativamente en la implementación de las acciones llevadas a cabo. Esta idea parte del concepto de que la Intervención es un fenómeno enmarcado en un contexto social; por lo tanto, las subjetividades personales de los interventores que participan en él contribuyen, a su vez, a construir el mundo social en el que se sitúa. Estos autores clasifican dichos aspectos subjetivos en los siguientes:

- *Marco contraproducente*: Los interventores ven la política social como un obstáculo para las intervenciones psicosociales. Estas políticas tienden a individualizar y focalizar, ignorando aspectos sociales y comunitarios. Además, critican el enfoque burocrático que simplifica problemas complejos y se enfoca en la cantidad sobre la calidad, limitando la participación de los profesionales en decisiones clave. La inestabilidad laboral, causada por la competencia entre instituciones, afecta la estabilidad de los equipos y la continuidad de las intervenciones.

• *Obstáculos internos*: La política social crea obstáculos para la intervención. Los interventores enfrentan presiones por registrar electrónicamente y manejar conflictos familiares. La falta de recursos, mala coordinación y diferencias en criterios con otros profesionales complican más las cosas. Además, las dinámicas conflictivas en instituciones escolares o penales y la preferencia por intervenciones individuales dificultan el trabajo colectivo.

• *Usuarios en falta*: Los usuarios de programas psicosociales suelen ser vistos negativamente, centrándose en sus problemas individuales, familiares o sociales. Si no apoyan la intervención, se les atribuyen características negativas como individualismo. Aunque los profesionales reconocen factores como la familia, el barrio o la cultura, también mencionan problemas estructurales como la estigmatización y la falta de recursos, señalando que las políticas públicas a menudo refuerzan la desigualdad.

• *Tensiones amenazantes*: Los profesionales enfrentan tensiones que afectan su salud y relaciones laborales. La fragmentación y jerarquización crean una cultura de vigilancia y desconfianza. La diferencia en objetivos genera competencia entre unidades e instituciones. Ver la intervención como un trabajo riesgoso, expuesto a violencia y malas condiciones, deteriora la salud y causa alta rotación. La desmotivación lleva a prácticas individualizadoras y coercitivas, haciendo que los profesionales se vean a sí mismos como propagandistas y clasificadores de las experiencias de personas con situación vulnerable.

• *Respuestas de afrontamiento*: Los profesionales responden a las dificultades de varias maneras. Adaptan técnicamente la intervención para superar la falta de recursos, a veces saliéndose del marco político. Asumen tareas adicionales y arriesgan sus empleos, ampliando su responsabilidad individual. Otro enfoque es rescatar el sentido social del trabajo, centrándose en los efectos estructurales en la vida de los usuarios y promoviendo la co-construcción y el enfoque en fortalezas. La politización se manifiesta al desafiar las relaciones de poder asociadas con el abuso o la exclusión social, usando perspectivas críticas y colectivizando la intervención para contrarrestar la lógica neoliberal.

En la IC los profesionales expresan preocupaciones sobre los desafíos que surgen cuando las comunidades no están adecuadamente preparadas para participar en los proyectos. En respuesta, se destaca la necesidad de potenciar aún más el trabajo profesional para reconocer los recursos y fortalezas específicas de cada comunidad. Por lo tanto, se vuelve preciso adaptar el enfoque de trabajo de acuerdo con las particularidades de cada comunidad, buscando maximizar así el impacto positivo de las intervenciones (Martínez-Abajo et al., 2021).

Este reconocimiento de la importancia de la preparación comunitaria se une con el gran valor que los profesionales otorgan al establecimiento de un acercamiento previo entre ellos. Este acercamiento se centra en fomentar la confianza, la comunicación efectiva y el trabajo colaborativo desde el inicio del proyecto. La idea fundamental es que esta conexión inicial no solo fortalece las relaciones entre los profesionales, sino que también juega un papel crucial para el éxito en el trabajo de campo. Se destaca la necesidad de que este vínculo y entendimiento mutuo se reflejen de manera concreta en el desarrollo de las actividades en el escenario, contribuyendo así a un ambiente de trabajo colaborativo y eficiente, con beneficios notorios para el logro de los objetivos de la intervención (Martínez-Abajo et al., 2021).

En el caso de la psicología comunitaria, Morales (2020), destaca la capacidad del psicólogo comunitario para desarrollar estrategias de intervención específicas que abordan problemas sociales como el estrés, la violencia y la discriminación mediante la educación emocional y al resolución pacífica de conflictos. Su intervención influye en la formulación de políticas públicas y mejora de proyectos educativos, destacando su rol con la integración social y la cohesión comunitaria. Además, el psicólogo promueve la reconstrucción del orden social frente a situaciones conflictivas y fortalece las instituciones y redes de cooperación.

En términos generales, esta praxis ética y política tiene como horizonte el empoderamiento y la autogestión comunitaria. En palabras de Montero (2004), el éxito del proceso se alcanza cuando la comunidad logra sostener de manera

autónoma sus dinámicas de transformación. En esta misma dirección, Martínez-Guzmán (2010) propone transitar de la noción de “intervención” hacia la de involucramiento, reconociendo un espacio de reciprocidad en el que también los profesionales son transformados por la acción. Así, el rol profesional en la intervención comunitaria no puede comprenderse como una función técnica neutral, sino como una práctica situada, relacional y políticamente comprometida, en la que se entrecruzan saberes, subjetividades y estructuras institucionales, configurando un ejercicio dinámico que exige reflexividad constante y coherencia ética.

Capítulo III. Método

Objetivos

A partir de lo expuesto en los capítulos previos, se considera que aproximarse a los procesos de la IC desde la perspectiva de las RS, permite acceder a los significados que los actores implicados, en particular los PIC, elaboran en torno a su quehacer, así como a las formas en que dichos significados se entrelazan con las diversas dinámicas que configuran este campo de intervención. Esta mirada posibilita explorar los sentidos que se construyen a partir de sus experiencias en la práctica comunitaria y reconocer cómo estos marcos simbólicos se expresan en sus narrativas y se reflejan en distintos aspectos de su quehacer, sin buscar establecer relaciones causales, sino describir los modos en que tales significados orientan y acompañan su acción.

En este contexto el presente estudio tiene por objetivo general:

Explorar cómo las Representaciones Sociales (RS) de las prácticas en Intervención Comunitaria (IC) inciden en el quehacer de los Profesionales en Intervención Comunitaria (PIC).

Con los siguientes objetivos específicos:

- Identificar las RS que existen sobre las prácticas en IC existentes en el contexto latinoamericano y mexicano mediante revisión documental.
- Explorar las experiencias y perspectivas de los PIC respecto a su quehacer en el ámbito comunitario.
- Identificar cómo se manifiestan los patrones de las RS sobre las prácticas en IC presentes en las narrativas de los PIC
- Explorar cómo las RS sobre la práctica en IC inciden en el trabajo comunitario de los profesionales de este campo.

Enfoque y tipo de estudio

El presente estudio es de corte cualitativo, enmarcado en una perspectiva epistemológica fenomenológico-hermenéutica. De acuerdo con Ito y Vargas (2005), los estudios cualitativos suministran medios para acercarse a hechos subjetivos que serían difíciles de acceder mediante métodos estadísticos, como emociones, expresiones, sentimientos al hablar o interactuar y experiencias personales. Como lo expresan las autoras, algunos objetos de estudio *"son simbolismos, significados o interpretaciones, en donde usualmente se requiere de consideraciones acerca de la propia percepción individual y de las aprehensiones subjetivas"* (Ito & Vargas, 2005, p. 12).

Para Taylor y Bogdan (1987) los estudios cualitativos dependen, en gran medida, de que el investigador adopte una perspectiva fenomenológica para establecer el enfoque de interpretación y modo de estudio para el objeto que se aborda. Esta perspectiva reconoce que la vida cotidiana, las significaciones compartidas y la construcción social de la realidad constituyen dimensiones clave para comprender los sentidos que las personas producen en sus contextos (Timoshchuk, 2020). De manera complementaria con la hermenéutica, se enfatiza que el sujeto, situado en un contexto histórico y lingüístico, interpreta y reconstruye su mundo a partir de sus experiencias, generando comprensiones que surgen de la observación de los fenómenos tal como aparecen en su conciencia (Mendoza de Carmona, 2019; Oré et al., 2023).

Participantes

De acuerdo con Valles (1999), en la investigación cualitativa es fundamental considerar ciertos criterios al seleccionar a los participantes: seleccionar contextos y características relevantes al problema de investigación; consideraciones pragmáticas, referentes a la accesibilidad y los recursos disponibles; y la validez de los casos seleccionados en función de su pertinencia y riqueza informativa.

Según F. Ortega (2016), las profesiones y ocupaciones que tienen más presencia en el campo de la IC incluyen a trabajadores sociales, educadores sociales, psicólogos, sociólogos, psicólogos sociales, animadores socioculturales, promotores sociales y personal de salud en programas específicos.

Por lo tanto, se buscaron a los criterios para la selección de los PIC para esta investigación fueron:

- Profesionales, técnicos, promotores o voluntarios envueltos en ámbitos de intervención con enfoque comunitario.
- Tener experiencia de al menos 2 años en el ámbito y práctica de la intervención con enfoque comunitario.
- Participar actualmente o haber participado activamente en proyectos de intervención con enfoque comunitario.
- Pertenecer a una entidad u organización cuyo objetivo sea la transformación de los ámbitos sociales o llevar a cabo trabajos de IC de manera independiente.

Además de contar con estos criterios, como señalan Glaser y Strauss (1967) la selección de participantes se extiende hasta alcanzar la saturación teórica, lo que definen como el punto en el que la recolección de nuevos datos no aporta información adicional significativa a las categorías emergentes del estudio. Este enfoque garantiza que los datos recolectados sean suficientes y relevantes para el análisis, asegurando así la profundidad y la validez de los hallazgos.

Técnica de Recolección de Datos

Entrevista Semiestructurada

La entrevista cualitativa es una de las técnicas de recolección de datos más comunes en las investigaciones de corte social, destacando por su capacidad de acceder a la perspectiva del sujeto y al significado que asigna a sus experiencias (Lázaro, 2021), lo que enriquece la comprensión del fenómeno en estudio y permite captar dimensiones subjetivas y contextuales difíciles de abordar con otras técnicas (Taylor & Bogdan, 1987; Kvale, 2008).

Dentro del ámbito de los estudios sobre las RS, la entrevista adquiere un papel fundamental. Autores como Moscovici (1979) y Jodelet (2003) la consideran esencial para estudiarlas, ya que su naturaleza discursiva facilita el acceso al pensamiento del sujeto desde su propia experiencia y a sus propias representaciones. Además, su carácter interactivo permite que el entrevistador explore, junto al entrevistado, el sentido que le da a su realidad de manera que ambos participan activamente en la exploración dialógica del contenido de la conversación (Cuevas, 2016). Las entrevistas no solo recopilan información, sino que permiten explorar en profundidad aspectos afectivos, simbólicos y cognitivos del entrevistado, capturando las respuestas y contextos que emergen del diálogo (Cannell & Khan, 1972; Taylor & Bogdan, 1987; Kvale, 2008).

Las entrevistas pueden clasificarse según su estructura y diseño; las más comunes son en profundidad, estructuradas, semiestructuradas y abiertas o no estructuradas (González-Vega et al., 2022; Meneses & Rodríguez-Gómez, 2016; Vargas-Jiménez, 2012). Por las características y objetivos de esta investigación, se optó por utilizar la entrevista semiestructurada para la recopilación de datos. Este tipo de entrevista permite recoger los datos de los participantes mediante un grupo de preguntas previamente construidas, sin embargo, aunque exista una guía previa, el investigador puede ir cambiando el orden o generar nuevas preguntas según las particularidades de cada entrevista. Por lo tanto, la principal diferencia con las entrevistas estructuradas o con cualquier otro cuestionario de

preguntas cerradas es que la entrevista semiestructurada presenta un alto grado de flexibilidad y adaptabilidad (González-Vega et al., 2022; Mayan, 2001).

Entrevistas Piloto. En una primera etapa, se realizaron entrevistas piloto con el propósito de probar y ajustar el cuestionario de entrevistas construido a partir de la revisión teórica y de la revisión documental preliminar. De acuerdo con Cannell y Kahn (1972), la realización de una prueba previa, o pilotaje, es fundamental para identificar posibles problemas en el cuestionario y hacer los ajustes necesarios antes de la aplicación final, permitiendo ajustes en tiempo real basados en las respuestas de los participantes y la dinámica de la entrevista (Taylor & Bogdan, 1987).

El objetivo de las entrevistas piloto en este trabajo fue entonces asegurar la claridad y pertinencia de las preguntas. Para ello, se entrevistaron a tres profesionales considerados expertos en el tema que representaban la población objetivo de la investigación. Este ejercicio permitió identificar ambigüedades, preguntas confusas y cualquier otro caso que pudiera surgir para refinar las preguntas y mejorar la estructura del cuestionario final, asegurando así su efectividad para la recopilación de datos en las entrevistas finales (Meneses & Rodríguez-Gómez, 2016).

Las entrevistas se guiaron por ejes generales relacionados con la trayectoria profesional, motivaciones, percepciones propias y de la comunidad, desafíos y aprendizajes en el campo de la IC. Planteados tanto por los principios procesuales de la TRS, que privilegian la comprensión situada de los significados y prácticas (Jodelet, 1986; Moscovici, 1979), como por la literatura latinoamericana sobre IC, que destaca la centralidad de la trayectoria, la motivación, las percepciones y las relaciones en el trabajo comunitario (Sánchez-Vidal, 2020; Carballada, 2023; Montero, 2004, 2012; Wiesenfeld, 2016). Su función fue identificar temas recurrentes y ajustar las pautas de entrevista, permitiendo afinar elementos necesarios para la construcción de la categorización utilizada en el análisis final.

Técnica de Análisis de Datos

Para el análisis de los datos se empleó la técnica de análisis de contenido, entendida como un proceso sistemático orientado a identificar patrones de sentido en los discursos de los participantes (Krippendorff, 1990), esta técnica permite examinar de manera sistemática las comunicaciones humanas, haciendo posible la organización, interpretación y reconstrucción de los significados expresados en texto. Además, su uso resulta coherente con la perspectiva procesual de la TRS adoptada, que concibe las expresiones discursivas como espacios donde los sujetos elaboran sentidos (Jodelet, 1986).

El análisis se desarrolló de manera manual siguiendo la metodología propuesta por Krippendorff (1990) mediante lecturas de las transcripciones, la identificación de unidades de significado (códigos) y su agrupación en categorías previamente definidas a partir del marco teórico y de la revisión documental. Posteriormente estas categorías se refinaron hasta conformar la matriz de categorías utilizada para presentar los resultados.

Categorías de análisis

Para la estructura del análisis de los datos obtenidos, se desarrollaron grupos de categorías alineadas con los principios de la TRS, primordialmente desde una perspectiva procesual, y con los hallazgos de la revisión documental sobre las dinámicas, procesos y representaciones que se presentan en el ámbito de la IC. Esta propuesta analítica permite examinar las prácticas comunitarias atendiendo a los elementos simbólicos, actitudinales y cognitivos que intervienen en la formación y expresión de las RS. Las dimensiones propuestas retoman los componentes planteados por Moscovici (1979), (el campo representacional, la actitud y la información) sirviendo como guía para organizar los sentidos y posicionamientos que los PIC construyen en torno a su quehacer comunitario.

Como se muestra en la Tabla 1, cada dimensión constituye una macrocategoría, de las que se desprenden subcategorías diseñadas para capturar aspectos específicos de la experiencia subjetiva y percepción de los participantes

entorno a la IC. La Dimensión Simbólica, vinculada al campo representacional, se centra en los significados e imágenes que los PIC transportan para interpretar su práctica. La Dimensión Actitudinal aborda las valoraciones y disposiciones afectivas hacia la IC, respondiendo al concepto de actitud desde las RS, mientras que la Dimensión Cognitiva, ligada al componente de información, examina los conocimientos, referencias y estrategias que orientan su actuar.

Y finalmente, se incorpora la categoría de Incidencia de las RS en las prácticas de IC, sustentada en la función de orientación planteada por Moscovici (1979), en la comprensión procesual de la acción situada propuesta por Jodelet (1986, 2018), así como con planteamientos que articulan la TRS y la intervención, estableciendo que las RS influyen en las formas de pensar y actuar en los procesos sociales, así como en los cambios que estos buscan promover (Di Iorio, 2023; Di Iorio et al., 2018; Jodelet, 2007; Krause, 1999; Urbina, 2022). Esta categoría permite explorar de manera directa, modos de vinculación y formas de intervenir en los contextos comunitarios y de esta manera aproximarse a comprender cómo estos marcos simbólicos aparecen acompañando, orientando y condicionando su práctica en la IC, lo que resulta relevante en un campo como lo es el trabajo comunitario, marcado por dinámicas relacionales, éticas y políticas que influyen directamente en la forma en que se desarrollan los procesos (Sánchez-Vidal, 2007; J. Castillo & Winkler, 2010; Carballada, 2023; Montero, 2004, 2012; Wiesenfeld, 2016).

Tabla 1

Categorías de análisis y subcategorías derivadas

Categoría	Definición general	Subcategorías
Dimensión Simbólica	Se refiere a los símbolos, imágenes, significados y asociaciones que permiten a las personas construir colectivamente una realidad social, proporcionando coherencia y sentido a sus prácticas. Este campo articula elementos	Percepción sobre la comunidad Simbolismos de la Intervención Comunitaria.

	<p>simbólicos compartidos que legitiman las representaciones que los profesionales manifiestan sobre la IC y sus procesos (Moscovici, 1979; Jodelet, 1986).</p>	
Dimensión Actitudinal	<p>Abarca las valoraciones afectivas y disposiciones que los sujetos expresan hacia un objeto social. Estas actitudes influyen en cómo los profesionales evalúan, responden y toman posturas en torno a la IC (Abric, 2001; Gutiérrez, 2020; Moscovici, 1979).</p>	<p>Cargas afectivas y motivación</p> <hr/> <p>Autopercepción del rol profesional</p> <hr/> <p>Relaciones Interpersonales</p>
Dimensión Cognitiva	<p>Se refiere al conjunto de conocimiento, informaciones y referencias que lo sujetos elaboran sobre el objeto de representación. Estos elementos permiten comprender y organizar la práctica, generando acuerdo compartidos y orientando procesos de socialización profesional (Moscovici, 1979, Jodelet, 1986).</p>	<p>Experiencias y conocimientos</p> <hr/> <p>Estrategias y herramientas utilizadas</p>
Incidencia de las RS en el quehacer comunitario de los PIC	<p>Hace referencia a la manera en que las RS influyen en las prácticas de IC, en correspondencia con la función de orientación planteada por Moscovici (1979) y con la noción de acción en contexto de Jodelet (1986, 2020a). Esta categoría considera la forma en que los significados guían el comportamiento práctico de los PIC en contextos comunitarios (J. Castillo & Winkler, 2010; Di Iorio, 2023; Montero, 2006a; Wiesenfeld, 2016).</p>	

Nota. Elaboración propia a partir del marco teórico desarrollado.

Con base en las dimensiones previamente definidas, se establecieron subcategorías orientadas a delimitar los ejes específicos de análisis. Esta estructura analítica orientó la codificación y organización de la información, manteniendo correspondencia con los componentes teóricos de las RS. En la Tabla 2 se exponen dichas subcategorías junto con su descripción conceptual.

Tabla 2

Subcategorías analíticas y su descripción conceptual

Subcategorías	Descripción
Dimensión Simbólica	
Percepción sobre la comunidad	Explora cómo los PIC describen a las comunidades en sus relatos, identificando los significados e imágenes que construyen sobre ellas. Esta subcategoría se apoya en la perspectiva comunitaria latinoamericana, que reconoce que las percepciones construidas por los actores externos influyen en su forma de relacionarse con la comunidad y en el análisis que hacen del territorio (Montero, 2006a; Wiesenfeld, 2016).
Simbolismos de la Intervención Comunitaria.	Identifica los símbolos, metáforas e imágenes con los que los PIC representan su trabajo en la IC. El uso de simbolismos es parte de los procesos de significación de la construcción social de la práctica interventiva, esenciales para comprender cómo los profesionales otorgan sentido a sus acciones (Sánchez-Vidal, 2007; Carballeda, 2023; Jodelet, 1986; Montero, 2012).
Dimensión Actitudinal	
Cargas afectivas y motivación	Explora las emociones, motivaciones y disposiciones afectivas que los PIC asocian con su quehacer. La literatura señala que la intervención implica un fuerte componente emocional y ético que define la relación

	con la comunidad y orienta la acción (J. Castillo & Winkler, 2010; Montero, 2004; Wiesenfeld, 2016)
Autopercepción del rol profesional	Explora cómo los PIC describen su rol e identidad profesional en la IC. Esta subcategoría se sustenta en enfoques que reconocen que la acción comunitaria implica procesos de identificación profesional situados y relacionales (Campillay-Araya & Di Masso, 2023; Di Iorio, 2023; Vivares-Porras et al., 2020)
Relaciones Interpersonales	Explora las descripciones que los PIC elaboran sobre sus relaciones laborales y comunitarias. Diversos autores destacan que le IC se sostiene en vínculos horizontales, relacionales y éticos que moldean las prácticas (Montero, 2004, 2006a; Carballeda, 2023, 2025).
Dimensión Cognitiva	
Experiencias y conocimientos	Identifica creencias, saberes prácticos y conocimiento teórico que los PIC articulan en su trabajo. La IC demanda un conocimiento situado basado en la experiencia, articulando saberes profesionales y saberes comunitarios (Sánchez-Vidal, 2007; Montero, 1984; Carballeda, 2023)
Estrategias y herramientas utilizadas	Explora las prácticas, técnicas y recursos que emplean los PIC en su práctica comunitaria. Estas estrategias se comprenden como prácticas intencionadas orientadas a la construcción colectiva, la participación y el fortalecimiento comunitario (J. Castillo & Winkler, 2010; Montero, 2006a, 2012; Wiesenfeld, 2016).

Nota. Elaboración propia a partir del marco teórico desarrollado.

La elección de estas categorías y sus respectivas subcategorías responde a la necesidad de explorar, mediante las entrevistas, el impacto de las emociones, motivaciones y el conjunto de conocimientos y experiencias dentro del quehacer comunitario que orientan las acciones de los PIC que conforman la población objetivo de esta investigación. Las categorías propuestas permiten además una articulación del enfoque procesual de Jodelet (1986) y otros autores, respecto al análisis de los elementos esenciales que conforman las RS y su papel como orientadoras de prácticas, con los procesos y dinámicas implicadas en la acción comunitaria (Montero, 2004; Jodelet, 2007; Sánchez-Vidal, 2007; Wiesenfeld, 2016).

Resultados

Presentación de los participantes

En este estudio se contó con la participación de cuatro profesionales con experiencia diversa en el campo de la IC que cumplieran con los criterios de inclusión establecidos, entre ellos: contar con al menos dos años de experiencia en IC, haber participado activamente en proyectos con este enfoque y desempeñarse en espacios institucionales, organizacionales o independientes orientados a la transformación social con un enfoque comunitario. Su selección se realizó a través del contacto con personas conocedoras del ámbito interventivo en la región, buscando incluir voces con diferentes trayectorias y áreas de trabajo complementarias dentro del campo.

Con el fin de introducir las perspectivas y contextualizar las experiencias de los participantes en esta investigación, en la Tabla 3 se presenta una caracterización del perfil profesional de las y los PIC participantes que resume su formación, los años de experiencia acumulada, los principales ámbitos en los que han desarrollado su práctica, así como su ocupación actual. A partir de esta sección, se utilizará un código de identificación particular para referirse a cada participante, para preservar la confidencialidad de los participantes y sus escenarios.

Tabla 3*Perfil profesional de las y los participantes*

Código de Identificación	Profesión	Experiencia en Intervención (en años*)	Áreas principales de trabajo comunitario	Ocupación Actual
AG	Psicólogo Social	10	Psicosocial, comunitaria, movilidad urbana, acompañamiento a madres de personas desaparecidas.	Labora en el área de relaciones comunitarias en el sector privado.
SB	Psicólogo	15	Psicología comunitaria, educación para la salud comunitaria, trabajo con infancias y juventudes.	Docencia / Coordinador de un espacio comunitario universitario.
CT	Abogada	20	Derechos de la infancia, acompañamiento comunitario, metodología de Educación	Docencia / Presidenta y miembro activo de una asociación

			Popular.	civil local.
FC	Psicóloga Social	10	Prevención, activación social, metodología de Educación Popular, trabajo con grupos vulnerables (niños, niñas, adolescentes, adultos mayores).	Estudiante /Miembro de una asociación civil local, activista y trabajo comunitario.

Nota. Los años de experiencia son aproximados

Enseguida se proporciona una caracterización más detallada y una aproximación general del sentido que atribuyen a su quehacer cada uno de los participantes.

Participante “AG”:

AG es un psicólogo social con aproximadamente 10 años de experiencia en el campo de la intervención psicosocial y comunitaria. Comenta que sus primeros acercamientos al trabajo comunitario se dieron durante su etapa universitaria, donde participó en diversos proyectos en escuelas y programas de gobierno dirigidos a niños de primaria, enfocados en generar cambios de conducta y dinámicas grupales. A lo largo de su trayectoria profesional, ha tenido la oportunidad de trabajar en diversos contextos y ciudades de la república mexicana, tanto en la zona norte como en el sur del país. Su experiencia abarca una variedad de temáticas, incluyendo el acompañamiento psicosocial a poblaciones en situación de riesgo, como familias que enfrentan la desaparición de algún miembro, así como proyectos relacionados con la movilidad urbana y la dimensión social del espacio. También ha participado en iniciativas culturales de

rescate y difusión de experiencias comunitarias y en la realización de diagnósticos participativos. Actualmente sus actividades las desarrolla desde el sector privado, trabajando en el terreno de relaciones comunitarias.

En su narración cuenta un incidente en particular que marcó profundamente su comprensión de la intervención. AG relata el fallecimiento de una niña muy apreciada por el equipo de trabajo, en un contexto de violencia. Esta experiencia, ante la respuesta de los demás miembros del equipo y de la institución de no involucrarse, generó en él una profunda reflexión sobre la importancia de la conexión humana y la responsabilidad profesional en las intervenciones: *“pues de qué sirve que yo venga aquí, si las mismas limitaciones de lo que pretendo hacer no me van a permitir conectar con alguien”* (AG, 2024), así como la necesidad de una preparación seria para abordar las problemáticas reales de las personas: *“Pero ahí me di cuenta de que la preparación, la seriedad, el trabajo, pues son cosas que hay que respetar. A final de cuentas, pues estás trabajando con gente”* (AG, 2024). Este evento lo llevó a cuestionar la noción de la distancia profesional y a enfatizar la necesidad de involucrarse de manera auténtica y responsable en el trabajo comunitario.

Para AG, el trabajo comunitario representa una oportunidad significativa. La describe como la posibilidad de transformar, cambiar, mejorar y proporcionar herramientas a otros. Lo concibe como un momento donde se permite trabajar directamente con la gente, no como un simple rol de guía, sino como la posibilidad de *“ir de la mano, de ir aprendiendo con ellos, de ir trabajando con ellos”* (AG, 2024). AG enfatiza que, con las ganas, la vocación y la pasión necesarias, es posible realizar un buen trabajo comunitario en cualquier contexto, buscando siempre el bienestar de las personas.

Participante “SB”:

SB es un psicólogo que lleva aproximadamente 20 años desempeñándose como docente en el área de psicología. Su experiencia concreta en el trabajo comunitario se remonta a 15 años, con su colaboración en proyectos junto a un

posgrado en ciencias de la salud. En este contexto, participó en un proyecto de educación para la salud con grupos de pacientes diabéticos, tanto en espacios institucionales no hospitalarios, como en una casa de salud en diversas comunidades, su trabajo se acercó a metodologías de grupos operativos, facilitando espacios de reflexión y acción donde los propios participantes gestionaban su información y buscaban soluciones, con el apoyo de especialistas cuando era necesario. En la actualidad, por parte de la universidad donde labora, coordina un espacio que funciona como punto de anclaje en una comunidad, donde trabaja principalmente con niños y adolescentes. SB reconoce las dificultades de trabajar con el resto de la comunidad debido a las condiciones político-sociales que imperan en la zona, marcada por una fuerte tradición política y diversas injerencias.

Una idea central que emerge de la perspectiva de SB es cómo la visión y los fines que persiguen las instituciones pueden influir negativamente en el desarrollo de un trabajo comunitario auténtico, al otorgar poco recurso, tanto material como humano, *“Los niños lo que están demandando es parte de la atención . . . en el momento en que no hay por parte de la institución este soporte humano, de recursos humanos, creo que es donde se empieza a dificultar el trabajo”*. (SB, 2024)

Sobre su concepción del trabajo comunitario, SB enfatiza la necesidad de reorientar las prácticas y contar con personal con un interés genuino y vocación, más allá de la mera retribución económica. Subraya la importancia de que el profesional esté dispuesto a *“aprender a tragar tierra, polvo y lo que sea. ¿Por qué? Pues porque tengo que estar ahí”* (SB, 2024), entendiendo que su presencia no implica superioridad, sino colaboración desde los propios recursos y el reconocimiento de los recursos comunitarios. Para SB, particularmente la psicología comunitaria, no se trata de *“ir a vernos bonitos en la comunidad”* (SB, 2024), sino de colaborar activamente, asumiendo que habrá aspectos que no se podrán cambiar fácilmente, ya que forman parte de las dinámicas y decisiones propias de la comunidad.

Participante “CT”:

CT es abogada de profesión y se asume como defensora de derechos de la infancia por convicción. Desde una edad temprana, CT ha buscado que su trabajo tenga un enfoque de derechos humanos y de desarrollo humano, pero diferenciándose de la visión tradicional de organismos internacionales. Su perspectiva se arraiga en lo comunitario y en las raíces locales *“pero no con esta visión tradicional de la ONU y eso, no anglosajona, eurocentrista, no, sino más bien desde lo comunitario, desde adentro, desde nuestras raíces, y por eso hablo del acompañamiento”* (CT, 2024). Su involucramiento en el trabajo con comunidades surgió de su labor inicial con niños, niñas y adolescentes en conflicto con la ley, quienes presentaban contextos familiares y comunitarios complejos. Un factor significativo en su formación fue su crianza como hija de dos profesores normalistas comprometidos con la educación para todos, quienes trabajaban en la sierra y con poblaciones *“callejeras”*. Un punto de inflexión importante fue su involucramiento con una casa para infancias en situación de calle que trabajaba con la metodología del *“Padre Chinchachoma”*, referente en México de la educación popular y el desarrollo de vida, con una marcada influencia jesuita.

CT actualmente forma parte como miembro activo y presidenta de una asociación civil donde el motor principal de su involucramiento es el acompañamiento de procesos comunitarios para el desarrollo de niños, niñas y adolescentes. Si bien la organización tiene pocos años de haberse constituido formalmente, sus integrantes cuentan con una larga trayectoria de coincidir en diferentes espacios y agendas, que van desde seis hasta veinte años. Participan activamente en un espacio comunitario autogestionado en una colonia de la zona metropolitana de Zacatecas. Este espacio se ha convertido en un punto de encuentro para diversas iniciativas comunitarias, incluyendo la recuperación de un espacio educativo y la realización de talleres con diferentes grupos de la comunidad. Además, constantemente generan alianzas con instituciones culturales locales para ofrecer talleres para niños, niñas y adolescentes, y

facilitando la presencia de programas culturales y artísticos en diferentes ubicaciones de la comunidad.

Su perspectiva se centra en cómo facilitar desde dentro de las comunidades la recuperación del desarrollo, la cobertura de necesidades y el brindar acompañamiento tanto a la infancia como a sus familias y a la comunidad en general. CT enfatiza una distinción crucial en su enfoque, ya que junto con su grupo de compañeros y compañeras, conciben su labor como un "acompañamiento" de los procesos comunitarios, más que como una "intervención", utilizando una metodología de educación popular que ha encontrado resonancia en su espacio territorial: *"hemos discutido sobre si realmente intervenimos o acompañamos y hemos llegado a la conclusión que acompañamos los procesos de la comunidad con una metodología de educación popular"*. (CT, 2024)

Participante "FC":

FC es psicóloga social de formación, con una especialidad en prevención del delito y seguridad ciudadana, y actualmente cursa una maestría en ciencias sociales. Su involucramiento en proyectos comunitarios comenzó durante su servicio social en psicología, hace aproximadamente siete años, donde participó en iniciativas en una comunidad de la zona, atendiendo a poblaciones vulnerables como niños, adultos mayores y mujeres. A partir de esta experiencia, FC ha continuado participando en diversos proyectos de índole similar, tanto gubernamentales como privados y a través de organizaciones de la sociedad civil.

Posteriormente, FC se integró a brigadas de activación social en varias colonias de la localidad, donde su trabajo se enfocó en adolescentes y jóvenes, abordando temas de plan de vida, recuperación y transformación de espacios públicos a través del arte, la cultura y la ciencia, además de trabajar con niños. También participó en un proyecto enfocado en la prevención de la violencia en escuelas primarias, lo que considera una de las experiencias más significativas por el contexto comunitario específico en el que se desarrolló. Desde 2020 hasta

la actualidad, FC participa en una asociación civil local, donde su trabajo comunitario abarca la atención a niños, la educación popular, el arte, la cultura y la ciencia. Además, se involucra en el activismo social, abordando cuestiones políticas, participación ciudadana y organización comunitaria para la autogestión, buscando que las comunidades desarrollen sus propios proyectos sociales de manera autónoma.

Desde su perspectiva, un aspecto fundamental en la intervención es partir de un diagnóstico participativo, donde las personas de la comunidad se involucren en la toma de decisiones, puedan opinar y expresar sus intereses reales. Como ella misma señala:

Yo no puedo llegar a implementarles un torneo de fútbol súper fregón si a los niños les interesa la música. ... No se llega a imponer, no se llega a decir yo soy el experto y te traigo aquí, como este el proyecto y hazme caso, o sea, no. (FC, 2024)

Como se puede observar, las experiencias laborales y académicas de los participantes revelan trayectorias que combinan la formación disciplinaria (como psicología, psicología social, derecho) con enfoques prácticos que priorizan la interacción directa con las comunidades. Estos perfiles, aunque diversos en su origen y recorridos, comparten un compromiso con la dimensión humana de la intervención y una constante reflexión sobre su rol e involucramiento con las personas con quienes trabajan. Las experiencias narradas, como el impacto emocional ante la violencia, las limitaciones institucionales, la búsqueda de metodologías de acompañamiento o la importancia de la participación activa de las comunidades, no solo encuadran su perfil profesional, sino que constituyen el trasfondo desde el cual interpretan y significan su quehacer comunitario.

Desde la TRS, estas experiencias no solo forman parte de sus anécdotas individuales, sino que son espacios donde se elaboran representaciones dinámicas que organizan sus modos de comprender y actuar en el mundo

(Jodelet, 1986, 2023). Las RS integran dimensiones cognitivas, afectivas y sociales que se expresan en narrativas y prácticas cotidianas (Araya, 2002; Jodelet, 2020; Gutiérrez, 2020), configurando los sentidos que orientan su trabajo comunitario, los cuales se desarrollan en los siguientes apartados, a través de las categorías de análisis previamente establecidas.

Dimensión Simbólica: Percepciones y Simbolismos en la Intervención

La dimensión simbólica, se constituye como una de las categorías con mayor densidad en la configuración de las RS de los PIC sobre su quehacer comunitario. Esta dimensión permite reconocer los significados que los participantes atribuyen a su práctica, los cuales se construyen y expresan a través del lenguaje en contextos sociales específicos, en el marco de sus interacciones cotidianas (Jodelet, 2018; Sandoval, 2024). En este sentido, las palabras, las creencias y los esquemas mentales que los PIC utilizan para describir su trabajo y a los actores con los que se relacionan dentro del campo interventivo, actúan como símbolos que condensan sistemas de significados compartidos, articulando experiencias individuales con marcos sociales más amplios (Sandoval, 2024).

Asimismo, a través de los procesos de objetivación y anclaje (Jodelet, 1986; Moscovici, 1979), los conceptos abstractos sobre la comunidad y la propia intervención se transforman en imágenes y símbolos concretos que expresan la manera en que los PIC conciben su quehacer profesional. Esta dinámica simbólica permite identificar las formas en que los participantes ordenan su experiencia simbólica y otorgan claridad a su práctica.

Son dos las subcategorías que comprenden esta dimensión. La primera, *Percepción Sobre la Comunidad*, explora cómo los PIC construyen y materializan sus representaciones sobre los grupos y comunidades con los que trabajan. La segunda, *Simbolismos de la Intervención Comunitaria*, se centra en el lenguaje, las metáforas y las imágenes que utilizan para definir los procesos de intervención y sus prácticas, atendiendo de esta manera al carácter simbólico que sostiene las RS. Estas subcategorías se consideran indicadas para tratar de comprender la

configuración simbólica que sustenta el pensamiento y orienta la acción de los profesionales en su trabajo comunitario.

Percepción de los PIC sobre la comunidad

La subcategoría Percepción sobre la comunidad, permite observar cómo los PIC expresan simbólicamente sus representaciones acerca de los grupos y territorios con los que trabajan. A través de sus narrativas, los participantes describen a las comunidades mediante imágenes, atributos y asociaciones que revelan los significados elaborados en su experiencia cotidiana. Esta percepción se construye a partir de complejas representaciones que reflejan tanto el fondo cultural de cada contexto, como las experiencias individuales (Araya, 2002). Esta aproximación reconoce, como lo señalan Montero (2004) y Wiesenfeld (2016), que la relación con la comunidad está mediado por las percepciones que los profesionales desarrollan en su interacción con ella, las cuales influyen en la lectura que hacen del contexto y en las formas de vinculación que establecen.

Uno de los patrones más recurrentes en las narrativas de los participantes sobre la comunidad está fuertemente ligado al fondo cultural del contexto. Como lo describe Ibáñez (2003), este fondo cultural se define por el conjunto de condiciones sociales, económicas, políticas e históricas que dan forma a las creencias compartidas, valores, productos e instituciones de la sociedad. En las narraciones de los participantes, las dinámicas políticas y asistencialistas emergen como un factor clave que moldean una representación específica de la comunidad y su participación en los procesos comunitarios, desde la perspectiva de los PIC.

Un tema en el que convergen varias narraciones de los participantes, es la percepción de las comunidades y grupos como acostumbrada a que las intervenciones vengán acompañadas de beneficios o recompensas materiales. Lo expresado por los participantes SB, FC y CT, particularmente, concurren en la idea de una marcada influencia política, asociando esta percepción a prácticas clientelistas y asistenciales, como las que observan durante campañas electorales, donde se entregan bienes a cambio de afiliaciones o votos. Esto podría sugerir

que la imagen que los PIC construyen de la comunidad asocia la intervención con la recepción de beneficios materiales o afiliaciones políticas, resultando que se perciba el trabajo comunitario no como un proceso de autogestión, sino como un intercambio de bienes.

Se han acostumbrado las comunidades a que si llega alguien y dice que va a hacer, es porque les va a dar algo . . . ¿qué me vas a dar? cuando les dices no, aquí vamos a hacer o, les puedo ayudar a que ustedes se organicen para que gestionen . . . dicen, mejor me espero a aquel que viene, que si trae ya su camión lleno de, eh, dulces, pelotas. (SB, 2024)

Sí me atrevería a decir que el gobierno ha sido mediador en cuanto a que [en] los proyectos sociales o las políticas públicas, siempre se tiene que dar algo a cambio, incluso en esta parte de los partidos políticos, que si votas por mí te doy esto . . . como que acostumbran a las personas a que tienen que recibir algo a cambio. Entonces cuando tú llegas con un proyecto meramente social, sin fines de lucro, sí es como: ¿qué me vas a dar a cambio? ¿Qué me vas a dar por venir? ¿O, qué me vas a dar por estar en este taller? (FC, 2024)

Y hay quien dice: se quieren apropiarse del terreno, ¿no? o sea, no lo pueden creer que vayamos sin nada, a hacer cosas, sin ningún otro interés de captar votos o del municipio o algo, no lo pueden creer, porque ya están súper acostumbrados a eso . . . que si no hay una condición no va a haber acción. (CT, 2024)

Este tipo de expectativas se podría ubicar como un proceso de anclaje mediante el cual los PIC interpretan la conducta de la comunidad a partir de marcos previos asociados con prácticas asistenciales y clientelares. Al mismo tiempo, estas ideas se objetivizan en imágenes concretas como el camión lleno de pelotas o los regalos de campaña que mencionan en sus narrativas (Jodelet, 1986; Moscovici, 1979). Estas imágenes, arraigadas en un trasfondo histórico mexicano de caridad y asistencia social de los programas de intervención en el país (Sáenz, 2007), les representa un obstáculo para la apropiación autónoma de los procesos comunitarios e incluso merma el desarrollo de las actividades, tal como lo menciona SB:

Yo tenía actividades con los chamacos en una cancha, estábamos llegando y de repente llegaban los de un partido político, empezaban a invadir todo, poner sillas y demás, y pues ya, eh, se acababa mi actividad porque nos desplazaban, . . . incluso a veces era de, tenemos una actividad programada, . . . de repente decían: ah, ya nos vamos porque allá van a ir, porque nos dijeron que allá van a regalar pelotas, o allá van a regalar juguetes. (SB, 2024)

Como señalan Carballada (2023) y M. Moreno y Molina (2018), las prácticas de intervención asistencialistas en América Latina, históricamente vinculadas a políticas sociales estatales y posteriormente reforzadas por lógicas neoliberales de costo-beneficio, han configurado modos particulares de relación entre instituciones y comunidades. En el caso mexicano estos procesos han contribuido a construir un marco simbólico donde la intervención suele asociarse al intercambio de bienes o recompensas (Barajas, 2002; Lemus, 2021; Sáenz, 2007).

Este trasfondo se convierte en un anclaje histórico que estructura las representaciones que los PIC elaboran sobre las comunidades, especialmente en la expectativa de recibir algo a cambio de participar en los procesos, como lo

comenta FC: “Entonces cuando tú llegas con un proyecto meramente social, sin fines de lucro, sí es como: ¿qué me vas a dar a cambio? ¿Qué me vas a dar por venir? ¿O, qué me vas a dar por estar en este taller?”. Así, las percepciones que los PIC tienen sobre la comunidad, se insertan en un contexto donde, a lo largo de un proceso histórico, las políticas sociales han marcado dinámicas de pasividad y recepción por parte de los sujetos intervenidos.

Esta imagen que los PIC tienen de las comunidades acostumbradas a pensar los procesos interventivos como un intercambio de bienes, se entrelaza al mismo tiempo con el reconocimiento de que la no participación muchas veces no es una simple apatía, sino una consecuencia directa de las condiciones de vida:

Pero cuando no tiene nada de recursos para trabajarla ((remarca)) en la familia, dices, pues cómo le puedes pedir que, que atienda ciertas cosas cuando es tan hostil su vida, cuando es tan precaria, cuando todas las puertas están cerradas para con esas familias. La gente en esas colonias no tiene que comer, no tiene agua potable y trabajan . . . [las madres] están encerradas en las maquilas todo el día, toda la tarde, las que trabajan de noche, toda la noche y tienen que recuperar energía en el día y muchas de ellas tienen otro trabajo en el día . . . Entonces imagínate cómo maternas en esas condiciones de explotación sistemática. (CT, 2024)

A través de sus narrativas, los profesionales reflejan una comprensión de las circunstancias estructurales y coyunturales que enfrentan las comunidades y cómo muchas veces, la precariedad se vuelve el principal obstáculo para la participación, lo que lleva a los profesionales a cuestionar cómo pedir a las comunidades que atiendan a las actividades cuando su vida es “*tan hostil*”, “*tan precaria*”, donde viven situaciones de “*violencia criminal, de violencia de género,*

violencia doméstica, pues están inmersas en un sobrevivir de las familias, la comunidad, a tanta adversidad” (CT, 2024).

El participante AG describe a las comunidades con *"un trasfondo social y cultural bien cabrón"*, mostrando una RS que parece reconocer la complejidad y las dificultades significativas de la población, construyendo un orden lógico en su mundo mental para clasificar estas experiencias (Di Iorio, 2018). Su relato sobre un grupo escolar *"problemático"* con el que trabajó, ilustra cómo el contexto de carencias y conflictos que enfrentan se materializa en una imagen concreta de la comunidad:

Teníamos un grupo de sexto año bien problemático, bien problemático, era algo muy pesado, muy, muy pesado. M, desde niños que sacaban navajas pa' cortar tenis, hasta niños que tenían problemas m, con, por ejemplo, se hacían del baño, ¿no?, o sea, tenían tantos problemas en su casa que a lo mejor estaban tan estresados que tenían esa situación. (AG, 2024).

Esta visión de una comunidad afectada por problemáticas se complementa con la idea de agotamiento y resistencia que padecen las comunidades, ya sea por ser territorios que constantemente se producen proyectos o por incredulidad de que los proyectos persigan solo el bien común y la transformación de su espacio, conceptos que emergen repetidamente en las narrativas de los participantes. CT describe una comunidad como sobreintervenida: *“Una de las zonas donde trabajamos . . . es una comunidad sobreintervenida, y lo único que han logrado es cansar a la comunidad porque no van al fondo”*

Hay mucha resistencia [de la comunidad], yo pienso de verdad que hasta de pensarlo ya me cansé . . . realmente es una resistencia social muy fuerte, o sea, ¿qué quieres a cambio? O sea, nada más porque sí vienes, nada más porque te dicen que aquí hay índices de violencia, vienes... no te

la pueden creer ... entonces hay mucha resistencia, hay mucho trabajo, hay mucha frustración. (CT, 2024)

En esta narración, la participante no solo describe a la comunidad como resistente, sino que da cuenta de una representación marcada por la incredulidad que, desde su perspectiva, percibe en las personas frente a intervención es que no viene acompañadas de beneficios materiales o intereses ocultos. La resistencia que menciona pareciera emerger como un significado elaborado a partir de experiencias previas de la comunidad con otros actores, donde la ayuda suele estar condicionada. Ese sentido se refuerza cuando CT expresa su propio cansancio y frustración, lo que podría evidenciar que su interpretación está atravesada por un componente afectivo que forma parte de su representación y de su vivencia en el territorio (González-Rey & Mitjans, 2017; Gutiérrez, 2020).

Emerge asimismo la percepción de la comunidad como un actor activo y con recursos propios. Esta visión se alinea con la perspectiva de la IC que prioriza el potencial de la comunidad (Montero, 2012). La participante FC, por ejemplo, subraya la importancia de partir de un diagnóstico participativo, lo que evidencia su representación de la comunidad como un sujeto con voz propia y no como un simple receptor de proyectos externos, una idea que se ancla en los valores éticos y políticos del enfoque crítico y transformador de la IC (Montero, 2012).

Yo no puedo llegar a implementarles un torneo de fútbol súper fregón si a los niños les interesa la música. ... no se llega a imponer, no se llega a decir yo soy el experto y te traigo aquí este el proyecto y hazme caso, no.
(FC, 2024)

Simbolismos de la Intervención Comunitaria

Esta subcategoría reúne los significados simbólicos con los que las y los PIC nombran su quehacer, los cuales aparecen como formas de orientar la práctica y como maneras de situarse frente a los procesos comunitarios. Desde la

TRS, el lenguaje y las imágenes funcionan como mediadores que permiten que ciertos significados se vuelvan inteligibles y culturalmente compartidos (Moscovici, 1979; Jodelet, 2023). La elección de determinadas palabras no solo describe una acción, sino que abre camino para interpretarla, vinculándola con experiencias concretas que se anclan en contextos sociales específicos. En este sentido, las formas de decir, describir y explicar lo que se hacen los PIC pueden entenderse como expresiones simbólicas que organizan la experiencia profesional (Ibáñez, 2003), y la traduce en términos cercanos a la práctica (Jodelet, 2000).

Siguiendo esta idea, las palabras que utilizan los PIC para describir la IC no parecen ser fortuitas. En sus narrativas, la IC no se presenta como una definición cerrada, sino como un conjunto de expresiones que concentran diversos significados sobre lo que hacen y lo que significa para ellos hacerlo. Entre estas expresiones aparecen palabras como: *intervenir, acompañar, ayudar, estar, entrarle, caminar o trabajar con lo emergente*. Cada término abre concepciones distintas y sugiere posiciones diversas frente a la comunidad y al territorio, de manera que los modos de nombrar la intervención influyen en la forma de imaginarla y practicarla (Martínez-Guzmán, 2014; Pérez & Osornio, 2021; Rodríguez et al., 2024).

En el caso de la participante CT, la palabra *acompañamiento* surge como una forma de nombrar su práctica que desplaza explícitamente la noción de *intervención*. La elección de este término, construida de manera colectiva con su equipo de trabajo, parece expresar una toma de posición ética y política frente a la comunidad: “*Somos un grupo de compañeros, compañeras que hemos discutido sobre si realmente intervenimos o acompañamos y hemos llegado a la conclusión que acompañamos los procesos de la comunidad con una metodología de educación popular*” (CT, 2024).

En sus narrativas, el *acompañamiento* se nombra desde la cercanía, territorialidad y un enfoque situado que describe como “*desde nuestras raíces*”, lo que podría sugerir que la representación que construye sobre su práctica se

articula con marcos discursivos propios de la acción comunitaria latinoamericana (Fals-Borda, 1999; Freire, 1970; Montero, 2004, 2006b)

Y yo lo que busco . . ., es que tenga un enfoque de derechos humanos, un enfoque del eh, desarrollo humano, sí, pero no con esta visión tradicional . . . no anglosajona, eurocentrista, no, sino más bien desde lo comunitario, desde, desde adentro, desde nuestras raíces, y por eso hablo del acompañamiento (CT, 2024).

Esta noción se vuelve aún más visible cuando la participante describe experiencias donde el acompañamiento exige presencia sostenida, cuidado y respuesta ante lo inesperado, como cuando narra un evento donde, ante la ausencia institucional, tuvieron que hacer contención y acompañamiento a un grupo de niños tras el asesinato de una madre de familia:

Tuvimos que entrarle, porque el gobierno no le iba a entrar, para la recuperación de los niños con su familia, no sabían ni quién eran sus familiares y suplimos la función del Estado, en hacer el proceso de contención con . . . los niñitos (CT, 2024).

La expresión “*entrarle*” aparece como una metáfora que parece condensar tanto la urgencia como el compromiso asumido, mostrando cómo ciertos significados se objetivan en imágenes que vuelven visible la forma en que se vive la práctica. El acompañamiento también se asocia a tiempos impredecibles, sostener confianza, retirarse de forma paulatina, aceptar límites:

Lo común es que les cueste mucho identificarte, que les cueste mucho confiar en ti, que les cueste mucho darse el tiempo. Es un reto entenderle a la comunidad y respetándolos con un enfoque de

derechos

humanos.

Era como caminar . . . , por muy libre que sea tu proceso de acompañamiento . . . a veces hay procesos más, más, más desde, desde lo humano.

También los acompañamientos los retiramos paulatinamente. Y ser realistas, ser realistas con lo que podemos estar con la comunidad y con lo que no ponemos. (CT, 2024)

Estas expresiones sugieren que el acompañamiento se configura como un significado que organiza la experiencia profesional, en línea con perspectivas que destacan el carácter relacional y ético de la IC (Wiesenfeld, 2016).

Además del acompañamiento, en las narraciones aparecen otras formas de nombrar la práctica que evocan formas de estar con la comunidad. SB, por ejemplo, habla del trabajo con niños y adolescentes a partir de vínculos que se construyen en el proceso de la práctica y que funcionan como guía del trabajo: *“yo trabajo con niños y adolescentes, entonces es con ellos con los que tengo este reconocimiento, este vínculo, que se van estableciendo estos patrones de interacción donde tratamos de establecer ciertas relaciones de (.) igualdad”*. El énfasis en el vínculo parece señalar que, para él, la intervención adquiere sentido a través de las relaciones, vínculos relacionales que juegan un papel fundamental en los procesos comunitarios (Montero, 2004; 2012)

En otras narrativas, como la de AG, la intervención aparece vinculada a expresiones cotidianas como *ayudar o hacer cosas para mejorar un entorno*. Aunque expresa duda al usar la palabra *ayuda* por su carga en el campo psicológico, funciona para el participante como una forma práctica de objetivar lo

que hace, es decir, de traducir una experiencia compleja en una expresión accesible y coherente con su propia identidad profesional:

M, no sé si decirlo como ayudar, porque también como que el término ayudar en psicología está como muy estigmatizado. Bueno, yo así lo veo, pero, me gusta pensar que lo que hago, que lo que puedo hacer con lo que sé, puede ayudar a la gente (AG, 2024).

Esta forma de nombrar surge en su relato como una forma práctica de aproximarse a lo que hace, más que como una definición teórica. En otro momento, la ayuda aparece delimitada por aquello que puede ofrecer y aquello a lo que, reconoce, no puede “*entrarle*”, lo que da lugar a la posibilidad de canalizar hacia otras personas cuando considera que no puede hacerse cargo directamente:

Bueno, yo digo, si yo voy a trabajar con alguien, ah, yo voy a ser bien claro siempre, o sea yo sé hacer esto, te puedo ayudar a hacer esto, [pero] yo no sé hacer eso, no le voy a entrar, te puedo llevar con alguien, sí, pero yo no le voy a entrar porque . . . no te voy a dar falsas esperanzas (AG, 2024).

Dimensión Actitudinal: Cargas afectivas y motivaciones, Autopercepción y Relaciones Interpersonales

La dimensión actitudinal reúne las expresiones afectivas, valorativas y motivacionales que las y los PIC atribuyen a su quehacer comunitario y a las dinámicas que enfrentan en los territorios donde trabajan. Desde la perspectiva procesual de la TRS, las actitudes forman parte del sistema representacional y expresan la posición que los sujetos adoptan frente a un objeto social, integrando elementos emocionales y evaluativos que se construyen en la interacción y la experiencia (Jodelet, 1986; Moscovici, 1979). En este sentido, las narrativas de los PIC permiten reconocer cómo ciertos afectos, como el entusiasmo, la frustración,

el compromiso o el desgaste, se entrelazan con los significados que elaboran sobre la intervención y la comunidad, configurando orientaciones que influyen en su forma de actuar y en las relaciones que establecen.

Esta dimensión se organiza en tres subcategorías: cargas afectivas y motivación, autopercepción del rol profesional y relaciones interpersonales. Las cuales, en conjunto, permiten observar cómo los PIC expresan sus afectividades hacia la intervención, cómo construyen imágenes sobre sí mismos en el rol que desempeñan y cómo valoran los vínculos que sostienen con la comunidad y otros actores. A través de sus narraciones, es posible identificar los sentidos afectivos que acompañan su práctica y las maneras en que éstos contribuyen a orientar su participación dentro de los procesos comunitarios.

Cargas afectivas y motivaciones

Dentro de la dimensión actitudinal, las cargas afectivas y motivaciones con las que los PIC narran su quehacer comunitario se expresan como un conjunto de disposiciones emocionales y valorativas que orientan el modo en que se vinculan con su práctica. Estos afectos pueden entenderse como parte de los significados que los sujetos elaboran en interacción con su entorno, y no como atributos internos aislados (Jodelet, 1986, 2023; Moscovici, 1979). En ese sentido, las emociones y motivaciones que los PIC relatan actúan como marcos que organizan y hacen inteligibles sus experiencias, influyendo en las maneras en que se vinculan con las comunidades y con los procesos mismos de la intervención.

En las narrativas de los participantes, la motivación aparece de manera constante asociada con la idea de compromiso, vocación y entrega, que algunos describen como el motor principal para sostener la práctica. AG, por ejemplo, vincula recurrentemente al lenguaje de la pasión y la disposición personal como elementos que orientan su labor:

Creo yo que es el compromiso . . . es el compromiso. O sea, ah, creo yo que es el compromiso, la vocación, el saber lo que, lo que quieres y lo que,

lo que puedes hacer . . . alguien que tiene compromiso, que tiene dedicación, va a buscar ser alguien ético, va a buscar ser alguien que haga bien su trabajo, que tenga buenas prácticas . . . Y pues esa pasión de hacerlo, es lo que es lo que diferencia, la verdad, al final de cuentas. (AG, 2024)

Y más adelante agrega: “*creo yo que si tienes las ganas, si tienes la vocación, si tienes la pasión de hacer eso, lo vas a hacer bien en donde sea y vas a buscar hacer las cosas bien por la gente*”. Estas expresiones pueden entenderse como formas de anclar la práctica en valores que otorgan coherencia a sus experiencias en la idea de que intervenir implica no solo ejecutar una tarea, sino sostener un estado afectivo que permite un involucramiento con las comunidades desde una postura activa y ética (Jodelet, 2007, 2020b; Gutiérrez, 2020).

También aparece, de forma reiterada, la satisfacción asociada a la experiencia de campo y al contacto directo con las personas. AG asocia esta idea desde lo vivencial:

Me gusta estar en campo, no me gusta la oficina . . . me gusta estar con la gente, me gusta platicar con ellos . . . pelearme con ellos también ((risas)). Bueno, desde muchos términos, pues, me gusta, me gusta estar en general ahí . . . estar con los morrillos, ir a ver una película . . . estar con las señoras, o sea, echar un cotorreo, eso es algo que a mí me gusta mucho, me alivia mucho. (AG, 2024)

De manera similar, FC describe el trabajo comunitario desde un registro afectivo positivo, expresando disfrute y entusiasmo. Su relato integra no solo la motivación personal, sino el sentimiento de confianza en la organización colectiva como vía para posibilitar las transformaciones:

Yo lo percibo . . . en lo laboral, que es como lo que me gusta, lo que me gusta hacer, lo disfruto y pues . . . porque confío en la organización comunitaria y la organización colectiva . . . siento que es como la clave esencial de todo que es lo que me gusta, lo que disfruto (FC, 2024).

Estas expresiones parecen vincular la motivación y afecto como parte de un mismo proceso representacional, donde el gusto por el trabajo se enlaza con la confianza en la organización comunitaria. La combinación de placer, confianza y esperanza colectiva sugiere que la motivación para intervenir se sustenta tanto en una valoración subjetiva de la práctica como en expectativas sobre las posibilidades de cambio, lo cual se alinea con planteamientos que reconocen el papel de los afectos y de las convicciones en la acción comunitaria (Montero, 2004; González-Rey & Mitjans, 2017).

En las narraciones emergen también emociones negativas relacionadas a la crudeza de ciertos contextos, a la frustración ante las limitaciones estructurales, institucionales y a la implicación emocional que suscitan las problemáticas que acompañan los PIC. AG relata, por ejemplo, una experiencia sobre el fallecimiento de una niña, miembro de un grupo escolar donde trabajó, situación que le produjo shock y tristeza: *“nos comenta la maestra [que] . . . fallece la niña y . . .yo entré en shock, o sea, yo dije ay cabrón, qué pedo, . . .esto está muy cabrón, o sea, yo no lo podía asimilar”*. FC describe una vivencia muy similar marcada por el impacto físico y emocional ante un relato de violencia compartido por un niño de la comunidad: *“en ese momento la sensación en mi cuerpo fue así, o sea, te lo platico y todavía se me enchina la piel . . . me quedé en shock . . . fue muy fuerte para nosotros”*

Otro elemento recurrente es la frustración vinculada a limitaciones institucionales. SB expresa desgaste ante la falta de apoyo: *“Híjole, cuando no tienes apoyo institucional se vuelve cansado . . . llega un punto en que puedes decir la neta ¿quiero seguir haciendo esto?”* (SB, 2024). Este tipo de emociones,

lejos de presentarse como obstáculos, se convierten en elementos que moldean la comprensión que los PIC tiene del contexto y de sí mismos dentro de él, revelando cómo los afectos funcionan como organizadores simbólicos de la experiencia (Gutiérrez, 2020).

En el caso de CT, las emociones se entrelazan con una fuerte convicción ética y política. Si bien expresa frustración y desgaste, también menciona una convicción persistente en la transformación social: *“si yo pienso en la, la comunidad es mucho trabajo, pero también mucha convicción en la transformación”* (CT, 2024). Esta coexistencia de afectos, tanto los negativos como los movilizados, puede interpretarse como parte de un sistema de significados que les permite sostener su involucramiento pese a los desafíos. En términos de la TRS estas actitudes constituyen formas de toma de posición ante un objeto social complejo, influidas por los valores y por la historia personal y colectiva (Abric, 2001).

Finalmente, la gratificación aparece asociada a transformaciones visibles en la comunidad. CT, relata el caso de un niño que después de involucrarse en condiciones de violencia, logró convertirse en auxiliar de talleres: *“Entonces, aunque sea minúscula, invisible, es una persona, es un ser humano y eso es súper gratificante”*. Este tipo de experiencias parecen funcionar como anclajes afectivos que reafirma el sentido de su práctica y que permiten comprender por qué, pese al desgaste y otras emociones negativas, los PIC continúan involucrados en los procesos comunitarios.

En las narrativas se pueden observar que las cargas afectivas y motivaciones no solo expresan emociones, sino que forman parte de los significados que los PIC elaboran sobre su práctica. Desde la perspectiva procesual, estos afectos pueden verse como elementos que se incorporan a sus representaciones, influyendo en como interpretan su entorno, su rol y las posibilidades de acción dentro de los procesos comunitarios.

Autopercepción del Rol Profesional

En esta subcategoría se exploran las formas en que las y los PIC se nombran a sí mismos y definen su lugar en los procesos de intervención. Desde el enfoque procesual de las RS, la autopercepción puede entenderse como una forma de pensamiento social, donde el sujeto elabora sentidos sobre su propio quehacer a partir de experiencias, vínculos y contextos de acción (Jodelet, 1986; 2000). Estas auto-descripciones agrupan creencias, valores y afectos que funcionan como formas de percibir y accionar (Jodelet, 2000), y se inscriben en tramas más amplias de significados ligados al fondo cultural, las prácticas y el lenguaje (Araya, 2002; Ibáñez, 2003).

Un rasgo común en las narrativas de los participantes es que la identidad profesional se construye en un marco relacional y horizontal, más que desde una imagen de experto distante. AG, por ejemplo, se define a sí mismo como “*un alumno de la gente*”:

Yo me definiría como un alumno de la gente. O sea yo voy y aprendo de ellos . . . si me veo obviamente como un profesional que tiene ciertas características, que puede trabajar con las personas, que sabe identificar ciertos puntos . . . pero me gusta verme como alguien que aprende de ellos.

(AG, 2024)

En sintonía, SB sitúa su rol en la dimensión de “*estar con la comunidad*”, enfatizando la cercanía y cotidianeidad del vínculo: “*Estoy más en la dimensión de estar con la comunidad, es decir, establecer un contacto más cercano, más cotidiano y no solamente pensándolo o restringiéndolo a un espacio de consulta*” (SB, 2024).

Estas formas de nombrarse resuenan con la perspectiva de la IC latinoamericana, donde el agente externo se concibe como facilitador o catalizador de procesos, más que como alguien que dirige o controla la intervención. (Montenegro, 2001; Montero, 2006a, 2012; Sánchez-Vidal, 2020). Desde la perspectiva de la TRS, esta autopercepción puede leerse como una toma de

posición que ancla el quehacer profesional en valores de horizontalidad y reconocimiento de los saberes comunitarios (Jodelet, 2023; Ruiz et al., 2012).

Otro elemento compartido es que las y los PIC elaboran su identidad profesional como posición ética y política frente a la realidad social, más que solo como un ejercicio técnico. CT lo expresa al asumirse “*por convicción*” como defensora de derechos de la infancia: “*Yo soy abogada de profesión y me asumo con-como defensora de derechos de la infancia por convicción . . . mi agenda política de trabajo con niños, niñas y adolescentes es lo que me hace acompañar ((remarca)) procesos en las comunidades*” (CT, 2024).

En FC esta dimensión aparece en la manera en que vincula su formación con una búsqueda constante del “*lado social*” de lo que hace y con la confianza en la organización comunitaria como forma esencial para la transformación: “*Yo a todo le busco el lado social . . . siento que es como la clave esencial de todo, como la organización comunitaria*” (FC, 2024).

En estas narrativas, la autopercepción se liga a un sentido político, lo que dialoga con las propuestas de la IC sobre la necesidad de una praxis ético-política orientada a la transformación y sustentada en la unión de saberes entre agentes internos y externos (Montero, 2012; Martín-Baró, 1998). Asimismo, los participantes describen su rol a partir de los alcances y limitaciones de lo que pueden hacer en el territorio, lo cual muestra cómo las RS sobre su quehacer se organizan también en torno a criterios de realismo y cuidado. CT, subraya al respecto la importancia de acotar su papel a aquello que efectivamente pueden acompañar o gestionar: “*y ser realistas, ser realistas con lo que podemos estar con la comunidad y con lo que no podemos . . . dentro de eso multisistémico, ¿qué sí podemos acompañar? , como gestores . . . queremos hacer más, sí, pero tenemos que situarnos*” (CT, 2024). SB y AG por su parte, delimitan explícitamente su papel:

No vamos a atender ahí porque . . . no soy terapeuta . . . entonces lo que haces es orientar hacia dónde podrían ellos acudir a recibir atención específica. (SB, 2024).

Yo voy a ser bien claro siempre, o sea yo sé hacer esto, te puedo ayudar... [pero] yo no sé hacer eso, no le voy a entrar, te puedo llevar con alguien, sí, pero yo no le voy a entrar . . . Y eso es algo que, que intento que siempre sea constante, ser como muy responsable con mi práctica. (AG, 2024)

Estas delimitaciones pueden entenderse como parte de los procesos de anclaje, donde los sujetos insertan su rol en redes de significación y prácticas que les permiten orientarse y actuar dentro de condiciones concretas (Araya, 2002; Villarroel, 2007). Al mismo tiempo, expresan sentidos subjetivos vinculados a la responsabilidad y al cuidado de las personas con las que trabajan (González-Rey & Mitjans, 2017; González-Rey, 2013).

Así pues, lo encontrado en esta categoría muestra que las y los PIC no se conciben solo como profesionales, en términos disciplinares, sino como sujetos implicados que se definen a sí mismos en relación con la comunidad, con ética de acompañamiento y con una conciencia de los límites y posibilidades de su acción. Desde la perspectiva procesual de las RS, estas auto-descripciones pueden entenderse como sistemas de significados que articulan identidad, prácticas e implicación política (Jodelet, 1986, 2020a), configurando marcos desde los cuales los PIC interpretan su quehacer y orientan su participación en los procesos de IC.

Relaciones Interpersonales

Dentro de las narraciones de las y los PIC, las relaciones interpersonales aparecen como un eje que estructura tanto el sentido de la práctica como las posibilidades de sostenerla en el tiempo. Desde la mirada procesual de las RS, estas interacciones permiten observar cómo los significados que organizan el quehacer comunitario se construyen, estabilizan o tensionan en el intercambio

cotidiano (Jodelet, 1986, 2000). Las relaciones con equipos internos, con la comunidad, con instituciones y con otros actores configuran un espacio donde circulan afectos, expectativas, normas implícitas y marcos de actuación que orientan las prácticas (Moscovici, 1976; Montero, 2012; Sánchez-Vidal, 2007).

En varios de los relatos, el equipo interno se presenta como un espacio de cohesión, trayectoria compartida y con posibilidad de un diálogo reflexivo. CT describe cómo años de coincidir han configurado un grupo con prácticas consolidadas:

Tenemos muchos años de, de coincidir ¿no? en diferentes espacios, a lo mejor con los más jóvenes son ocho años, seis años, pero con otros son 10, 15, hasta 20 años en diferentes agendas y eso ha sido que el trabajo sea muy rico en [nombra a su colectivo]. (CT, 2024)

Este tipo de relación continua con otros PIC puede pensarse como una de las condiciones que permiten que los significados circulen, se establezcan o se transformen a partir de intercambios constantes, en consonancia con los planteamientos de la TRS sobre la interacción como lugar central de construcción representacional (Moscovici, 1979). Las conversaciones internas entre el grupo interno de trabajo también son un espacio que permite elaborar dudas, autocríticas y posicionamientos éticos sobre la práctica:

Hemos discutido sobre si ¿realmente intervenimos o acompañamos? y hemos llegado a la conclusión que acompañamos ((remarca)) los procesos de la comunidad . . . no somos sabelotodos y también tenemos mala práctica y hacemos la reflexión sobre nuestra mala práctica también, también lo sabemos. (CT, 2024)

Esta reflexividad rememora la dimensión dialógica de la IC, donde la praxis comunitaria se afina mediante la discusión colectiva y el reconocimiento de límites (Montero, 2012).

La diversidad del equipo aparece igualmente, como un recurso que amplía la posibilidad de acercamiento a la comunidad, especialmente por la presencia de voluntarios jóvenes: *“podemos generar rapport . . . rápido por las diversidades del equipo, tanto del equipo de la organización como todo el equipo de voluntarias y voluntarios”* (CT, 2024). En perspectiva procesual, estas diversidades pueden entenderse como elementos que amplían el repertorio simbólico con el que se establece el vínculo, lo que permite que la representación del equipo sea flexible, dinámica y cercana (Moscovici, 1979).

Al mismo tiempo, el equipo funciona como sostén emocional y la buena vinculación entre los integrantes cumple una función de apoyo ante las exigencias del territorio: *“nos tenemos que echar como porritas, ¿no? . . . Ha sido un costo muy, muy fuerte para el equipo, mucho desgaste”* (CT, 2024). AG, por su parte menciona la importancia de estar en consonancia con el equipo de trabajo para que las actividades puedan llevarse a cabo de la mejor manera: *“yo creo que lo más importante del trabajo comunitario es escoger bien a tu equipo de trabajo, o sea, si no tienes un buen equipo de trabajo, si no estás en la misma sintonía, vas a ser un cagadero”*. Esta elaboración colectiva de las emociones y vínculos coincide con lo que la teoría de la subjetividad social ha señalado sobre el papel afectivo de las relaciones en contextos donde las experiencias son intensas y requieren procesos compartidos para ser significadas (González-Rey, 2013).

En relación con la comunidad, las narrativas coinciden en que el primer contacto suele estar marcado por la desconfianza, una representación que parece estar anclada en experiencias históricas de asistencialismo o intervenciones con fines distintos a los sociales o comunitarios: *“mucha resistencia . . . una resistencia social muy fuerte . . . no te la pueden creer que vayamos sin nada . . . sin ningún otro interés de captar votos”* (CT, 2024). De igual forma, otros participantes expresan: *“cuando tú llegas con un proyecto meramente social, sin fines de lucro,*

sí es como ¿qué me vas a dar a cambio? ¿Qué me vas a dar por venir? ¿O, qué me vas a dar por estar en este taller? (FC, 2024); “y la demanda es eso y ¿qué me vas a dar?” (SB, 2024). Mientras AG menciona que al inicio de los procesos “siempre te ven como un bicho raro ... este güey qué chinga o qué ... qué quiere ... qué está haciendo”.

Estas imágenes iniciales permiten observar ciertos significados preexistentes y cómo parecen actuar como marcos interpretativos que media el vínculo y condicionan las primeras interacciones (Abric, 2001). Con el tiempo, estos sentidos pueden transformarse, especialmente cuando existe presencia constante y un trato cara a cara: *“yo creo que la permanencia es lo que nos permite que vayan ... la permanencia y la variedad ... estar cara a cara con la comunidad” (CT, 2024). AG también describe esta evolución en la relación conforme pasa más tiempo inserto en la comunidad: “cuando pasa el tiempo, cuando los vas conociendo ... tú ya no eres un extraño, ah, te ven de otra forma ... te apapachan, te dan de comer, te tratan mejor”.* La transformación del vínculo sugiere un reacomodo de las representaciones, atendiendo su carácter dinámica (Jodelet, 2000) donde la figura del PIC, deja de asociarse con un externo desconocido y se ancla en experiencias de cercanía, apoyo o acompañamiento.

Otro tema que aparece con fuerza es la relación con instituciones, donde los participantes describen tensiones vinculadas a estructuras que reducen la IC a modelos individualizadores: *“la institución . . . decidió que la intervención comunitaria era ir a poner consultorios en algún lugar y no salir . . . para acercarse al contexto más cotidiano de las personas” (SB, 2024). También SB comenta que desde la institución se llevan a cabo las prácticas desde una lógica que priorizan resultados inmediatos sobre procesos de acompañamiento: “requieren resultados rápidos o datos rápidos y pues entonces estamos, a veces, más preocupados por el dato rápido que por el proyecto a largo plazo [eso] rompe con la lógica de lo que la comunidad va a hacer” (SB, 2024).*

En estos relatos se puede observar cómo las instituciones movilizan sus propias representaciones de la intervención y ejercen un marco normativo que

muchas veces condiciona los márgenes de acción de los PIC. En algunos casos, estas tensiones derivan en sentimientos de injusticia o desgaste de los PIC hacia las instituciones *“la última vez que les pedí material . . .no me lo pagaron yo lo pagué . . . tampoco me pesó mucho o sea, pero si llega un punto en que dices ‘mch’, la institución está ganando y yo no”*.

En contraste, las relaciones de los PIC con otros actores externos se configuran como vínculos de aprendizaje y colaboración. FC resalta la riqueza del trabajo multidisciplinario en la práctica comunitaria:

Creo que también eso es rico de la intervención comunitaria, que te abre esta multidisciplinariedad, que permite que pues muchas personas se involucren y se les abra el espacio . . .desde abogados . . . compañeros de filosofía . . . desde la psicología . . . de nutrición . . . todos aportan, aportan ciertas cosas. (FC, 2024)

AG, por su parte, describe cómo aceptar la inserción y perspectivas de otras metodologías y disciplinas dentro del trabajo comunitario, reconfiguró su práctica:

Yo no entendía sus formas ¿no?, y yo estaba como aferrado a lo mío, hasta que dije, a ver, no, pues a lo mejor esto, lo que yo estaba haciendo no, no es lo mejor, o esto también está chido. Entonces algo que a mí me ayudó mucho fue, fue eso, ¿no? el poder como abrirme a otra metodología totalmente diferente de lo que yo conocía, que ni siquiera yo lo concebía como una metodología y poder aprender de eso. Y eso me sirvió, porque pude hacer después intervenciones de teatro . . . pude obtener ciertas cosas de ahí que me ayudaron a mejorar mi praxis, mi práctica, con la gente. (AG, 2024)

Estas interacciones que comentan tanto FC como AG, dialogan con enfoques que conciben la IC como un proceso colectivo donde los saberes se construyen en intercambio y donde la práctica se retroalimenta de perspectivas diversas (Freire, 1970; Montero, 2012).

Finalmente, en varios relatos surge una preocupación ética que atraviesa las relaciones con la comunidad. CT cuestiona prácticas de obtención de información con fines personales: *“tienden a . . . para mi libro, para mi investigación uso a la comunidad y eso es terrible. Hay que tener tantita ética profesional”*. FC, al respecto, plantea una ética de bilateralidad: *“la intervención comunitaria va en un cierto sentido, pues bilateral, donde nosotros ofrecemos, pero ellos también nos ofrecen a nosotros . . . los saberes y los conocimientos de las personas pues también son válidos y también son reconocibles”*. AG por su parte, enfatiza la necesidad de contextualizar las acciones o decisiones de las personas:

Hay gente que . . . tienen actitudes negativas hacia ciertas situaciones. Por ejemplo, mucha gente de las comunidades es muy machista . . . quiere generar como sus propios intereses y también eso me hace entrar en conflicto . . . Ya después entiendes que todos son razones del contexto . . . Y cuando entiendes por qué hacen las cosas, sueltas como tu ego, de tus conocimientos, anteriores, dices güey, pues por eso pasa esto, a lo mejor . . . no es algo que sea lo ideal, pero . . . lo trabajas de otra forma pues. (AG, 2024)

Estas posturas permiten observar cómo las representaciones sobre la intervención no se limitan a describir la práctica, sino que orientan modos de relación que buscan la horizontalidad, el respeto y la reciprocidad, elementos centrales en la IC (Montero, 2012; Fals-Borda, 1999).

Dimensión Cognitiva: Experiencias y conocimientos, Estrategias y herramientas utilizadas

La dimensión cognitiva de las representaciones no solo organiza información, sino que ofrece claves para comprender, valorar y actuar articulando creencias, aprendizajes y criterios prácticos que orientan la acción de los sujetos en contextos sociales específicos (Moscovici, 1979; Jodelet, 2023). Siguiendo a Jodelet (1986, 2000), las RS funcionan como guías prácticas para la acción que articulan información, creencias y experiencias previas que permiten comprender y dar sentido a la realidad social permitiendo adquirir marcos y actuar sobre ella. En este sentido, esta categoría no se reduce a un conjunto de conocimientos formales o técnicos, sino que se configura a través de la relación de experiencias, marcos interpretativos y ciertos criterios prácticos que permiten a los PIC comprender su quehacer y actuar en los escenarios bajo ciertas lógicas de actuación.

Bajo este entendimiento, esta categoría se analiza a partir de dos subcategorías: experiencias y conocimientos, y herramientas utilizadas, las cuales permiten explorar cómo los PIC elaboran y ponen en práctica el variado repertorio de saberes para orientar su quehacer.

Experiencias y conocimientos

En los relatos de las y los PIC, las experiencias acumuladas en el trabajo de campo y los conocimientos que utilizan para interpretar su práctica, aparecen profundamente vinculadas de manera dinámica y contextualizada. Desde la perspectiva de Jodelet (1986, 2020), estos saberes funcionan como marcos interpretativos que se actualizan en la relación con otros y en el diálogo con el contexto. Como señalan Moscovici (1979) y Araya (2002), el conocimiento no opera como un repertorio fijo, sino como una construcción social que orienta la acción y se reconfigura continuamente.

En este sentido, las narraciones muestran coincidencias importantes sobre cómo los PIC articulan conocimientos formales con saberes adquiridos en la práctica, dando lugar a una configuración cognitiva flexible y situada. Para AG, por

ejemplo, el eje del trabajo comunitario no solo se presenta en la técnica, sino en la postura ética que sostiene la intervención. Su énfasis en el compromiso, la pasión y la importancia de *“no caer en la indiferencia profesional”* sugiere un marco cognitivo atravesado por valores que guían las decisiones y que, desde las funciones de orientación descritas por Moscovici (1979), operan como criterios para leer las situaciones y decidir cómo actuar. SB enfatiza el aprendizaje situado y la importancia de *“estar con la comunidad”* para comprender su cotidianidad. FC integra su formación en psicología social con saberes adquiridos en campo, destacando la organización comunitaria como principio orientador: *“Si las personas se organizaran . . . otro mundo sería”*. Por su parte, CT articula un conocimiento profundamente politizado desde la educación popular y la defensa de derechos: *“la defensa de sus derechos viene desde el territorio”*.

Varios patrones atraviesan las narraciones: por un lado, se observa la presencia de saberes prácticos y situados, que incluyen una comprensión detallada de dinámicas comunitarias, la gestión con recursos mínimos, la adaptación a lo emergente o la construcción de vínculos horizontales;

Mientras estás trabajando temáticas un poquito más pesadas, ahí es donde realmente empiezas a ver otras ((remarca)) dinámicas de comportamiento, donde empieza a darte cuenta de cómo es la realidad en sí, o sea, cómo se trabaja en realidad. (AG, 2024)

Funciona bajo reglas que estamos construyendo cotidianamente entre ellos y yo, pero al final de cuentas creo que es un trabajo que pretende tener cierto nivel de horizontalidad. (SB, 2024)

Por otro lado, la integración de marcos teóricos y ético-políticos que orientan la práctica, ya sea desde la educación popular, la psicología comunitaria, psicología social crítica o la defensa de derechos, funcionando como anclajes cognitivos a partir de los cuales interpretan lo que ocurre en el territorio (Moscovici,

1979, Jodelet, 1986). En el caso de CT, la referencia a modelos históricos como el Padre Chinchanchoma o a autores como Amartya Sen en sus relatos, no proviene únicamente de su formación profesional actual, sino de una trayectoria de vida marcada por el contacto temprano con prácticas comunitarias y con referentes históricos de la educación popular en México.

Estas experiencias tempranas funcionan como anclaje primario que inscribe en su historia personal formas específicas de comprender la intervención (Jodelet, 2023). CT describe haber crecido acompañando a su padres, profesores normalistas que trabajaban en comunidades rurales y barrios populares, participando desde pequeña en actividades vinculadas con la metodología del Padre Chinchanchoma y los primeros educadores de calle: *“mientras ellos [sus padres] se organizaban con las familias, yo jugaba con los niños y las niñas de las zonas, aprendí muchas ((remarca)) cosas del barrio”* (CT, 2024). Estos encuentros tempranos parecieran materializarse hoy como un repertorio simbólico que orienta su ética de trabajo y su concepción del acompañamiento, mostrando cómo ciertos referentes, ya sean históricos, políticos y metodológicos, se objetivan en figuras, prácticas y recuerdos que continúan guiando su manera de ejercer la IC.

Por último, otro patrón presente en las narraciones es la incorporación de conocimientos comunitarios, donde el aprendizaje se da en ambas direcciones, del PIC hacia la comunidad y de la comunidad hacia el PIC. Esta relación bidireccional del conocimiento, resuena tanto con la perspectiva de las RS sobre la producción de significados a través del intercambio de información entre las personas del entorno (Farr, 1986; Jodelet, 2000), pero además, coincide con lo esencial de considerar las relaciones que se van configurando con las personas en los espacios de intervención, ya que es a través de éstas que se intercambian significaciones sobre la realidad, moldeándose y construyéndose mutuamente (Ruiz et al., 2012).

Estrategias y herramientas utilizadas en la práctica

En las narraciones de los PIC, las estrategias y herramientas empleadas en su quehacer comunitario aparecen como un conjunto de acciones donde se

articulas saberes situados, principios ético-políticos y metodologías aprendidas en distintos momentos de sus trayectorias. Aunque cada profesional opera desde contextos diversos, con estilos propios y algunos en escenarios institucionales, emergen tres patrones comunes que organizan una dimensión práctica de la intervención: uso de metodologías horizontales y lúdico-participativas; gestión situada y realista de los procesos, y movilización de recursos (humanos, afectivos y materiales).

Estas estrategias más que técnicas aisladas, funcionan como marcos simbólicos y prácticos que reflejan la postura ética de los PIC sobre cómo acompañar procesos colectivos. Desde una perspectiva procesual de las RS, estos marcos constituyen esquemas de acción que permiten a los profesionales interpretar las situaciones, decidir qué es posible y sostener la coherencia con su visión del trabajo comunitario (Jodelet, 1986; 2020a).

Metodologías horizontales, lúdicas y de participación activa. Los PIC coinciden en prácticas que rompen con modelos asistencialistas o verticales. Privilegian el estar con la comunidad, trabajar de la mano con las personas y generar experiencias significativas que promueven vínculos, creatividad y reflexión. Estas prácticas y metodologías se expresan en herramientas como actividades artísticas, talleres lúdicos, círculos de lectura, teatro comunitario, juegos, crianza positiva o grupos de reflexión orientados a la acción. En su totalidad, estas estrategias materializan la horizontalidad como principio ético y como modo de operar. En uno de los relatos de AG, se puede identificar esta idea:

Trabajamos muchas cosas de movilidad urbana con juegos, con distintos aprendizajes y eso era algo que también alivianaba un chingo, porque al final de cuentas creo que, aparte de que te ayuda como a conectar con el grupo y a conectar con la comunidad, o sea, a través como del juego y de estas primeras interacciones, también te ayuda a conectar a ti como interventor. (AG, 2024)

Gestión situada, realista y adaptativa. Otro tema común es la necesidad de gestionar más que implementar, es decir, reconocer las dinámicas del contexto, las características y herramientas disponibles de las personas, identificar necesidades emergentes, adaptar continuamente el diagnóstico y priorizar acciones posibles con los recursos disponibles. Esta gestión situada incluye la resolución práctica de problemas cotidianos, la mediación vecinal, resolución de conflictos, la permanencia en el territorio y la creación de condiciones mínimas para sostener el proceso. No se trata de técnicas aisladas, sino de una práctica racionalizada que orienta qué hacer, cuándo y con quién. Relatos de SB y FC, ejemplifica esta cuestión:

Es tratar de asumir que a lo mejor la comunidad te va a poner muchos peros, muchas dificultades y . . . tendrás que amoldarte también a las condiciones que la propia comunidad te ofrezca . . . que al final de cuentas la idea es que la comunidad se vaya haciendo cargo, o apropiándose de sus propios espacios que tiene. (SB, 2024)

Siempre en la intervención es trabajar con la emergente, ¿no?, porque siempre decimos que se presentan situaciones que no están en tu control, entonces pues tienes que ir como siendo flexible al momento de que estás en campo (FC, 2024).

Movilización de recursos comunitarios, materiales y afectivos. Finalmente, los PIC recurren a la construcción de redes orgánicas, la articulación con organizaciones, la recuperación de espacios y materiales y la generación de alianzas para sostener actividades. Estos recursos incluyen desde material reciclado hasta espacios culturales, donaciones, voluntariado joven o la venta de productos para financiar los proyectos. CT comparte: “y bueno, ¿cómo subsistimos? Pues con rifas . . . ¿Y quién nos la compra? Pues nuestros amigos y nuestras amigas, nada más”. En varios relatos, el recurso más importante no es el

material, sino el humano, con la búsqueda de enmarcar las relaciones con confianza, presencia, acompañamiento emocional dentro del equipo y la construcción de vínculos protectores con la comunidad: *“Y eso es muy, eso sí es muy satisfactorio. Estar creando esas redes de manera muy orgánica con otras personas que van y aportan. Sí, temporalmente, esporádicamente, pero sabemos que contamos con ellas y con ellos”* (CT, 2024).

Incidencia de las Representaciones Sociales en el quehacer comunitario de los Profesionales en Intervención Comunitaria

En esta categoría se exploran los modos en que las RS de los PIC sobre sí mismos, la comunidad, las instituciones y la propia intervención se encarnan en decisiones concretas estratégicas y formas de estar en el territorio. Desde la perspectiva procesual, las RS se entienden como sistemas de significados que orientan la acción, permiten tomar posición frente a los objetos sociales y funcionan como marcos prácticos para interpretar qué es posible y deseable hacer en cada contexto (Abric, 2001; Jodelet, 1986; Moscovici, 1979). En el marco de la IC, estas representaciones se entrelazan además con horizontes ético-políticos que atraviesan la práctica cotidiana (Montero, 2012; Sánchez-Vidal, 2007).

Un primer conjunto de incidencias se relaciona con la manera en que los PIC se representan su rol profesional y ético, lo que orienta tanto su implicación afectiva como sus decisiones metodológicas. En las narraciones aparece de manera reiterada una RS del trabajo comunitario asociada al compromiso, la pasión y la imposibilidad de permanecer en la “indiferencia profesional, AG, por ejemplo, vincula directamente su práctica con la capacidad de sentir y conmoverse ante las realidades que acompaña y señala que:

De qué sirve que yo venga aquí, si las mismas limitaciones de lo que pretendo hacer no me van a permitir conectar con alguien y a lo mejor no ponerme a llorar con él, pero yo creo que el poder sentir y el poder comprender desde un punto de vista, pos, pos humano pues, ah, y dejar

como de este lado, pues como esa indiferencia profesional, la quiero llamar así. (AG, 2024)

Su narrativa, parece vincular el compromiso con una postura explícitamente humana que rechaza el distanciamiento técnico y privilegia el sentido humano del involucramiento con la comunidad. De manera convergente, CT, parece organizar su quehacer como defensora de derechos humanos desde “*un sentido político de asumir la vida*”, y FC se posiciona como facilitadora antes que experta, remarcando en que “*no se llega a imponer, no se llega a decir yo soy el experto*”. Estas posiciones se pueden entender como expresiones de la función orientadora de las RS (Abric, 2001; Moscovici, 1979), en la medida en que definen qué prácticas se consideran legítimas, qué vínculos se privilegian y qué formas de intervención se descartan, articulando lo cognitivo con lo afectivo y lo valorativo (González-Rey & Mitjans, 2017; Gutiérrez, 2020).

Un segundo eje de incidencia se relaciona con la representación sobre la comunidad y las instituciones, que determinan tanto las imágenes de acción como las estrategias de afrontamiento. En varios relatos, la comunidad aparece marcada por la desconfianza y el asistencialismo. FC alude que la gente “*ya nada más está acostumbrada a recibir y pues ya no entra en esta parte de que también a ellos les compete el organizarse*”, mientras SB describe cómo la demanda central ante cualquier propuesta es “*¿Qué me vas a dar?*”. Estas RS, sostenidas por prácticas políticas previas, orientan la lectura de la participación como algo condicionado a recibir algo a cambio, lo que, en su experiencia, dificulta la apropiación de los procesos y obliga a los PIC a invertir tiempo en desmontar expectativas y sostener la presencia hasta que el vínculo se vuelve menos transaccional. Al mismo tiempo las instituciones son representadas como espacios que simulan intervenir, o lo hacen desde otras lógicas: midiendo por indicadores cuantificables, privilegiando el riesgo imaginado por sobre necesidades comunitarias.

CT reconoce que sus actividades están enmarcadas en “*un sistema que te está obligando a generar esta construcción . . de resultados . . . es un sistema que*

te mide, un sistema capitalista”, sin embargo, la lógica de su trabajo es otro: *“la educación popular es para todos y para todas y no es una educación academicista o de grados o mercantilistas [es] desde lo más humano, desde lo más interno”*. Y estas diferentes concepciones de entender y manejarse son *“diferentes maneras . . . de asumirnos en el mundo”*. Estas RS institucionales permean algunas veces en decisiones como *“vender”* lo comunitario para conseguir recursos, suplir fondos propios de la falta de recursos o, llegando al extremo, planteándose la posibilidad de retirarse, mostrando cómo las representaciones también cumplen una función justificadora y de afrontamiento frente a contextos adversos (Abric, 2001; Knapp et al., 2003).

Un tercer conjunto de incidencias remite a las RS sobre el cambio y los sujetos de la comunidad, que orientas los modos y objetivos del trabajo. Para FC, la organización comunitaria es *“clave esencial de todo”* con el fin último de que *“la propia comunidad pueda ser autogestora”* y *“autodeterminante”*, por otro lado CT sostiene que *“esa defensa de sus derechos viene desde el territorio”* y que llegar a los tribunales es señal de que *“ya fallamos acá abajo”*. En esa misma línea, la insistencia en el rescate de las infancias o en ofrecer a niñas y niños otras formas de realidad configura a la infancia como objeto privilegiado de la intervención y como lugar posible de transformación: *“¿Cómo lo puedes intentar cambiar? Bueno . . . con los niños, trabajando con ellos constantemente, reeducando. Ah, los niños siempre son los que llevan lo nuevo a la casa”* (AG). Estas representaciones expresan tanto ideas, como la elección de estrategias como la recuperación de espacios públicos, el trabajo sostenido con niñas y niños, la promoción de redes de mujeres o el acompañamiento de movimientos como madres buscadoras, en sintonía con las propuestas de la IC participativa y le educación popular que subraya la centralidad de la organización y la praxis colectiva (Fals-Borda, 1999; Freire, 1970; Montero, 2006a).

Por último, las narraciones dejan ver que las RS que guían el quehacer comunitario operan también como fuentes de tensión y desgaste. La representación de ciertos territorios como peligros, la normalización de la violencia

entre infancias o de la intervención como sacrificio personal, configura escenarios donde los PIC navegan entre la convicción de permanecer y la sensación de ponerse en riesgo. FC señala que *“la intervención comunitaria . . . pues te pone en riesgo, ¿no? Entonces . . . también pues te vulnera”* (FC), y SB, marcado por años de voluntariado, se mueve entre la disposición a poner de sus propios recursos cuando es necesario y la percepción de que *“la institución está ganando y yo no”*. Desde una mirada procesual de las RS, estas tensiones pueden entenderse como parte de los sentidos subjetivos que se van configurando en la trayectoria de los profesionales y que influyen en la manera en que se transita, ya sea que se continúe, se pause o se redefina la participación en los procesos comunitario (González-Rey, 2013; Mori & González-Rey, 2010).

Los relatos de los PIC sugieren que la incidencia de las RS en el quehacer comunitario de los profesionales se expresan en decisiones cotidianas sobre con quién trabajar, cómo nombrar lo que hacen, qué estrategias se consideran legítimas y qué batallas valen la pena sostener. Lejos de ser un trasfondo abstracto, las representaciones aparecen como formas de sentido que se actualizan en la práctica, se negocian frente a las condiciones institucionales y comunitarias, y se configuran al ritmo de las circunstancias, igualmente cambiantes, que acompañan la IC.

Al resumir las tres dimensiones analizadas (simbólica, actitudinal y cognitiva), junto con la incidencia de las RS en el quehacer comunitario, se observa que las experiencias narradas por los PIC configuran una red dinámica de significados, afectos y saberes situados que orientan su forma de estar y actuar en la comunidad. Cada dimensión aporta una mirada distinta de esa red, pero todas se entrelazan en la práctica diaria, donde los profesionales negocian sus sentidos, ajustan expectativas y redefinen continuamente su lugar en los procesos comunitarios.

Discusión y Conclusiones

El análisis de las narrativas de los y las PIC de la presente investigación ilustra la tensión constante entre la filosofía de la IC y las realidades históricas y

estructurales de México, donde las políticas sociales han reforzado dinámicas de pasividad y receptividad dentro de las comunidades a las que sirven. La IC, inspirada en la educación popular y la sociología crítica, prioriza la participación activa, las relaciones horizontales y el reconocimiento de la comunidad como protagonista (Sánchez-Vidal, 2020; Bermúdez, 2011; Montenegro, 2001; Montero, 2004, 2012). Sin embargo, los participantes describen una visión de la comunidad como acostumbrada a intervenciones acompañadas de beneficios o recompensas materiales. Esta perspectiva se considera un proceso de anclaje en el que la PIC interpreta la conducta de la comunidad a partir de marcos previos relacionados con prácticas clientelistas y asistenciales, históricamente asociadas a las políticas sociales estatales y reforzadas por las lógicas neoliberales en América Latina (Carballeda, 2023; M. Moreno & Molina, 2018; Sáenz, 2007).

Los antecedentes históricos muestran que en México, los programas sociales del siglo XX y principios del XXI se orientaron hacia modelos de eficiencia técnica y lógica de mercado (como PRONASOL o PROSPERA) con una orientación hacia el control político y la legitimación gubernamental en lugar de la lucha eficaz contra la desigualdad (Barajas, 2002; Lemus, 2021). Este contexto contribuyó al desarrollo de un marco simbólico en el que la intervención corresponde al intercambio de bienes o recompensas (Barajas, 2002; Carballeda, 2023; M. Moreno & Molina, 2018; Lemus, 2021; Sáenz, 2007). Las RS de los PIC de la comunidad como sobreintervenida y que enfrentan una resistencia significativa debido a la desconfianza o el cansancio, son un elemento clave de la Dimensión Simbólica que, como sugiere la literatura, puede inhibir la acción colectiva y la colaboración (Vecina-Merchante, 2016).

Sin embargo, esta perspectiva se complica por el hecho de que se reconoce a la comunidad como un actor con sus propios recursos, y que la falta de participación suele ser consecuencia directa de las condiciones estructurales de precariedad, violencia y explotación sistemática que enfrentan. Este reconocimiento concuerda con la necesidad, planteada anteriormente, de considerar el trabajo comunitario desde una praxis crítica y situada que reconozca

los desafíos que enfrentan las comunidades oprimidas (Sánchez-Vidal, 2020; Bermúdez, 2011; Montenegro, 2001; Montero, 2004, 2012).

La articulación entre la Dimensión Simbólica y la Dimensión Actitudinal en las RS de los profesionales de la IC revela mecanismos de afrontamiento ante los desafíos institucionales y estructurales. Estos profesionales desarrollan sus identidades y prácticas como posturas éticas y políticas, más que como ejercicios técnicos. Un posicionamiento clave es el desplazamiento del término "*intervención*" hacia "*acompañamiento*". Este simbolismo no es accidental, más bien, refleja una postura coherente con los marcos discursivos característicos de la acción comunitaria latinoamericana (Educación Popular, Freire, Montero) (Fals-Borda, 1999; Freire, 1970; Montero, 2004, 2006b). Nombrar el proceso como "*acompañamiento*", "*ir de la mano*" o "*estar presente con*", indica una búsqueda de relaciones horizontales, coherente con una perspectiva de acción comunitaria que concibe al agente externo como un facilitador o catalizador, más que como un director (Sánchez-Vidal, 2020; Montenegro, 2001; Montero, 2006a, 2012).

La Dimensión Actitudinal muestra que las motivaciones (compromiso, vocación, pasión, disfrute) funcionan como anclajes afectivos que permiten a los PIC sostener sus prácticas a pesar del agotamiento, la frustración con las limitaciones institucionales y el impacto de la violencia en sus comunidades (Abric, 2001; Gutiérrez, 2020). El rechazo a la indiferencia profesional y la aceptación del riesgo personal y profesional constituyen una forma de resistencia que, de acuerdo con Campillay-Araya, Clavijo y Di Masso (2023) reivindica el sentido social del trabajo y la lógica neoliberal que prioriza la eficiencia burocrática sobre la calidad relacional.

La Dimensión Cognitiva (experiencias, conocimientos, estrategias) se manifiesta en la praxis de los PIC guiado por la función orientadora de las RS (Abric, 2001; Knapp et al., 2003; Perera, 2003). El conocimiento formal (psicología social, derecho, educación popular) se articula a través de habilidades de práctica situada.

La incidencia de estas RS se refleja a través de decisiones clave:

- Priorizar metodologías horizontales y participativas: Se enfatizan técnicas como diagnóstico participativo, marchas exploratorias y talleres comunitarios para evitar imponer necesidades usando herramientas lúdicas y artísticas para la construcción colaborativa.
- Definir la acción con responsabilidad: Los PIC definen explícitamente sus límites, canalizando lo que no pueden abordar (terapia, por ejemplo) hacia una alta responsabilidad en sus prácticas.
- Centralidad en la autogestión y organización: La RS del cambio se centra en la capacidad de la comunidad para ser autodeterminante y en la importancia de la organización como clave esencial para la transformación social de las comunidades.

Esta orientación hacia la autogestión y la búsqueda de redes de apoyo contrasta directamente con la lógica institucional que exige resultados rápidos y cuantificables. En síntesis, las RS de PIC que construyen sobre a la IC y sus prácticas, funciona como marco de significado que traduce los ideales teóricos de la IC (participación, horizontalidad, transformación) en acciones concretas (acompañamiento, autogestión, rechazo a la indiferencia) que buscan contrarrestar los efectos históricos de la dependencia institucional así como los problemas estructurales e institucionales, conformando así una forma dinámica e institucional de subjetividad profesional comprometida.

Los hallazgos revelan fuertes convergencias en las dinámicas estructurales de la intervención en América Latina y divergencias cruciales en las manifestaciones de resistencia y afrontamiento profesional. Por un lado, los resultados indican que la percepción de los PIC sobre la comunidad está fuertemente arraigada a la expectativa que tienen sobre recibir beneficios o recompensas materiales muy “*acostumbradas*” a estas prácticas. Esta perspectiva surge de una historia de programas sociales que han operado bajo lógicas asistencialistas y clientelares en México y América Latina (Lemus, 2021; Mussot, 2018; Berroeta et al., 2019; Carballeda, 2023; Montero, 2012; Saavedra, 2023)..

También existe convergencia con estudios previos que identifican la tensión entre los enfoques participativos y las políticas públicas asistenciales como fuente de frustración para los equipos de trabajo. El estudio de T. Castillo et al. (2023) señala que el alcance de la transformación social resultante de la práctica profesional se ve dificultado en diversos grados por el Estado, las políticas públicas, las ONG y los movimientos sociales en los que trabajan los profesionales. Este desafío es precisamente la raíz de la frustración observada en los PIC de esta investigación, que señalan que las políticas asistenciales y lógicas institucionales frecuentemente entran en conflicto con la búsqueda de los objetivos de autogestión y participación comunitaria que plantea el enfoque comunitario (Montero, 2012, Sánchez-Vidal, 2020).

Por otro lado, si bien los PIC de este estudio enfrentaron resistencia y desconfianza por parte las comunidades, no se les atribuye razones individuales, sino que perciben la resistencia de las personas como consecuencia de la intervención excesiva en contextos vulnerables y causas estructurales lo que contrasta con los hallazgos de Campillay-Araya, Di Masso y Muñoz-Arce (2023). En la revisión sistemática chilena, se indica que las percepciones profesionales de la intervención están condicionadas por una racionalidad interventora que tiende a atribuir problemas individuales y características negativas a los usuarios que no colaboran en la intervención, identificada como usuarios en falta.

Sin embargo, se encuentran coincidencias en este mismo estudio de Campillay-Araya, Di Masso y Muñoz-Arce (2023); los autores mencionan también que las perspectivas profesionales sobre la intervención en Chile se articulan en temas analíticos como el marco contraproducente, que se refiere a los efectos dañinos de la racionalidad neoliberal y la nueva gestión pública en las políticas sociales. Este marco estructural se caracteriza por priorizar la eficiencia cuantificable en el cumplimiento de las normas administrativas, más que en la solución de problemas sociales. Además, identifican tensiones amenazantes que repercuten negativamente en la experiencia de los profesionales, lo que converge

con la frustración y el desgaste emocional que enfrentan los PIC de este estudio ante las limitaciones institucionales.

De manera similar, la percepción de una comunidad acostumbrada a recibir bienes locales concuerda con el hallazgo de Vecina-Merchante (2016) referente a que la RS puede obstaculizar la acción colectiva, ya que la RS de la intervención como intercambio, dificulta el desarrollo de la autogestión y la apropiación. Vecina-Merchante (2016) argumenta que esto se debe a que los diferentes miembros de la comunidad (incluidos comunidades y profesionales) configuran sus propios discursos en referencia a su rol y del resto de los miembros, esta discrepancia discursiva o falta de comunicación adecuada puede constituir una barrera para la configuración y la cohesión del capital social. La dificultad que observan los PIC en las comunidades donde se espera una recompensa material (como el camión lleno de pelotas como regalo de campaña) se basa en prácticas asistenciales previas que han contribuido a la construcción de un marco simbólico, lo que dificulta la apropiación autónoma de los procesos comunitarios.

El concepto hacer sentido, central en el estudio de Campillay-Araya, Clavijo y Di Masso (2023) en Chile, se articula profundamente con la dimensión actitudinal y simbólica de los PIC. Esta idea implica que la intervención debe ser significativa y motivadora para los usuarios, a la vez que permite a los profesionales lidiar mejor con los obstáculos y dilemas que enfrentan en el contexto de la racionalidad neoliberal. Esto converge con este estudio donde los PIC buscan el sentido humano del involucramiento con la comunidad, rechazando explícitamente la indiferencia profesional y la redefinición de la intervención como acompañamiento que elaboran aquí los participantes, un concepto que exige cercanía, territorialidad y un enfoque situado, en lugar de una intervención vertical.

Asimismo, se establece una convergencia crucial en la dimensión simbólica y práctica al contrastar los hallazgos de esta investigación con los de Guzmán et al. (2025) sobre las Representaciones Sociales del Desarrollo (RSD) en Perú. Ambas investigaciones confirman que la divergencia en las concepciones que los actores (profesionales/implementadores y usuarios/comunidad) tienen sobre el

objetivo del proyecto social es una fuente fundamental de tensión. En el contexto mexicano, las RS que los PIC tienen sobre la comunidad, influenciadas un contexto de prácticas asistenciales hace interpretar la intervención como un intercambio de bienes o recompensas, una expectativa que se convierte en un obstáculo para la autonomía que persiguen los procesos comunitarios. Esta barrera se asemeja al desafío identificado en Perú, donde las RSD están polarizadas: por un lado, los usuarios priorizan una visión centrada en la subsistencia y la igualdad, mientras que los implementadores se adhieren a una visión más estructural e idealista que enfatiza la sostenibilidad. Por tanto, la principal aportación de esta comparación radica en que diferentes concepciones del desarrollo o de la intervención plantean desafíos teóricos, metodológicos y sociopolíticos para la gestión de proyectos.

En términos de estrategias y cognición, los PIC articulan su conocimiento formal a través del conocimiento práctico y situado. La implementación de enfoques comunitarios se centra en priorizar el diagnóstico participativo sobre la implementación del proyecto, y en un enfoque centralizado de organización comunitaria para la autogestión. Este hallazgo se vincula con T. Castillo et al. (2023), quienes concluyeron que en México, la intervención tiende a basarse en procesos locales y a nivel micro, a diferencia de la motivación política e ideológica predominante en otros países latinoamericanos. A pesar de este alcance a nivel micro, los PIC de este estudio utilizan metodologías flexibles y creativas (juego, arte, cultura), un patrón consistente con los hallazgos de T. Castillo et al. (2023).

Igualmente, el estudio comparativo de T. Castillo et al. (2023) argumenta que la complejidad de los problemas abordados desafía los límites e identidades profesionales y exige la transdisciplinariedad. Esta idea fundamental sobre la necesidad estructural de colaboración se refleja en los hallazgos de este estudio, donde la multidisciplinariedad se considera un elemento esencial para el rol de los PIC. Las narraciones señalan que esta apertura permitió la participación de una amplia gama diferentes profesiones (abogados, filósofos, psicólogos, nutricionistas), y que todos contribuyeron con saberes y prácticas propias. Este

enfoque trasciende la coexistencia de disciplinas y se traduce en una reconfiguración activa de la praxis, adoptando metodologías nuevas que propongan acciones complementarias. Así, lo que T. Castillo et al. (2023) identifican como un llamado regional a la transdisciplinariedad debido a los límites profesionales, los PIC de este estudio lo articulan como un principio activo que permite la construcción de conocimiento mediante el intercambio y la retroalimentación de la práctica desde diversas perspectivas.

A partir de los hallazgos y el contraste con la literatura presentada, este estudio ofrece una aproximación a cómo las RS parece incidir en el quehacer comunitario de los PIIC, mostrando que sus prácticas se configuran en la intersección entre marcos simbólico, afectivos y cognitivos y las condiciones estructurales que atraviesan los contextos con los que trabajan. Los resultados permiten visibilizar proceso, tensiones y sentidos que orientan la acción comunitaria cotidiana, revelando una praxis comunitaria marcada por la búsqueda de horizontalidad, acompañamiento y autogestión. El aporte principal de esta investigación radica en abrir un campo de comprensión sobre la manera en que las RS funcionan como organizadoras de las experiencias y como guías prácticas de acción, lo que contribuye a ampliar la mirada sobre la IC en México y ofrece elementos para continuar reflexionando sobre la formación, el diseño de estrategias y los desafíos ético-políticos del trabajo comunitario. Además, esta aproximación pretende evidenciar el potencial de articular teorías orientadas al estudio del pensamiento social y subjetividad, como la TRS con el campo de intervención, al revelar cómo los significados que circulan en la práctica marcan formas de actuar, posicionarse y relacionarse en los territorios. Con ello, el estudio busca aportar a una línea de reflexión que entiende la IC como un proceso en el que deben reconocerse saberes técnicos, científicos, pero también populares, donde se cuestionen ideologías naturales y se abran posibilidades para la formulación de nuevas necesidades e identidades.

Al centrarse en las experiencias de los profesionales, un enfoque que se nota poco explorado, la investigación ofrece elementos para comprender cómo

estos actores traducen principios de participación, horizontalidad y acompañamiento en acciones contextualizadas que responden a los desafíos contemporáneos de la intervención en México. Más que conclusiones definitivas, esta aproximación busca abrir un campo de comprensión que pueda ampliarse en investigaciones futuras, incluyendo la perspectiva de otros actores comunitarios y favoreciendo a un dialogo más amplio entre teoría, práctica y transformación social.

Referencias

- Abric, J. C. (2001). *Prácticas Sociales y Representaciones*. Ediciones Coyoacán.
https://www.academia.edu/4035650/ABRIC_Jean_Claude_org_Practicas_Sociales_y_Representaciones
- Álvarez, J. (2004). El contexto social y teórica del surgimiento de la teoría de las representaciones sociales. En E. Romero (Ed), *Representaciones Sociales. Atisbos y cavilaciones del devenir de cuatro décadas*, (pp. 29-53). Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Arango, C. (2009). La convivencia en los escenarios de la intervención psicosocial comunitaria. En G. Musitu, S. Buelga, A. Vera, M. E. Ávila, C. Arango (Comps). *PSICOLOGÍA SOCIAL COMUNITARIA*. (pp. 126-140). Trillas.
- Araya, S. (2002). *Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)*
https://www.flacso.ac.cr/images/cuadernos/ccs_127.pdf
- Ávila M. E. & Vera, A. (2009). Surgimiento y desarrollo de la educación popular. En G. Musitu, S. Buelga, A. Vera, M. E. Ávila, C. Arango (Comps). *PSICOLOGÍA SOCIAL COMUNITARIA*. (pp. 93-110). Trillas.
- Banch, M. A. (2000). Aproximaciones Procesuales y Estructurales al estudio de las Representaciones Sociales. *Papers on Social Representations*, 9, 1-15.
http://www.psr.jku.at/PSR2000/9_3Banch.pdf
- Berger, P. L. & Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. (S. Zuleta, Trad., reimpresión 2003). Amorrortu.

- Bermúdez, C. (2011). Intervención social desde el Trabajo Social: un campo de fuerzas en pugna. *PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e intervención social*, (16), 83-101. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5857496>
- Berroeta, H., Reyes, M. I., Olivares, B., Winkler, M. I., & Prilleltensky, I. (2019). Psicología comunitaria, programas sociales y neoliberalismo: La experiencia chilena. *Revista Interamericana De Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 53(2), 281–297. <https://doi.org/10.30849/rip/ijp.v53i2.1050>
- Blanco, A. & Valera, S. (2007). Los fundamentos de la intervención psicosocial. En A. Blanco & J. Rodríguez-Marín (Eds.), *Intervención Psicosocial* (pp. 3-44). Pearson Educación.
- Campillay-Araya, M. A. & Di Masso, A. (2023). Interventores/as psicosociales en Chile. Neoliberalismo, subjetividades incómodas y posicionamientos inestables. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 23(3), e3375. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.3375>
- Campillay-Araya, M. A., Clavijo, C. & Di Masso, A. (2023). Hacer sentido: Prácticas narrativas en la intervención psicosocial con infancia vulnerada en Chile, desde la perspectiva de profesionales. *Revista sobre la infancia y la adolescencia*, 24, 35-54. <https://doi.org/10.4995/reinad.2023.17052>
- Campillay-Araya, M. A., Di Masso, A. & Muñoz-Arce, G. (2023). Perspectivas profesionales sobre la intervención psicosocial en Chile. Una revisión sistemática de estudios cualitativos. *Revista de Estudios Sociales*, (85), 115-135. <https://doi.org/10.7440/res85.2023.07>

- Cannell Ch. & Khan, R. (1972). La Reunión de datos mediante entrevistas. En L. Festinger & D. Katz (Comps), *Los métodos de investigación en las ciencias sociales* (pp. 310-352). Paidós.
- Carballeda, A. (2011). La intervención en lo social como dispositivo. Una mirada desde los escenarios actuales. *Trabajo Social UNAM*, (01), 46-59.
<https://doi.org/10.22201/ents.20075987p.2010.01.23881>
- Carballeda, A. (2023). *La Intervención en lo Social: exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Editorial Margen.
https://www.margen.org/epub/Intervencion_losocial.pdf
- Carballeda, A. (2025). La intervención en lo social como dispositivo. Una mirada desde los escenarios actuales. *Trabajo Social UNAM*, 36 II, 27–37.
<https://www.revistas.unam.mx/index.php/ents/article/view/92934>
- Carpio, A. & Mendoza, J. (2018). *Pensamiento Social: historia de las mentalidades, memoria colectiva y representaciones sociales*. UPN
- Castillo, J. & Winkler, M., I. (2010). Praxis y Ética en Psicología Comunitaria: Representaciones Sociales de Usuarías y Usuarios de Programas Comunitarios en la Región Metropolitana. *Psykhe*, 19(1), 31-46.
<https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22282010000100003>
- Castillo, T., Lenta, M., Pierri, L., Rigueiral, G., & Rodríguez-Ferreyra, A. (2023). Lo que insiste, lo que cambia, lo que emerge en el quehacer en Psicología Comunitaria: Los casos de Argentina, México y Uruguay. *Revista Liminales. Escritos Sobre Psicología y Sociedad*, 12(24), 169-198.
<https://doi.org/10.54255/lim.vol12.num24.731>

- Castorina, J. A. & Kaplan, C. (2003). Las Representaciones Sociales: Problemas Teóricos y Desafíos Educativos. En J. Castorina (Comp.) *Representaciones sociales: Problemas teóricos y conocimientos infantiles*. (pp. 9-27). Gedisa.
- Castorina, J. A. (2016). La significación de la teoría de las representaciones sociales para la psicología. *Perspectivas en Psicología*, 13(1), 1-10.
<http://200.0.183.216/revista/index.php/pep/article/view/245>
- Castro, D. M. (2012). La psicología como una práctica social comunitaria y su lugar en la construcción colectiva. *Revista Pensando Psicología*, 8(14), 142-152.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de desarrollo Social (CONEVAL). (2023). *Documento de análisis sobre la medición multidimensional de la pobreza*, 2022.
https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Documents/MMP_2022/Documento_de_analisis_sobre_la_medicion_multidimensional_de_la_pobreza_2022.pdf
- Corvalán, J. (1996). *Los paradigmas de lo social y las concepciones de la Intervención en la Sociedad*. CIDE.
https://www.academia.edu/38920512/Los_paradigmas_de_lo_social_y_las_concepciones_de_intervencion_en_la_sociedad_No_4_1996
- Costa, J., Souza, Ch., Vieira, A., De Lima, S., Palmarella, V. & Alves, A. (2022). Dimensión práctica de las Representaciones Sociales de los agentes de salud comunitaria sobre la violencia doméstica contra la mujer. *Enfermería Global*, 3(68), 216-229. <https://doi.org/10.6018/eglobal.503591>
- Cruz, F. (2006). *Género, Psicología y Desarrollo Rural: la construcción de nuevas identidades para las mujeres en el medio rural*. Ministerio de Agricultura, Pesca

y

Alimentación.

https://www.mapa.gob.es/ministerio/pags/biblioteca/fondo/pdf/87506_all.pdf

Cuevas, Y. (2016). Recomendaciones para el estudio de representaciones sociales en investigación educativa. *Cultura y representaciones sociales*, 11(21), 109-140. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102016000200109&lng=es&tlng=es

Daher, M., Jaramillo, A. & Rosati, A. (2018). Agentes de Intervención en programas psicosociales: Tipos de apoyo y efectos según nivel de vulnerabilidad. *Psicoperspectivas*, 17(1). <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol17-issue1-fulltext-996>

Di Iorio, J. (2023). Entre el conocimiento y la acción: investigar-intervenir con-sobre representaciones sociales. En J. Juárez-Romero, M. F. Flores-Palacios & S. Gutiérrez (Coords.), *Pensamiento y representaciones sociales en América Latina ante el COVID-19* (pp. 141-168). Gedisa. <https://librosceesh.izt.uam.mx/index.php/libros/catalog/view/555/27/116>

Di Iorio, J., Seidmann, S., Rigueiral, G. & Gueglio-Saccone, C. (2018). *Investigaciones sobre representaciones sociales desde una perspectiva procesual: articulaciones entre la investigación y la intervención psicosocial. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-122/90>

Durkheim, E. (2000). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Alianza

- Echeverri, M. & Sánchez, A. L. (2020). La Universidad gestora de procesos de desarrollo local y fortalecimiento de redes: la experiencia de una intervención comunitaria en Cali Colombia. *El Ágora USB*, 20(2), 172-189. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1657-80312020000200172
- Fals-Borda, O. (1999). Orígenes universales y retos actuales de la IAP. *Análisis político*, (38), 73-90. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/79283>
- Farr, R. (1986). Las representaciones Sociales. En S. Moscovici. (Coord.), *Psicología Social II: Pensamiento y Vida Social* (Vol. II, pp. 495-505). Paidós.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Tierra Nueva.
- Freire, P. (2004). *Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa*. Paz e Terra. <https://redclade.org/wp-content/uploads/Pedagogía-de-la-Autonomía.pdf>
- Galindo, A. (2022). La planeación de la política social en México, 2019-2024. *Carta económica regional*, 34(129), 123–143. <https://doi.org/10.32870/cer.v0i129.7823>
- Glaser B. & Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for the Qualitative Research*. Aldine Publishing Company.
- González, A. & Jaraíz, G. (2013). La Intervención Social. Una mirada desde esquemas de complejidad. En E. Ruiz y J. Solana. (Eds), *Complejidad y Ciencias Sociales* (pp. 263-293). Universidad Internacional de Andalucía. https://dspace.unia.es/bitstream/handle/10334/3620/2013_complejidad_978-84-7993-231-2.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- González, A. (2012). *Sujetos en la Intervención Social*. [Tesis doctoral, Universidad Pablo Olavide de Sevilla]
https://rio.upo.es/xmlui/bitstream/handle/10433/562/Auxiliadora_Gonzalez_tesis.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- González-Rey, F. & Mitjans, M. (2017). El desarrollo de la subjetividad: una alternativa frente a las teorías del desarrollo psíquico. *Papeles de Trabajo sobre Cultura, Educación y Desarrollo Humano*, 13(2), 3-20.
http://psicologia.udg.edu/PTCEDH/menu_articulos.asp
- González-Rey, F. (2008). Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 4(2), 225-243.
<https://pepsic.bvsalud.org/pdf/diver/v4n2/v4n2a02.pdf>
- González-Rey, F. (2013). La subjetividad en una perspectiva cultural-histórica: avanzando sobre un legado inconcluso. *Revista CS*, (11), 19-42.
http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S2011-03242013000100002&script=sci_abstract&tlng=es
- González-Vega, A., Molina, R., López, A. & López, G. (2022). The qualitative interview as a research technique in the study of organizations. *New Trends in Qualitative Research*, 14, e571. <https://doi.org/10.36367/ntqr.14.2022.e571>
- Grondona-Opazo, G. & Rodríguez-Mancilla, M. (2020). Dimensión Ética y Política en la Psicología Comunitaria: Análisis de la Formación Académica y la Praxis Profesional en Ecuador. *Psykhē*, 29(1), 1-17.
<https://dx.doi.org/10.7764/psykhe.29.1.1224>
- Gutiérrez, S. (2020). El componente afectivo de las representaciones sociales. *Cultura y representaciones sociales*, 15(29), 123-151.

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102020000200123&lng=es&tlng=es

Guzmán, A., Alonzo, M., Llanco, C., & Vásquez, F. (2025). Social representations of development among users and implementers of a housing project in rural Peru. *Psicoperspectivas*, 24(3). <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol24-issue3-fulltext-3451>

Hernández, G., Aparicio, R. & Mancini, F. (2018). *Pobreza y derechos sociales en México*. Consejo Nacional de Evaluación de la Política de desarrollo Social (CONEVAL).
<https://www.coneval.org.mx/InformesPublicaciones/InformesPublicaciones/Documents/Pobreza-derechos-sociales.pdf>

Ibáñez, T. (2003). *Psicología social construccionista*. Universidad de Guadalajara.

Íñiguez-Rueda, L. (2022). Sobre ser colaboradores no invasivos en escenarios de conflicto social. *Revista Da Universidade Federal De Minas Gerais*, 29(1), 113-137. <https://doi.org/10.35699/2316-770X.2022.41648>

Ito, M. & Vargas, B. (2005). *Investigación cualitativa para psicólogos. De la idea al reporte*. Porrúa.

Jiménez-Rodríguez, B. (2004). La Psicología Social Comunitaria En América Latina Como Psicología Social Crítica. *Revista de Psicología*, 13(1), 133-142.
<https://revistas.uchile.cl/index.php/RDP/article/view/17492>

Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici. (Coord.), *Psicología Social II: Pensamiento y Vida Social* (Vol. II, pp. 469-494). Paidós.

- Jodelet, D. (2000). Representaciones sociales: contribución a un saber sociocultural sin fronteras. En D. Jodelet & Guerrero T.A. (Eds.), *Develando la cultura. Estudios en representaciones sociales* (pp. 7-30).
- Jodelet, D. (2003). Aperçus sur es méthodologies qualitatives. En S. Moscovici & F, Buschini (Coords), *Les méthodes des sciences humaines* (pp.139-168). Press Universitaires de France.
- Jodelet, D. (2007). Imbricaciones entre representaciones sociales e intervención. En T. Rodríguez & M. García (Eds.), *Representaciones sociales: Teoría e investigación*. Universidad de Guadalajara.
- Jodelet, D. (2012). Social representations study and interlocution between knowledges in a globalized space. En R. Permanadeli, D. Jodelet, T. Sugiman (Eds.), *Alternative production of knowledge and social representations*. (55-72). Graduate Program Of European Studies.
- Jodelet, D. (2015). *Représentations sociales et mondes de vie*. Les Éditions des Archives contemporaines.
- Jodelet, D. (2018). Ciencias sociales y representaciones: Estudio de los fenómenos representativos y de los procesos sociales. De lo local a lo global. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 8(2), e041. <https://doi.org/10.24215/18537863e041>
- Jodelet, D. (2020a). Sobre el espíritu del tiempo y las Representaciones Sociales. *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, 15(29). 19-36. <https://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/816>
- Jodelet, D. (2020b). Las representaciones sociales: Un recurso para indagar la complejidad psicosocial: el caso de la vejez, *Red Sociales, Revista del*

departamento de Ciencias Sociales, 7(1), 64-756.

<https://ri.unlu.edu.ar/xmlui/bitstream/handle/rediunlu/1775/5.-Las-representaciones-sociales.-Un-recurso-para-indagar-la-complejidad-psicosocial.-El-caso-de-la-Vejez..pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Jodelet, D. (2023). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. *Cultura Y Representaciones Sociales*, 3(5), 32-63.

<https://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/535>

Knapp, E., Suárez, M. & Mesa, M. (2003). Aspectos teóricos y epistemológicos de la categoría representación social. *Revista cubana de psicología*, 20(1), 23-34.

<https://pepsic.bvsalud.org/pdf/rcp/v20n1/03.pdf>

Krause, M. (1999). Representaciones y Psicología Comunitaria. *Psykhé*, 8(1), 41-47.

<https://ojs.uc.cl/index.php/psykhe/article/view/21067>

Krippendorff, K. (1990). *Metodología de análisis de contenido. Teoría y práctica*. Paidós.

Kvale, S. (2008). *Las entrevistas en Investigación Cualitativa*. Morata.

Lázaro, R. (2021). Entrevistas semiestructuradas, semi-estructuradas y libres. Análisis de contenido. En J. M Tejero (Ed), *Técnicas de investigación Cualitativa en los ámbitos Sanitario y sociosanitario* (pp.65-84). Universidad de Castilla-La Mancha.

<https://ruidera.uclm.es/server/api/core/bitstreams/dfd77886-6075-453a-b7cc-731232b56e77/content>

Liloff, G. A. & Torres, C. M. (2023). Cronología argentina de la Teoría de las Representaciones Sociales: Una mirada desde el pasado hasta la actualidad. En M. Ortega & A. Novaes (Eds). *Recuentros Históricos de la Teoría de las*

- Representaciones Sociales en América Latina* (pp. 231-278). Fundação Carlos Chagas. <https://dx.doi.org/10.18222/fcc-992085-17-1>
- Lo Monaco, G., Piermattéo, A., Rateau, P. y Tavani, J. L. (2016). Methods for Studying the Structure of Social Representations: A Critical Review and Agenda for Future Research. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 47(3), 306-331. <https://doi.org/10.1111/jtsb.12124>.
- Lynch, G. (2020). La investigación de las Representaciones Sociales: enfoques teóricos e implicaciones metodológicas. *Red Sociales. Revista Electrónica del Departamento de Ciencias Sociales*, 07(1), 102-118. <http://ri.unlu.edu.ar/xmlui/handle/rediunlu/1778>
- Manrique, A. (2022). Teoría de las representaciones sociales: Una revisión de la literatura. *Revista de Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 26(1), 119-151. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8594375>
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la Liberación*. Trota
- Martínez-Abajo, J., Bravo, F. & Pérez, S. (2021). Psicología social comunitaria y ApS. Creando puentes a partir de una experiencia universitaria interdisciplinar. *Estudios pedagógicos (Valdivia)*, 47(4), 127-147. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-07052021000400127>
- Martínez-Guzmán, A. (2014). Cambiar metáforas en la psicología social de la acción pública: De intervenir a involucrarse. *Athenea Digital, Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 14(1), 3-28. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v14n1.793>

- Martinic, S. (2024). Conversaciones y transacciones en la intervención social. *Sur y Tiempo: Revista de Historia de América*, 5(9), 77-98.
<http://doi.org/10.22370/syt.2024.9.4230>
- Maya, I. (2004). Sentido de comunidad y potenciación comunitaria. *Apuntes De Psicología*, 22(2), 187-211. <https://doi.org/10.55414/ap.v22i2.50>
- Mayan, M. J. (2001). *Una Introducción a los Métodos Cualitativos*. (C. A. Cisneros, Trad.) Qual Institute Press. <https://sites.ualberta.ca/~iiqm/pdfs/introduccion.pdf>
- Mendoza de Carmona, Y. (2019). Fenomenología y hermenéutica: perspectivas epistemológicas para la producción interpretativa-comprensiva de conocimiento gerencial. *Sapienza Organizacional*, 6(12), 76-107.
<https://www.redalyc.org/journal/5530/553066097006/html/>
- Meneses, J. & Rodríguez-Gómez, D. (2016). El cuestionario. La entrevista. En S. Fábregues, J. Meneses, D. Rodríguez-Gómez & M. Paré (Coords.), *Técnicas de investigación social y educativa*. (17-158). UOC Publishing.
http://femrecerca.cat/meneses/files/tecnicas_de_investigacion_social_y_educativa_2016.pdf
- Mijangos, K., Vázquez, N. & Torres, T. (2021). Epistemología y metodología de las representaciones sociales para estudios sobre salud y enfermedad. *Antropología Experimental*, (20), 181-198. <https://doi.org/10.17561/rae.v20.13>
- Montaño-Cárdenas, J. A. (2021). Experiencia de intervención social en hogares comunitarios integrales del barrio Alfonso Bonilla Aragón, Cali - Colombia. *Prospectiva. Revista De Trabajo Social E Intervención Social*, 31, 315-344.
<https://doi.org/10.25100/prts.v0i31.10556>

- Montenegro, M. (2001). Conocimientos, Agentes y Articulaciones. Una mirada situada a la Intervención Social. *Athenea Digital. Revista De Pensamiento E Investigación Social*, 1. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.17>
- Montero, M. (1984). La psicología comunitaria: orígenes, principios y fundamentos teóricos. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 16(3), 387-400. <https://www.redalyc.org/pdf/805/80516303.pdf>
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Paidós
- Montero, M. (2006a). *Hacer para transformar: el método en la psicología comunitaria*. Paidós
- Montero, M. (2006b). Relaciones entre psicología social comunitaria, psicología crítica y psicología de la liberación: Una respuesta Latinoamericana. *Psykhe*, 13(2), 17-29. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22282004000200002>
- Montero, M. (2012). El concepto de Intervención social desde una perspectiva Psicológico-comunitaria. *Revista MEC-EDUPAZ*, 1(1), 54-76. <http://mec-edupaz.unam.mx/index.php/mecedupaz/article/view/30702/28480>
- Morales, J. (2020). Rol del psicólogo en el contexto comunitario: aportaciones teórico-metodológicas para la generación de procesos de intervención efectivos. *Revista GICOS*, 5(3), 115-129. <http://portal.amelica.org/ameli/journal/351/3511475007/>
- Morales-Carrero, J. (2020). El rol del orientador como agente dinamizador del escenario educativo y social. *Revista Innovaciones Educativas*, 22(32), 184-198. <https://dx.doi.org/10.22458/ie.v22i32.2903>

- Moreno, A. (2008). Más allá de la intervención. En B. Jiménez-Domínguez (Comp.), *Subjetividad, participación e intervención comunitaria* (pp. 85-105). Paidós
- Moreno, M. & Molina, N. (2018). La Intervención Social como Objeto de Estudio: Discursos, prácticas, problematizaciones y propuestas. *Revista de pensamiento e Investigación Social*, 18(3)
<https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2055>
- Mori, V. D. & González-Rey, F. (2010). Las representaciones sociales como proceso subjetivo: un estudio de caso de hipertensión. *Revista CS*, (5), 221-240.
<https://www.redalyc.org/pdf/4763/476348368008.pdf>
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Editorial Huemul.
<https://taniars.wordpress.com/wp-content/uploads/2008/02/moscovici-el-psicoanalisis-su-imagen-y-su-publico.pdf>
- Moscovici, S. (1984). The Myth of the Lonely Paradigm: A Rejoinder. *Social Research*, 51(4), 939–967. <http://www.jstor.org/stable/40970972>
- Moscovici, S. (1994). Las representaciones sociales y la comunicación pragmática. *Social Science Information*, 33(2), 163-177.
<http://historico.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/polis/cont/19981/pr/pr11.pdf>
- Moscovici, S. (2007). *Representações sociais: investigações em psicologia social*. (5ª ed.; G. Duveen, Ed.; P. A. Guareschi, Trad.). Vozes.
- Mussot, M. L. (2018). Intervención social en tiempos de neoliberalismo en América Latina. *Trabajo social*, 20(2), 19-52. <https://doi.org/10.15446/ts.v20n2.74304>
- Navarro, O. & Restrepo, D. (2013). Representaciones Sociales: perspectivas teóricas y metodológicas. *CES Psicología*, 6(1), 1-4.
<https://www.redalyc.org/pdf/4235/423539419001.pdf>

- Oré, L. E., Cartagena, T. B., Orizano, J. A., Loarte, W. C. & Aquino R. (2023). Análisis de investigaciones con Diseño fenomenológico: Fenomenológico hermenéutica. *Alpha Centauri*, 4(4), 21-25. <https://doi.org/10.47422/ac.v4i4.157>
- Ortega, F. (2016). *Los profesionales de la Intervención social: función y su representación subjetiva*. [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/37476/1/T37151.pdf>
- Ortega, M. (2023). Historia y actualidades de la Teoría de las Representaciones Sociales en México: Contexto sociohistórico, académico y de investigación. En M. Ortega & A. Novaes (Eds). *Recuentos Históricos de la Teoría de las Representaciones Sociales en América Latina* (pp. 231-278). Fundação Carlos Chagas. <https://dx.doi.org/10.18222/fcc-992085-17-1>
- Perera, M. (2003). A propósito de las Representaciones Sociales: apuntes, trayectoria y actualidad. *Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas*. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/handle/CLACSO/5598>
- Pérez, B. & Osornio, L. (2021). De la intervención al acompañamiento. Una propuesta para construir conocimiento desde nuestra experiencia encarnada en Trabajo social. *Itinerarios de Trabajo social*, (1), 7-17. <https://doi.org/10.1344/its.v0i1.32484>
- Piña, J. & Cuevas, Y. (2004). La teoría de las representaciones sociales: Su uso en la investigación educativa en México. *Perfiles educativos*, (26)1, 102-124. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26982004000100005&lng=es&nrm=iso

- Ramos, D. (2013). *Percepción y representaciones sociales que existen sobre la carrera de educación indígena*. [Tesis de Pregrado, Universidad Pedagógica Nacional] <http://200.23.113.51/pdf/29396.pdf>
- Rateau, P., & Lo Monaco, G. (2013). La teoría de las representaciones sociales: orientaciones conceptuales, campos de aplicaciones y métodos. *CES Psicología*, 6(1), 22–42. <https://revistas.ces.edu.co/index.php/psicologia/article/view/2615>
- Rodríguez, A., León-Cedeño, A. A., Parra, M. A. & Montenegro, M. (2024). Psicología Comunitaria: entre las prácticas de captura y las aperturas prometedoras. *Revista Iberoamericana ConCiencia*, 9(2), 83-98. <https://doi.org/10.70298/ConCiencia.9-2.7>
- Ruiz, E., González, A. & Sánchez, J. A. (2012). Profesionales frente a la Intervención Participativa. Comunicación y dimensión subjetiva. *Gazeta de Antropología* 28(1), 1-17. https://www.ugr.es/~pwlac/G28_06Esteban_Ruiz-Auxiliadora_Gonzalez-JoseA_Sanchez.pdf
- Saavedra, J. (2015). Cuatro argumentos sobre el concepto de intervención social. *Cinta moebio* (53), 135-146. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2015000200003>
- Saavedra, J. (2023). Sobre la legitimidad de la intervención social. *Reflexiones desde Chile. Prospectiva*, 36. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i36.12628>
- Sáenz, J. D. (2007). Temas de reflexión en la Intervención Social. *Revista CS*, (1), 189-216. <https://doi.org/10.18046/recs.i1.406>.
- Sal, J. C. (2016). La práctica discursiva del comentario digital y la configuración de representaciones sociales en los espacios de interacción de los cibermedios.

En A. Parini & M. Giammatteo (Comps.) *El lenguaje en la comunicación digital*. (pp.16-55). Universidad de Belgrano.

Sánchez, A. L., Echeverri, M. C. & Cruz, J. A. (2023). De la intervención al acompañamiento psicosocial: Reflexiones desde el enfoque psicosocial. En M. del P., Triana, J. L., Monsalve, E. Y., Portilla, E., Pérez, E. G., Henao., D. Giraldo, C. F., Cisneros, C., Tapia, A. L., Sánchez, J. A., Cruz, L. A., Toledo, J. G., Belalcázar, Y. A., Botero, T., Noguera, R. D., Torrealba, P. A., Tamayo, M. Bejarano, M. C., Echeverri, L. V., Larrahondo & Y. A., Rodríguez, *Diálogos sobre la intervención y el acompañamiento psicosocial: entre la experiencia de CAMSCUNAD y otros proyectos de mediación institucional* (pp. 152-175), Sello Editorial UNAD. <https://doi.org/10.22490/9789586519205.06>

Sánchez, M. (2020). Intervención social desde el Trabajo Social. En M. F. Gil Claros (Ed. Científica), *Pensando la Intervención Social* (pp.67-73). Editorial Universidad Santiago de Cali. <https://libros.usc.edu.co/index.php/usc/catalog/view/131/163/2434>

Sánchez-Vidal, A. (2007). *Manual de Psicología Comunitaria. Un enfoque integrado*. Pirámide.

Sánchez-Vidal, A. (2020). *Psicología social aplicada: teoría, método y práctica*. Pearson Educación.

Sandoval, Y. P. (2024). La teoría de las representaciones sociales: un constructo irruptivo en la investigación. *Praxis, Educación y Pedagogía*, (13), 1-10. https://doi.org/10.25100/praxis_educacion.v0i13.14544

Seidmann, S. (2020). Una mirada desde las ciencias sociales: Aportes de la Teoría de las Representaciones Sociales. *Perspectivas: Revista Científica de la*

Universidad de Belgrano, 3(2), 38-52.

<https://revistas.ub.edu.ar/index.php/Perspectivas/article/view/104/103>

Tamayo-Torres, A. B., Meneses-Córdova, G. C. & Salazar-Aguirre, T. M. (2024). Neoliberalismo y tejido social-barrial. Experiencias desde los barrios de Quito. *Revista Científica Y Arbitrada De Ciencias Sociales Y Trabajo Social: Tejedora*, 7(15), 178–192. <https://doi.org/10.56124/tj.v7i14.013>

Taylor S. J. & Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós

Timoshchuk, E. A. (2020). Peter Berger and his sociocultural-phenomenological research. *Intellekt. Innovatsii. Investitsii [Intellect. Innovations. Investments]*, 5, 146-151. <https://doi.org/10.25198/2077-7175-2020-5-146>

Torrez, M. R. (2023). Las representaciones sociales: Un marco teórico y metodológico para abordar la problemática social de la violencia en las relaciones de noviazgo. *Warisata - Revista De Educación*, 5(13), 89–103. <https://doi.org/10.61287/warisata.v5i13.7>

Urbina, J. E. & Ovalles, G. A. (2018). Teoría de las representaciones sociales. Una aproximación al estado del arte en América Latina. *Psicogente*, 21(40), 495-544. <https://doi.org/10.17081/psico.21.40.3088>

Urbina, J. E. (2022). ¿Hacia dónde va la teoría de las representaciones sociales? Retracción, ralentización o posibilidad. *Informes Psicológicos*, 22(2), 135-149 <http://dx.doi.org/10.18566/infpsic.v22n2a08>

Ussher, M. (2016). *Intervención Comunitaria y subjetividad*. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII

Jornadas de Investigación. Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de psicología. Universidad de Buenos Aires.

Valles, M. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional.* Editorial Síntesis

Vargas-Jiménez, I. (2012). La entrevista en la investigación cualitativa: nuevas tendencias y retos. *Revista Calidad en la Educación Superior* (3)1, 119-139.
<https://doi.org/10.22458/caes.v3i1.436>

Vecina-Merchante, C. (2016). Las Representaciones Sociales sobre el rol de cada uno en la Comunidad, una barrera para la participación y el trabajo conjunto. *Trabajo Social Global-Global Social Work*, 6(10), 3–26.
<https://doi.org/10.30827/tsg-gsw.v6i10.3837>

Vera, A. & Ávila, M. E. (2009). La investigación-acción participativa en el desarrollo comunitario. En G. Musitu, S. Buelga, A. Vera, M. E. Ávila, C. Arango (Comps). *PSICOLOGÍA SOCIAL COMUNITARIA.* (pp. 63-77). Trillas

Villarroel, G. (2007). Las representaciones sociales: una nueva relación entre el individuo y la sociedad. *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 17(49), 434-454. <https://www.redalyc.org/pdf/705/70504911.pdf>

Villegas-Alarcón, V., Jiménez-Carrasco, S. & Venegas-Hernández, M. (2025). Acción profesional del Centro de Intervención y Atención Social (CIAS) de la Carrera de Trabajo Social de la Universidad Adventista de Chile desde la Perspectiva de Actores Institucionales y Comunitarios. *Prospectiva*, (39), e21014330.
<https://doi.org/10.25100/prts.v0i39.14330>

Vivares-Porras, D. V., Hernández-Zapata, E. A. & Cañaverall Castro, J. F. (2020). Procesos de subjetivación laboral en la intervención a víctimas del conflicto

armado: el interventor politizado. *El Ágora USB*, 20(1), 82–98.
<https://doi.org/10.21500/16578031.4643>

Wachelke, J. & Camargo, B. (2007). Representações sociais, representações individuais e comportamento. *Interamerican Journal of Psychology*, 41(3), 379-390. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28441313>

Wachelke, J. (2011). Social Representations: A Review of Theory and Research from the Structural Approach. *Universitas Psychologica*, 11(3), 729-741.
<https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy11-3.srrt>

Weisz, C. B. (2017). La representación social como categoría teórica y estrategia metodológica. *CES Psicología*, 10(1), 99-108.
<https://doi.org/10.21615/cesp.10.1.7>

Wiesenfeld, E. (2016). Trascendiendo confines disciplinares: Continuidad, psicología comunitaria crítica y psicología social comunitaria al revés. *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 50(1), 4-13.
<https://doi.org/10.30849/rip/ijp.v50i1.65>

Wolter, R. (2018). The Structural Approach to Social Representations: Bridges between Theory and Methods. *Psico-USF*, 23(4), 621-631.
<https://doi.org/10.1590/1413-82712018230403>

Zapata, H. (2019). Creer, experimentar, comprender: una reflexión sobre la intersubjetividad a propósito de una experiencia de intervención en el campo de la creencia. *Revista Cultura & Religión*, 13(1), 45-63.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8463547>

Zuccaro, A. E. (2023). La intervención social del Estado en el programa neoliberal.

Una lectura a partir de Friedrich Hayek. *Revista Perspectivas: Notas sobre intervención y acción social*, 41, 91-121.

<https://doi.org/10.29344/07171714.41.3441>